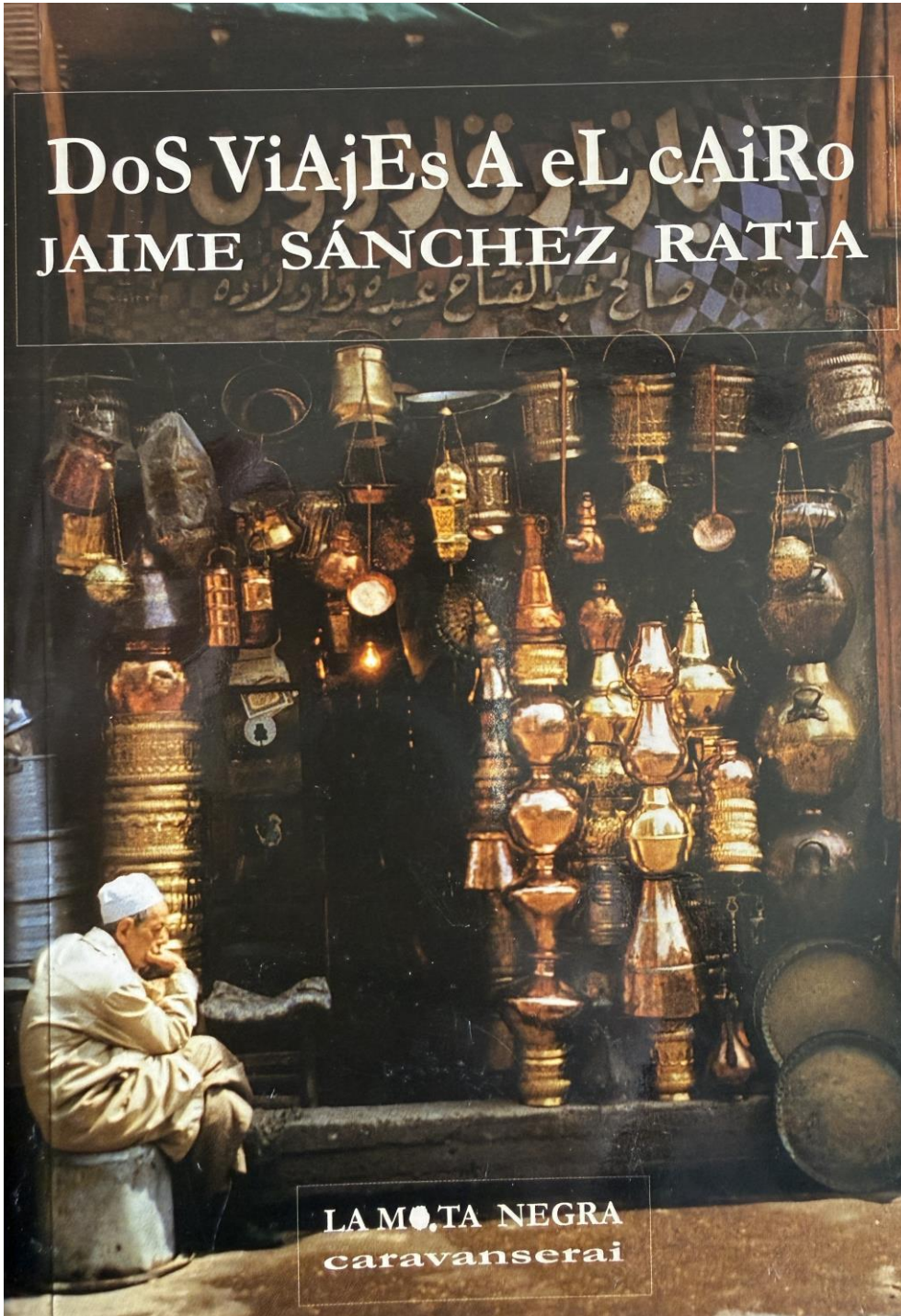


* Dos viajes a El Cairo *

DoS ViAjEs A eL cAiRo

JAIME SÁNCHEZ RATIA



LA MOTA NEGRA
caravanserai

DOS VIAJES A EL CAIRO

Jaime Sánchez Ratia

La Mota Negra
Caravanserai
1997

“No hay ciudad más propensa que Eusapia a gozar de la vida y a huir de los afanes. Y para que el salto de la vida a la muerte sea menos brusco, los habitantes han construido una copia idéntica de la ciudad bajo tierra. Los cadáveres, disecados de manera que no quede sino el esqueleto revestido de piel amarilla, son llevados allá abajo para seguir con las ocupaciones de antes. De éstas, son los momentos despreocupados los que gozan de especial preferencia: los más de ellos se instalan en torno a mesas puestas, o en actitudes de danza o con el gesto de tocar la trompeta. Sin embargo, todos los comercios y oficios de la Eusapia de los vivos funcionan bajo tierra, o por lo menos aquellos que los vivos han desempeñado con más satisfacción que fastidio: el relojero, en medio de todos los relojes detenidos de su tienda, arrima una oreja apegaminada a un péndulo desajustado; un barbero jabona con la brocha seca el hueso del pómulo de un actor mientras éste repasa su papel clavando en el texto las órbitas vacías; una muchacha de calavera risueña ordeña una osamenta de vaquillona.”

(Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*)

*A mi querida madre, que tanto
ha apoquinado en esta vida*

ÍNDICE

Prólogo	10
1. Primer viaje	16
2. Segundo viaje	25
I. Salida de Madrid	
Vuelo	
Aeropuerto de El Cairo	
El olor	
Los taxistas	
La calle Ramsés	
La plaza Tahrir	
La pensión Roma	56
II. Desayuno	
Las Pirámides de Gizeh	
La esfinge de Gizeh	
El Arabesque	
Lisiados	
El cine Radio	
El Cairo mágico.	
III. La mezquita de Al Maridani	93
La pasa	
Jan el Jalili	
Madrasa de Barquq	
Un restaurante popular	
El Azhar	
El aguador	
La mezquita de Al Hakim	
Ibn Tulun	
La lluvia en El Cairo	
El Battaniyyeh	
El Café Fishawi.	
IV. Los minarettes	126
El mercado de camellos de Imbaba	
EL tráfico de El Cairo	
El Nilo	
El Centro Cultural Español	
Teléfonos	
El Groppi Garden	
Tertulias literarias	
El Cairo de los tejados	
Los porteros	
De copas	
Velada.	

V. La madrasa del Sultán Hasan	154
Mezquita de Ar-Rifa'i	
La Ciudadela	
Muhammad Ali	
El <i>baqshish</i>	
La Ciudad de los Muertos	
El baño	
El barrio Copto	
San Sergio	
Sinagoga de Ben Ezra	
Iglesia Moallaqa	
Santa Bárbara	
Convento de San Jorge	
Despedida	
Conclusión.	
Apéndice A: Glosario de voces árabes.	193
Apéndice B: El Cairo a vista de pájaro viejo	

PRÓLOGO

El nombre de la ciudad de El Cairo me ha producido de siempre — incluso cuando era lo suficientemente pequeño como para no saber nada de ella— un escalofrío mixto de emoción y excitación. Sólo ya su nombre es sonoro: El Cairo. Uno no suele tener idea alguna sobre las ciudades cuando no ha estado en ellas. Me nombran Melbourne, por ejemplo, pues ni idea. Supongo que será un sitio lleno de coches, edificios grandes y gente pasando rápido. Que Tokio, pues lo mismo. Me imagino una masa de japoneses medio sonrientes medio de malas pulgas, haciéndose sitio a codazos en los restaurantes para cepillarse un pescado crudo. Pero hay otras ciudades en las que la cosa cambia: Tamanrasset, Shangai, Irkusk, Calcuta, Vanuatu. Eso ya es harina de otro costal. Uno no puede evitar pensar —sobre todo los que, como yo, han crecido con el trasero clavado en el pupitre de un colegio de curas y el alma acodada a una amura de la Hispaniola— que esos nombres son sinónimos inmediatos de aventuras y hechos extraordinarios, de amores, de contrabandistas, piratas y *paraos*, todo ello aun con la negra certeza de que la civilización los habrá convertido en urbes inmensas, inmersas en una horrorosa bufa de contaminación, pobladas, además, de cajas de ahorros, bingos, videoclubs, barrios dormitorio y otras instituciones igualmente deprimentes.

El Cairo es así y no lo es. Quiero decir, tiene un poco de cada tipo de ciudad, quizás como todas. En la capital egipcia todavía queda sitio para el ensueño y la contemplación. Y para la conversación: no hay tertulias en la radio, porque todavía las hay en la calle. En El Cairo, acogotadas por la marejada de la influencia occidental, que quiere clientes contentadizos, y atenazadas por los aires retrógrados y siniestros del conservadurismo religioso, que quiere siervos de la gleba en una cultura en la que antaño los reyes se paseaban por la calle vestidos de mendigos, quedan islas de comunidad auténtica, barrios enteros que son como pueblos, cafés pequeños llenos de gente que todavía encuentra tema de conversación, mezquitas donde hay musulmanes de verdad —con el tiempo se aprende que todo buen creyente es silencioso— que no agitan el puño ni parecen extras de un noticiario, casas en las que se charla y se canta hasta el amanecer, cementerios en los que los vivos acogotan a los muertos y no al revés, ruinas en las que todavía se puede entrar con candiles de petróleo, sillas en medio de la calle en las que el paseante o el curioso toma asiento y pasa la tarde figando a los paseantes sin que a nadie le

parezca sospechoso, trenes en los que se puede viajar, no en la plataforma ni en el vagón restaurante, sino en el techo mismo, y otras muchas cosas.

Sobre este El Cairo me apetecía escribir. No sobre El Cairo de los grandes monumentos y las antiguallas que atestan los museos. A mí me gusta esta ciudad como urbe vital, como inconmensurable colmena en la que se tejen día a día los hilos de miles de comedias, o dramas, o tragedias. A mí me atrae El Cairo en su calidad de sudoroso observatorio, desde donde a Europa se le ve el trasero y, no pocas veces, las almorranas. Porque, querámoslo o no, El Cairo es parte de la morisma y la morisma, indefectiblemente, está al otro lado de Europa, y el día que ya no lo esté, es que la cultura árabe ha muerto, como la japonesa o la inca.

Puesto a hacer un libro sobre la ciudad —por invitación de la editorial Destino, que, valga la redundancia, lo destinaba a su colección *Las Ciudades*— se me ocurrió que a lo mejor convenía hacer una guía al uso, de las que la gente gusta de meter en la maleta y leer en el hotel para fardar ante los compañeros de viaje y hacerle preguntas envenenadas al guía. Luego lo pensé mejor y lo deseché. La colección a la que este libro iba destinado trataba de dar al lector una visión propia y personal de la ciudad —algo literaria incluso—, no de marearlo con datos y sucesiones de fechas. Me he ceñido pues, a dar cinco paseos por El Cairo, en los que desbarro de vez en cuando introduciendo anécdotas, lecturas, opiniones, datos —con cuentagotas— y citas, para tratar de que el viajero ocasional, o el viajero que no ejerce, el que permanece en su casa sentado en un sillón, reducido al sedentarismo por su economía, su pereza o su sabiduría, pueda introducirse en una ciudad a primera vista tan compacta e impenetrable como es la capital egipcia.

Al final, la colección *Las ciudades* dejó de editarse, por lo que me quedé, como suele decirse, compuesto y sin editor. Pero como no hay mal que por bien no venga, en estos años que el libro ha permanecido metido en un cajón, he corrido mucho mundo, y mi trabajo en Nueva York me ha llevado a revolver las increíbles librerías neoyorquinas, en donde se puede encontrar de todo. Gracias a esas andanzas, he podido leer joyas como *Eothen*, de Kinglake; *Flaubert in Egypt*, de Steegmuller; *Egypt and the Holy Land in history— photographs*, de Frith; *Notes of a journey from Cornhill to Grand Cairo*, de Thackeray; *A Mediterranean Journey*, de Evelyn Waugh; *Rape of the Nile*, de Brian M. Fagan; *Egypt after the Pharaohs*, de Alan Bowman y muchos otros libros más. Por si fuera poco, he tenido la oportunidad de hacer una traducción y edición de uno de los libros más interesantes que se hayan escrito sobre Egipto en general y El Cairo en particular. Me refiero a *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, de E.W. Lane (1836; Libertarias & Prodhuft, 1993). Además, he dado con hermosas e insólitas postales de El Cairo antiguo. Tan sólo las razones de espacio me ha impedido incluirlas todas. No se piense, de todas formas, que toda la información que contiene este libro proviene de fuentes exclusivamente europeas o anglófonas. A pesar de ser arabista, leo con asiduidad obras árabes.

No son, sin embargo, demasiadas las fuentes autóctonas sobre la ciudad. El historiador Al-Maqrizi es uno de los imprescindibles. Estas lecturas han constituido, en su mayor parte, tema central de las disquisiciones durante mis paseos.

El libro, sin embargo, es esencialmente peripatético. Se abre con un recuerdo de mi primera visita. Una breve impresión, que ahora, tantos años después, sigo recordando con viveza. Las ciudades, en la primera noche, siempre dejan un recuerdo imborrable, que combina la ansiedad, la sorpresa y una terrible sensación de desamparo, extremo en el caso de una cultura tan distinta a la nuestra como la árabe. Más adelante, se desarrolla el meollo del libro en sí, que no es sino la transcripción de mis andanzas durante un segundo viaje a El Cairo años más tarde. En realidad, entre ambos viajes hubo otros — cinco para ser exactos—en los que conocí la ciudad a fondo, trabajé en ella, formé parte de una excavación de la Misión Arqueológica Española y estudié la lengua. Para la realización del viaje que este libro narra recibí una ayuda — bendita en su momento—del extinto Instituto Hispano Árabe de Cultura, institución que, cuando estaba viva, muchos alegremente criticábamos y que ahora tanto añoramos.

La presente obra se cierra con un glosario —en el que se incluyen las voces árabes que aparecen en *itálica*—y unos índices que faciliten la búsqueda de topónimos y nombres propios en general.

Como han pasado casi cinco años desde su redacción y la vida no cesa para nadie, en este libro se incluyen descripciones de personas, monumentos o cosas que a lo peor son ya sombras, polvo o trastos. Nada puedo hacer respecto, salvo desear que ello sea en la menor proporción. Los libros de viaje quedan como testimonio de una mirada —esa palabra tan de moda hoy—y no como catálogo notarial de las que cosas que hay en el inventario agotador del mundo. A veces me he detenido en cosas que a los naturales del país no les hará gracia —si llegara el caso poco improbable de que leyeran estas páginas. En El Cairo hay muchas miserias, como en Madrid o en Berlín. Con el tiempo, uno se acostumbra a ver leprosos y no girar siquiera la cabeza para seguirlos con la vista. Probablemente, si un cairota escribiese un libro sobre Madrid, se detendría a manifestar su asombro legítimo ante la visión de la gente que duerme entre cartones, bajo los escaparates de las zapaterías que veo desde mi ventana. Y, además, la diplomacia es una profesión —y muy bien pagada— y no debe de ejercerse de balde, sobre todo si no queremos que los diplomáticos, perdida la exclusividad, vuelvan de sus destinos en tropel y nos dejen sin whisky.

Por fin, no se me oculta que, pretendiendo ser éste un libro de impresiones, de sensaciones y de reflexiones más que un lazarillo de cristianos desorientados en tierras sarracenas, un breviario de pasos perdidos antes que una guía para caminantes ávidos de datos, está abocado a ser leído fuera de la ciudad misma, en la ausencia y la morriña o —quizás— como prólogo a un viaje inminente. Uno se va haciendo viejo y, como decía el gran Josep Pla, los

paisajes empiezan a callar. Yo creo que los libros de viaje han de leerse una vez en casa. La realidad es, a menudo, plato demasiado fuerte y, como la perdiz, hay que dejarla que se pudra un poco para que tenga buen gusto y no sufran las muelas del alma.

PRIMER VIAJE
(1980)

Llegué a El Cairo el mismo día en que cumplí veinte años. Tras un viaje en tren, largo y relajante, que me llevó hasta Atenas a salto de estribo, pude encontrar plaza en un avión americano que me depositó en el aeropuerto internacional de El Cairo hacia las nueve de la noche. Mi primera impresión fue, por supuesto, el olor. No porque fueran malo o bueno, agradable o desagradable. Era simplemente distinto: acre, recocado y caluroso, con algún que otro resabio africano mal disimulado. Después de atravesar los controles de frontera y hacer una reserva telefónica para esa noche en el Hotel Continental, tomé asiento en la parte trasera de un autobús viejo, presumible regalo americano, y esperé a que me trasladaran hacia el centro. Mi segunda impresión de la ciudad fue más gratificante. Sobre las puertas traseras del autobús, escrito en gruesos trazos de pintura roja, un aviso en árabe rezaba: Prohibido apearse por la puerta trasera. Aquella pequeña frase en árabe me dio ya la completa sensación de encontrarme en mi destino tras más de una semana de viaje. Yo era entonces estudiante de árabe y traía el ajedrezado imposible de esa lengua desmontado en mi cabeza. Llegaba con la ambición ilusa de proceder a su montaje en tan sólo un par de meses o tres, duración de aquella mi primera estancia en Egipto, becado por un ministerio español. Entonces no sabía que aquella operación requiere años de trabajo meticulado y difícil, pero aquel desconocimiento era sin duda el mejor acicate de mi entusiasmo. Mi vida ordenada, de pequeños veraneos premeditados, estudios, clases, libros y breves escapadas del domicilio familiar había ido dejando en mi alma un pequeño remolino de descontento, de rebelión contra la rutina que se iba haciendo palpable en mi conciencia adolescente. Cuando el autobús arrancó por fin, pude empezar a atisbar por la ventanilla sucia del vehículo y contemplé el desorden fascinante de El Cairo. Tuve al fin la sensación de haber llegado a otra parte del mundo, a un sitio en el que el desorden proclamaba que allí la ración de vida había sido más generosa de lo habitual. Calles, desconocidas para mí entonces, transitadas por miles de personas vestidas con *galabiyyas* y túnicas exóticas; carros, tambaleándose bajo el peso de perfectas pirámides de higos chumbos, altramuces y mazorcas asadas, empujados por niños u hombres muy viejos por entre el tráfico abotagado e infernal; bocinas de todos los tipos e incluso algunas melodías hirientes que se enmarañaban en los tímpanos, dejando un rumor sordo en la cabeza, como de oleaje y de galerna; coches viejísimos, casi a punto de desguazarse sobre la vía pública, apretados unos contra otros, inmovilizados y atiborrados de hombres y mujeres de extraña facha, que se hacinaban en su interior hasta el punto de verse obligados a sacar brazos y manos o incluso el torso por las ventanillas siempre bajadas. Atascos elefantiásicos entre la algarabía; camionetas desde cuyas ventanillas una cabeza de niño graznaba en voz de castrato nombres de barrios ignotos; radios a todo volumen a la puerta de comercios iluminados por

tubos de neón, bajo los cuales los tenderos permanecían siempre tocándose los pies o fumando sin parar; oratorios no más grandes que un cuarto o mezquitas con altavoces oxidados que dejaban llover sobre los transeúntes compactos e indiferentes melopeas y rezos en tonos inadmisibles para cualquier oído educado en la rígida disciplina del barroco.

Era ya noche cerrada y yo seguía contemplando aquel espectáculo con fascinación, mientras el autobús se iba llenando de egipcios de aspecto falsamente torvo que me miraban, unos con curiosidad burlona, otros con indiferencia altanera y observante. Resultaba ya casi imposible moverse dentro del autobús. Yo no sabía dónde me encontraba, en qué punto de aquella exagerada maraña de calles, pero seguía contemplando absorto la noche cairota. El autobús recorrió una larga avenida y lentamente enfilamos una calle en la que me pareció ver un edificio público u oficial, lo que deduje de las altas columnas que guardaban la fachada. Al cabo de más de una hora y media de recorrido, pregunté a un hombre regordete y de minúsculo bigote. Me indicó amablemente que debía de esperar aún dos paradas para apearme. Yo miré la masa que se espesaba alrededor de mí y mis dos maletas e hice un esfuerzo por acercarme a la puerta delantera, lo que conseguí tras arduos forcejeos. Una vez allí, volví a inquirir: “¿Ópera?” (tal era el nombre de la plaza a la que me dirigía). Se me asintió enérgicamente. Cuando el vehículo aminoró un tanto, salté con una maleta en cada mano. Tras una ligera carrerilla y un trastabilleo para recuperar la orientación y el equilibrio perdidos, vi que delante de mí se alzaba la fachada del Hotel Continental, con la entrada sombreada por una marquesina de lona, a la manera de los antiguos hoteles de postín. Allí, un mozo ya no tan mozo me guio hasta una habitación mal iluminada, al fondo de un largo pasillo, y quedó expectante hasta que introduje un sobado billete entre sus manos. Me tumbé en la cama y quedé adormecido al instante por el cansancio del viaje y el exceso de impresiones en un solo día (era además la primera vez que me subía a un avión y ya lo había detestado desde el primer segundo). Pensé, entre la vigilia y el sueño, en la gran ciudad que me rodeaba y me sacudió un cierto desánimo: el de todos los viajeros que se preguntan asombrados: ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo indiferente a la existencia de una ciudad como ésta? Escuché la algarabía que se filtraba por las celosías de las ventanas y me sentí incapaz de meterme a dormir inmediatamente. Bajé y, tras un ardiente té en la cafetería del hotel, me lancé a la calle sin saber siquiera adónde iba. Vagué por varias calles y ahora lo sé—debí de bajar por Adly para torcer luego por Muhammad Farid. Allí me detuve en un café abarrotado de gentes que jugaban al dominó, al ajedrez y a la *taula* mientras hacían burbujear largas pipas que apestaban a tabacazo y a miel. Era el café Rex. Tenía una terraza amplia que presentaba a mis ojos una peculiaridad desconcertante: las sillas y las mesas (unas mesillas de hoja de lata, altas y estilizadas, de una superficie no mayor de un palmo cuadrado), se hallaban, no en corros, con las sillas cercandando las mesas respectivas, sino orientadas a la acera, como si las conversaciones y el diálogo fueran menos importantes que la contemplación de

la vida callejera. Tomé asiento allí y pedí un café en árabe balbuciente. El camarero me miró, con curiosidad primero, decididamente amistoso después, e hizo un gesto con la cabeza, acompañándolo de un ligero giro de la mano derecha, visajes todos estos con lo que los egipcios dan a entender que no han entendido nada. Repetí mi trémula petición y aquel hombre me lanzó una pregunta relacionada con el azúcar que debía llevar el café, de la que me desentendí con un gesto de indiferencia hasta que me dejó por imposible y desapareció para regresar al cabo de un interminable rato con un café, azucarado, nunca mejor dicho, muy a su sabor. Depositó la tacilla sobre la mesa tambaleante y agitó la jarrilla de cobre mecánicamente antes de verter su contenido en la taza. Conseguí pagar por el procedimiento de desprenderme del billete más grande que pude encontrar en la cartera, a fin de evitar malentendidos con los números, y me dediqué a observar la calle y sus gentes. Treinta o cuarenta hombres me acompañaban en la terraza, sentados como yo sobre las sillas egipcias por antonomasia, de madera clara barnizada y con una cabeza de Cleopatra tallada de fábrica sobre el respaldo cóncavo. Pasaban hombres embutidos en sus *galabiyyas* (unas túnicas sin cuello, de color blanco, azul o beige que, junto con el pijama a rayas, constituyen la indumentaria preferida del pueblo egipcio) caminando pausadamente, arrastrando sandalias de hebilla plástica, las cabezas tocadas por pequeños pañuelos dejados caer sobre el pelo cortado a cepillo o cofias rojas y blancas cuidadosamente arremolinadas sobre el cuero cabelludo. Algunas mujeres, gordas las más, que tiraban de la mano de niños mocosos. Viejos con gayatas de madera nudosa, que se detenían cada dos por tres o, a veces, se acercaban hasta una de las mesas de la terraza y, solemnemente, estrechaban la mano de cada uno de los parroquianos que la ocupaban, permaneciendo de pie o resistiéndose a sentarse o cediendo en ocasiones y dejándose invitar a un té hirviente que agradecían con una sonrisa que dejaba ver unos cuantos dientes salteados y gruesos, como tubérculos prehistóricos que hubiesen engullido a sus hermanos de boca. Jóvenes en pandillas de seis o siete que invadían la acera por completo y hablaban a voz en grito, entrechocando las palmas de cada en cada, gesto éste sobre cuyo significado yo no cesaba de hacerme cábalas. Los criados, que salían de dentro del café con enormes bayetas que enrollaban alrededor de un palo, fregando luego el trozo de acera que había caído en suerte al establecimiento. Se arrastraban por el suelo y se levantaban, estrangulando luego la bayeta mugrienta sobre un cubo de agua cenagosa y gris. Un limpiabotas cheposo de aspecto enfermizo que, al restregar los zapatos bruñidos de los parroquianos, hacía pendular la cabeza mecánicamente, dando la impresión de llevar limpiando zapatos tantos siglos que su alma misma se le había escapado entre las cerdas de su cepillo brillante de betún y él ya no fuera capaz de volverla a atrapar. Y niños, muchos niños, de alegría injustificada a mis ojos todavía inexpertos en las leyes de la vida, con mocos indecisos y legañas enormes encalladas en las niñas de los ojos, vestidos con pijamas a rayas dos tallas más grandes y trotando sobre sandalias de plástico espeso. Niños que se

detenían y me hacían guiños y señas, diciéndome cosas que yo no entendía y riendo mientras se alejaban a empellones. Funcionarios y gentes de empresa, soldados a un maletín de cuero, con trajes que me traían a la memoria las viejas fotos de la familia, allá en España, muy gruesos los unos, increíbles por delgadez los otros, morenos casi todos, con anillos macizos en los dedos que lanzaban breves pero intensos destellos bajo la luz de los escaparates repletos de zapatos, zapatos que los dependientes removían constantemente con ayuda de largas pértigas acabadas en una pinza metálica. O esos mismos dependientes de zapatería, que arrastraban hasta la calzada las esteras sucias de su negocio y las dejaban allí, perdiéndose luego bajo el fragor del neón y no saliendo otra vez hasta que los automóviles, a su paso, les habían levantado el polvo y acabado de disolver las huellas entrelazadas de los clientes de todo el día. Y el polvo, el polvo que lo invadía todo, que me atascaba la nariz y me hacía chascar la lengua después de cada cigarrillo. El polvo que se vengaba de aquella ciudad que ahora se alzaba en donde antes él solo fuera el Emir de los Creyentes. El polvo, que diariamente se presentaba en forma de nube de mil toneladas y reclamaba a susurros aquel territorio robado al desierto. Observé a los basureros que se descolgaban de grandes camiones y removían la tierra a paletada limpia. Miré a unos niños que, al pescante de unos miserables carros tirados por tres burrillos desconchados, recogían las basuras y se refugiaban de nuevo en su burbuja de hedor y pestilencia. Comprendí que hacía tiempo que el polvo había desbordado a todos los basureros de El Cairo y que aquellos niños hacían sus veces a cambio de hurgar en la basura salpicada de gruesas cáscaras de sandía roja. Empecé a entender, solo en el café Rex, que en aquella tierra en que la muerte se había hecho famosa, la vida sostenía cada día una dura batalla contra el ahogo y el envoltorio implacable del desierto, que quería rebozar de arena a la ciudad de las mil mezquitas y mandarla a las profundidades de una tierra en la que los faraones y sus esclavos todavía jadeaban de angustia. Sentí por fin que aquella ciudad era un milagro al que catorce millones de personas daban vida día a día, impidiendo que La Victoriosa fuera a parar al fondo de la arena. Me fasciné con el desorden de esa vida y sentí cómo la algarabía de El Cairo se había apoderado de mí. Apuré los posos de mi café turco y encendí el último pitillo. A pasos lentos volví al hotel cuando ya El Cairo se hundía en la tregua ínfima en la diaria batalla.

** D o s v i a j e s a E l C a i r o **

2. SEGUNDO VIAJE

I. Salida de Madrid —Vuelo —Aeropuerto de El Cairo —El olor —Los taxistas — La calle Ramsés —La Plaza Tahrir —La Pensión Roma.

Algunos años se han alargado sobre el recuerdo de aquella primera estancia. Sobre mi cabello han sido nevadas canas tempranas y ya no río tanto como antes. Ciertas ilusiones están ya en ese sitio ignoto al que van las ilusiones cuando se pierden, pero, en conjunto, soy el mismo. El recuerdo de El Cairo bajo una nube anaranjada, de sus minarettes brillando al sol, de la triste llamada a la oración sobre los comensales inmóviles aletea en mi cabeza y tropieza constantemente con las estatuas y lápidas que abarrotan los helados corredores de mi memoria. Vuelvo a la ciudad de las mil mezzitas en busca de ese recuerdo, como un cazador de raras mariposas que se arrastra tras la mejor pieza de su colección, por entre los arbustos, temblando de dicha ante la idea del alfiler, el terciopelo y la cajetilla de laca. He cargado mi pluma aguzada y me arrastro por el Madrid soñoliento hacia el aeropuerto, en busca del recuerdo aprisionado entre los algodones de la memoria, para prenderlo en el lomo y ponerle su pequeña etiqueta en latín. Luego lo retiraré para siempre y las galerías quedarán más holgadas y podré sacar polvo a las estanterías y lápidas, en las que se asfixian sentencias ingeniosas y muertas, y afilados poemas. Estoy algo triste y a la vez alegre. Triste, puesto que entono memento y nada gusta tanto de acariciar como los recuerdos. Alegre, pues hasta ellos también acaban por descomponerse y con estas cuartillas vence la póliza que con los recuerdos de El Cairo tenía concertada. Fríamente dejaré que se los lleven, en reata y caravana ciegas, hacia los grandes cementerios de papel, en donde la vida se hace crisálida.

Me abrocho el cinturón de seguridad obedeciendo a las señales luminosas que guñan delante de mí y hundo con el índice la sempiterna colilla en las profundidades del cenicero. Por la ventanilla atisbo el paisaje de siempre. El Cairo, otra vez en la noche, hileras de luces misteriosas de los cuarteles cercanos a Heliópolis, que parpadean al son de los pilotos de posición de las alas del aparato. No dejan ver que uno se acerca a una gran ciudad, la más grande ciudad de Africa, antes bien dan la impresión de un gran balizamiento en el desierto sobre el que efectuar un aterrizaje de emergencia. El avión se ladea peligrosamente y se dispone a posarse. Rugen los motores y, tras algunas oscilaciones alarmantes y algo más de silencio entre el pasaje, se desliza sobre la pista con delicadeza. Ya en el autobús que nos lleva hasta la terminal de pasajeros, escudriño a los compañeros de viaje, que ahora se perderán entre las multitudes desatadas de El Cairo. Son los rostros típicos de un avión de medio oriente: turistas, hombres de negocios, lugareños risueños

que vuelven de alguna algarra por los grandes almacenes de Europa, hombres solos y silenciosos. Tres o cuatro egipcios genuinos por fin, *galabiyya* y turbante ceñidos y acompañando una maleta, en la que cabrían tres o cuatro niños, reconcentrados y distantes.

Siempre que he ido a El Cairo o he vuelto a Madrid he encontrado uno de esos campesinos que volvían a España o iban a ella. Una vez en Madrid, ya no conseguí verlos de nuevo por Callao o la Plaza Mayor, meca que se precie de cualquier egipcio medianamente bien informado. Llegué a pensar que, en Barajas, al introducirse en el taxi, partían con destino desconocido, no regresando sino en otro taxi que los depositaba otra vez al pie de la escalerilla de un avión con destino a las Pirámides. Pero no dejaba de maravillarme la bravura de aquellas gentes, capaces de arrinconar el pesado azadón en un pueblo embarrado de las inmediaciones de Menufiyya o Mehalla al-Kubra y lanzarse a ver al hermano mayor en Londres o París, solos o, en el peor de los casos, arrastrando a una mujer ceñuda y a un par de criaturas aferradas a un chupachups, siempre *escoscados* y recién afeitados. Frente a las ojeadas malsanas de los turistas rubios respondían con miradas cargadas de desafío, cifradas en una clave milenaria, comprensible para muy pocos. Unas miradas que daban explicación a los mareantes montones de piedras que jalonan el Valle del Nilo.

Llegamos por fin a la terminal y nos descargan en la aduana. Son las once de la noche y ya no parece haber muchos vuelos.

En el aeropuerto de El Cairo hay actualmente dos terminales, una de ellas para la compañía egipcia de aviación, la otra para el resto de las líneas aéreas. Puesto que he volado con Egypt Air, desembarco en la Terminal 1. Como para entrar en el país es obligatorio el cambio de una cierta cantidad de divisas —la libra egipcia no se cotiza en los mercados internacionales— lo primero que encuentra el visitante al entrar en el enorme edificio de la terminal es una gran sala forrada de pequeños kioscos, pero no de periódicos, sino de sucursales de bancos, desde cuyos mostradores unos cuantos empleados jovencísimos vocean a gritos el cambio (pese a que éste es el mismo en cualquier banco) a la vez que agitan algunos talonarios usados y los golpean contra el mostrador. Algunos de ellos interpelan directamente a los turistas y viajeros y los señalan con el dedo, reclamando su atención. Los turistas pasan con la nariz alta por delante de los diminutos Rockefellers, rehusando detenerse a mercadear en sitios tan poco asépticos. Pero, como el cambio es obligatorio, todos aquellos que no están en condiciones de librarse de él —que son muy pocos— rebotan en las cabinas de la policía de aduanas y vuelven otra vez hacia los kioscos, el hocico algo más bajo, desgranando a continuación los billetes verdes ante la mirada golosa de los capitalistas de Bic y de Corvina. Como llevo libras egipcias, paso directamente a la aduana y me pongo a la cola.

El aeropuerto de El Cairo es grande, pero va quedándose pequeño de año en año, a medida que la emigración, la peregrinación a La Meca y la gran

peste del siglo XX, el turismo, van haciendo mella en las instalaciones. Hay pocas cintas transportadoras de equipajes y, como los árabes no suelen hacer distinción alguna entre un avión y un autobús de línea, suelen llevar casi siempre el mismo equipaje. Sea su periplo de un fin de semana para visitar a una prima en Al-Minya o trátase de una expedición migratoria y definitiva a los Emiratos, éste se compone invariablemente de un número ené de maletones de cremallera y cajas de electrodomésticos reaprovechadas, a la vez que cinchadas por gruesas correas. Tan grandes son las maletas que no es raro que no pasen por la trampilla de las cintas y se atasquen allí mismo, hasta que algún viajero solícito las desemboza a patada limpia. En otros casos, sin embargo, los equipajes se atorán sin que nadie desatasque la salida, y la presión entonces, de las otras maletas o de la misma cinta, hace que revienten con un sordo estrépito, vomitando sobre la cinta o el mismo suelo ropa de niño, biberones, radiocasetes o incluso mantas palentinas. El barullo es entonces indescriptible. Un miembro de la policía turística se sube a la cinta y aparta el equipaje rebelde, depositándolo sobre el suelo como si se tratase de los restos de un naufragio.

Cojo mi maleta y salgo. En el último vestíbulo, mediante el cual se accede directamente al exterior, una puerta precede a una doble verja de hierro que conforma un pasillo ancho por el que los viajeros deben de andar arrastrando sus carritos y bolsas. Esta verja impide que los familiares y deudos de los recién llegados se agolpen ante la puerta obstaculizando el fluir de viajeros hacia el exterior. Salgo pues, custodiado por dos filas de egipcios que esperan unos a sus familiares, que están de paso por allí, que exhiben pancartas con nombres en japonés, o simplemente que, como en todos los países del mundo, habitan el aeropuerto o las estaciones, impelidos por una realidad miserable a escapar de ella, aunque sólo en sueños desatados sobre los bancos y rincones de la sala de espera.

Nada hay más molesto que el picor de los ojos ajenos en la propia piel. Afortunadamente, no he comprado nada en el *free-shop*, por lo que mi paso por este callejón que conecta directamente con el Tercer Mundo resulta medianamente digno. Me encaro a la gran explanada y respiro hondo el cálido viento de la noche caiota. Y vuelvo a oler aquel extraño olor de El Cairo.

Hay olores que sólo se destilan en civilizaciones antiguas y gastadas, en ciudades sobre las que los años han ido dejando su barniz, a través del cual, a golpe de vida, se ha condensado el olor de miles de cópulas, de millones de sobacos, de caricias, de perfumes, escupitajos, basuras amontonadas, de alegrías, risas o risotadas, de tierras, de macetas que caen sobre los paseantes, de accidentes sanguinolentos, de matanzas a manos de la policía, de casas que se hundieron sobre las cabezas de sus moradores y que nadie se molestó en

levantar para extraer de entre los escombros sus cuerpos reventados, de roces de miles de zapatos, de ratas muertas que se pudren bajo las tapas negras del alcantarillado, de comadrejas que mordisquean los neumáticos de los coches abandonados, de amantes desairados que merodean con una navaja entre la túnica, bajo la ventana de un barrio cualquiera. En el olor de El Cairo se juntan varios olores diferentes. Por un lado, el olor negro, traído por un viento que viene del Nilo y de más allá, del Sudán y de Nubia. Por otro, el olor blanco, un olor que llega a ras de tierra de los desiertos próximos que aíslan El Cairo por los cuatro costados. Por supuesto, está también el olor marrón. Viene reptando por los caballones de los sembrados del Delta del Nilo, destilado en un alambique de estiércol. Es un olor que murmura en la nariz y se adhiere con fuerza a la lengua. Sólo consigue quitárselo uno de encima a salivazos, especialmente después de una pipa de agua, en la que la lengua hierva tratando de escapar de las veinticinco piastras de tabaco melado. Por fin, está el olor anaranjado. Viene de lo alto del cielo, como una gran peste bíblica, y es un olor que se ve. Quizás es el más potente de todos. Los días en que el viento sopla con fuerza desde Libia, una gran nube de polvo refleja los rayos de sol sobre la cúpula cairota. La respiración se vuelve pesada, la cabeza parece que va a estallar. La nariz, a las pocas horas de ser paseada por las calles desiertas, se inflama y la garganta se seca. Los cairotas se encierran en sus casas y hasta el aire acondicionado se rinde y se declara en huelga. Es el *jamsín*, la tormenta de arena. Ella trae el olor anaranjado, un olor que se deposita en la bolsa del párpado inferior y tarda semanas en irse de allí. Es entonces cuando se ve pero no se huele, lo que para un olor resulta desesperante.

Los cuatro olores confluyen en El Cairo y allí pactan y se alían. Ni los mejores perfumeros de París serían capaces de simularlo. Esta es la amalgama acre que sorprende al llegar y acaba sellándose en una cripta de la memoria, como el suave perfume de una amante huidiza, que aspiraremos pasados unos años entre la marabunta de unos grandes almacenes.

Permanezco de pie a la salida del aeropuerto, entre la algarabía de gentes que apacientan rebaños de paquetes y maletas, y se me acerca un hombre delgado, de no más de treinta años. Me tira de la manga:

—¿Taxi, míster? —lleva una camisa arremangada a la altura de los codos.

Un cigarro espera en la oreja derecha. Sonríe sólo con los labios.

—¿Cuánto cobras al centro? —le pregunto en árabe.

—*Twenty pauns, míster* —me mira con la maleta en ristre. Al momento se me acerca y me vuelve a sujetar amistosamente por el brazo.

—O.K. sin problemas, *lets gou* —echa a andar decidido hasta el taxi, pero yo no me muevo y al fin se vuelve quedándose expectante. Se da la vuelta luego y me hace aquel gesto que creía olvidado, enroscando la bombilla imaginaria con la mano y haciendo un giro de cabeza.

—No he oído cuánto cobras —respondo sonriendo.

- Al centro, ¿no es eso?
- Ah —en Egipto basta eso para asentar.
- Veinte libras está bien.
- No para mí.
- Pero ¡razonable!
- Quince como máximo.

Hace un gesto de fastidio y asiente por fin. Todos los demás clientes han encontrado taxi y corre el riesgo de volverse a solas con Umm Qulzum. Atravesamos un par de barreras de maletas y nos aproximamos a un taxi bastante viejo que está anclado al final del p arking. Es un Skoda, muy parecido a un Seat 124 y, al parecer, hijo bastardo suyo.

Por El Cairo circulan alrededor de 50.000 taxis. El problema de los transportes y las comunicaciones en esta ciudad hace que esta cifra sea tan elevada. Y es normal, por otra parte, encontrar taxistas que por el día trabajan de periodistas, fontaneros o cualquier otro oficio más o menos estramb otico y por la noche hacen el taxi. Así despejan la cabeza, tienen la oportunidad de chancar con la gente y de sacar unas libras suplementarias, cosa que en El Cairo no siempre es fácil. Viajando en taxi por la capital de Egipto se puede aprender sobre el país más que hurgando por un millón de bibliotecas. Los taxis son como las pequeñas casas abocinadas de sus dueños. Muchos de los taxistas se pasan horas arreglando y decorando el interior de los vehículos con ayuda de las más variopintas pegatinas y estampitas. Es normal encontrar un ejemplar del Corán delante mismo del volante, metido en su cajita de nácar y recubierto del polvo de los atascos. O también una estampa sobre el contador mismo del taxímetro, que demuestra la indiferencia del dueño por el precio oficial marcado por el correspondiente ministerio. Cuando uno trata de consultar el precio de la carrera puede leer en su lugar que Dios es grande o que no hay más dios que Allah. Pero esto carece de importancia. Los precios siempre se acaban ajustando muy bien a la paciencia de ambas partes.

En El Cairo los taxis son compartibles. Si uno quiere tomar uno, no tiene más que salir a la acera y chillar el nombre del barrio al que pretende dirigirse. El conductor aguza el oído y frena si el barrio en cuestión se encuentra en la dirección que ha fijado el primero de los que montaron. A veces, el conductor se lo piensa mejor y decide que no le interesa, por lo que el viajero debe de dar una carrerilla para acabar viendo cómo el taxi acelera y se pierde por entre el tráfico sudoroso. Al entrar en un taxi, si el conductor va solo, se debe de sentar uno a su lado. Lo contrario es una manifiesta falta de cortesía que acaba por pagarse en metálico. Si en el taxi sólo circula una mujer como pasajera, uno debe de hacer lo propio, pues es también una falta de tacto compartir el asiento con una mujer que viaja sola, a no ser que la señora haya

rebasado la barrera de los noventa años, en cuyo caso ese gesto podría ser muy bien visto como una sorna. Los pasajeros, por otra parte, suelen ayudar al taxista en la tarea de recoger ciudadanos. A veces, uno de ellos se encarga — cabeza fuera de la ventanilla— de aclarar posibles dudas sobre el destino del todavía peatón. Si el resultado de la gestión es positivo, el viajero se ve invitado a subir por medio de unos gestos y un enérgico *taala* (ven). Entre los taxistas suele haber gente de la más variada condición. Los hay que parecen auténticos jeques, con un ligero turbante a manera de tocado, y que saludan en el más correcto estilo islámico. Los hay modernos, que llevan a rastras resonancias de Abba o Julio Iglesias y tiran constantemente de una cajetilla de rubio americano. Y los hay viejecillos de cuatro dientes que casi se ven obligados a mirar a la calzada por entre el volante y el salpicadero y que lanzan comentarios procaces ante la presencia de peatonas frondosas o conductoras poco avezadas. También existen, por cierto, quienes no han aprobado todavía el carné de conducir y van practicando a la vez que se sacan unas libras.

Los viajeros calculan el precio de la carrera y pocas veces suele haber discusiones. Si el cálculo es bueno, el conductor mete los billetes en una caja al uso y ahí acaba todo. Si es poco, se entabla una ligera discusión en tono pacífico —en la que el nombre de Dios sale a relucir cada tres palabras— y el viajero rellena el pozo de descontento del taxista con sucesivos burruños de billete hasta que todo vuelve a la calma. Los demás viajeros, mientras tanto, permanecen mudos y van echando cuentas. Si el dinero pagado es excesivo, el taxista lo toma y lo lleva a los labios, lanzándole un besillo higiénicamente prudencial, pues los billetes no suelen estar para mucha carantoña.

Pero, como en todas las ciudades con problemas de tráfico y exceso de turismo, entre los taxistas también hay mafias que se agrupan, cómo no, alrededor de los grandes hoteles de lujo, los sitios turísticos y el aeropuerto. Andan en manadas y persiguen a sus víctimas durante media docena de pasos hasta que el viajero pica o el taxista desiste. Suelen ser de una chulería insoportable, amén de capaces de desquiciar al más paciente de los nórdicos.

Hay dos tipos de taxis: los normales, que hacer recorridos urbanos, pintados de negro y con una raya blanca a la altura de las manillas de las puertas, y los turísticos y de viajes largos, blancos totalmente y con una ligera inscripción en las puertas delanteras. Estos últimos se suelen agrupar en estaciones, como la de Gizah o Bab el-Hadid, en donde se toman para el Alto Egipto o Alejandría, Port Said, etc. Cuando están llenos, salen para su destino. Sus tarifas son oficiales.

Entre las cualidades de los taxistas de El Cairo —que son muchas más que sus defectos— se encuentra la de no hablar nunca de política, ni aún del alcalde, personaje este de cuya existencia casi nadie tiene noticia. Entre sus defectos hay que mencionar su desmedida compulsión por el claxon, que suelen accionar mediante un cable extraído de las entrañas del motor y que, mediante sucesivos toques en el árbol del volante, produce unos bocinazos

insospechados para las dimensiones del vehículo. Pero es que en El Cairo el claxon es más que una manera de manifestar el hastío o la prisa. Es también un símbolo de felicidad o de euforia. Los taxistas cairotas suelen accionar repetidamente la bocina aun cuando circulan a más de ochenta por hora por una avenida desierta. Es una manera de dar rienda suelta a la ansiedad de todo un día, y a la vez una muestra de su prudencia ante la escasez de semáforos y el poco caso que de ellos suelen hacer los conductores, salvo en el caso de que se encuentran respaldados por un policía de tráfico.

Bajamos por la calle Ramsés mientras aspiro el aire fresco de la noche. El chófer hace bruscos cambios de marcha, mientras toca la bocina apartando a los conductores adormilados por una larga jornada de trabajo. Le ofrezco un cigarrillo y lo acepta, encendiéndolo mientras aguanta el volante con el codo. Yo, que no soy entusiasta del coche ni mucho menos, disfruto sobremanera, por el contrario, con este tipo de conducción. Le pregunto por su nombre.

—Ali —responde, dejando ver una hilera de dientes perfectos. Calla y pregunta al cabo: ¿Americano?

—No, por Dios —le replico— Español.

Su rostro se ilumina y me mira más tiempo del que la prudencia me permite aconsejarle. Vuelve la vista al asfalto y me dice de buen humor:

—Árabes y españoles, como hermanos —levanta las manos del volante para enganchar ambos dedos índice, haciendo hincapié en lo que acaba de decir.

Asiento. Estamos ya acercándonos a la plaza Ramsés, en donde se alza la estación que todavía algunos cairotas llaman de Bab el-Hadid. De aquí salen casi todos los trenes que se pueden tomar en El Cairo. Delante de la estación hay una reproducción de la estatua de Ramsés II encontrada en Menfis. Es una mole inmensa de piedra que representa al faraón en actitud de avanzar un paso, agarrando con una mano su cetro, la mirada fija por encima de los miles de coches y gentes que pasan como hormigas.

La plaza Ramsés ha cambiado mucho desde mi primera estancia. Cuando la vi por primera vez, era una plaza vasta y amplia, con algunos jardines en los que se adivinaban restos de césped y parterres, surcada por coches que subían hacia Abbasiyya o se dirigían a Tahrir. Ahora, en cambio, está inmersa en la oscuridad de los puentes y pasos elevados, que están haciendo de El Cairo una ciudad casi aérea. Si en Sudamérica la implantación de los pasos elevados se saludaba— con la célebre consigna de “una solución por arriba a un problema por debajo”, en la capital egipcia la consigna debería de ser “una solución por arriba y un problema por debajo”. Grandes calles, como la calle Ramsés o la de El-Azhar, han quedado ensombrecidas por estas autopistas volantes, que los ingenieros egipcios colocan a una velocidad de cien

metros por semana. Los grandes pilotes de cemento, sobre los que se asienta la calzada volante, llegan a tener hasta diez metros de altura, ocupando por supuesto el centro de las vías públicas, de tal manera que desde algunas de ellas se pueden contemplar escenas hogareñas que se desarrollan en los balcones y cuartos de estar de las casas colindantes. Y no de los primeros pisos precisamente.

La plaza Ramsés aparece ahora nublada de puentes y pasos que se enmarañan en el cielo y dan sombra a los ciudadanos que se pasean a ras de suelo. El eje Abbasiyya-Tahrir, cuyo centro ideal sería esta plaza, se puede recorrer desde hace un par de años, aparte de en metro, por el aire, sin pisar suelo una sola vez. En tierra firme, en cambio, el espacio para la circulación fluida es escaso, por lo que esta solución de los pasos elevados se ve inmediatamente como poco duradera. Pero uno acaba comprendiendo que, en la urbanística de cualquier gran ciudad, esta manía por los pasos elevados es como un acné juvenil del que, pasados los años, apenas si quedarán cicatrices. Mientras tanto hay que conformarse con ver algunas de las más vistosas calles tal y como las han dejado los ingenieros: sombrías y contaminadas.

La plaza Tahrir (o plaza de la Liberación) pasa por ser el centro de El Cairo. No es que realmente sea una plaza. Antes se la podría calificar con miles de nombres distintos, acuñados todos ellos exprofeso para la ocasión. Es algo así como una no-casas, una no-edificios, un inmenso corrillo que las construcciones dejan entre sí, una almazara de caballos de hierro, un coso a la manera de las plazas de toros de los viejos pueblos de CastillaC, en el que miles de diestros vestidos de túnica y zapatillas sortean las embestidas de toros bravos de cuatro ruedas.

Hay ciertas horas, las nocturnas, en las que la plaza Tahrir parece realmente una plaza. Aunque no está provista de un solo banco en el que despatarrar los huesos ni árboles bajo los que poder tomarse un respiro, los espacios verdes, parterres de hierba ramoneada y amarilla, suelen estar salpicados de cairotas tumbados sobre un codo, mondándose los dientes con ayuda de pajitas o gritándose cosas mientras se mesan la entrepierna, al tiempo que autobuses, cada vez más escasos a esas horas, pasan entre nubarrones de humo. En las horas punta, sin embargo, y en ciertas de sus zonas, la plaza Tahrir parece la más fidedigna representación del séptimo infierno dantesco. Una nube de calor asfixiante, del sol que se bate con el asfalto y el cemento derretidos, hace que el apresurado caminante arrecie el paso, tratando a la vez de no andar y de no estar quieto. Los autobuses, entre la reverberación del calor y los tropieles que los asaltan en marcha, braman soltando bufaradas de humarrón que hacen brincar a todo el que pilla desprevenido. Riadas de gentes tratan de cruzar por entre las amenazadoras mareas de automóviles compactos, refugiándose en las pequeñas islas al margen del tráfico y reagrupando fuerzas para el próximo cruce. Las sucesivas capas de asfalto que sobre esa plaza se

han ido extendiendo la han convertido en la plaza de firme más irregular del mundo. El sol, ardiente al mediodía, derrite el alquitrán, y los autobuses lo arrastran de un lado para otro, dejando protuberancias, depresiones y colinas de brea que asemejan paisajes desérticos. Las líneas de las marcas viales, por el desmadre asfaltero, parecen pintadas por borrachos. Y esa misma impresión, la de andar ebrio, es la que uno tiene los días agobiantes de calor, gestiones infructuosas y añoranzas de tapeo y cerveza. El no poder apartar la vista de las marejadas de vehículos lleva —por lo accidentado del terreno— al trapiés y al desmadeje, al cojeo y al rebrinco, en una sucesión de peligros que sólo la llegada a la otra orilla deja paso al suspiro y al enjuague.

En sí, la plaza Tahrir es algo nuevo. Por el lado más alejado del Nilo presenta una fachada compacta de casas, que sólo se abren para dar salida a las calles Talaat Harb, Qasr el-Nil, Bustan y Champollion. En los tiempos en que el Nilo era todavía una culebra de malas pulgas —antes de que el caudal fuese regulado por la presa— los edificios se detuvieron allí temerosos, formando un frente en el que parecía acabar ese Cairo central. Más tarde, en 1952, ese espacio se consideró oportuno para crear allí una plaza y levantar un par de edificios: la Mugammaa y el Nile Hilton. La Mugammaa, o sede del Ministerio del Interior, es un edificio ciclópeo, de más de quince pisos, con aspecto mixto de hospital búlgaro y sede del PCUS. No en vano lo levantaron los arquitectos rusos en la época de Nasser. Por sus entrañas circulan miles de funcionarios, policías y cairotas que suben y bajan incesantemente por sus escaleras en penumbra. Es, por decirlo de alguna manera, el bastión del autoritarismo egipcio, afortunadamente ya en declive.

A su lado se encuentra el pequeño palacete sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, bastante más alejado del círculo ideal de la plaza y, algo más a su derecha, la abandonada sede de la Liga de Estados Árabes, mudo testigo del reproche árabe a Egipto desde los acuerdos de Camp David. Queda, en el límite derecho, el edificio del Museo Egipcio, el más antiguo de todos, pues estaba ya allí a finales del siglo pasado, y en el otro frente, el opuesto al Museo, el bloque compacto de casas que da pie al barrio populoso de Bab el-Luq y la Universidad Americana.

Antaño, la mitad aproximadamente de la plaza estaba rodeada por un paso elevado circular levantado del suelo a diez o quince pies. Este paso daba la vuelta a la plaza desde Bab el-Luq hasta las inmediaciones del hotel Hilton. Si bien podría haber sido incluido entre los siete horrores del Universo, permitía un zapateo tranquilo de los cairotas hasta uno y otro lado de la plaza sin los ahogos de ahora, una vez suprimido y no compensado por abundantes pasos cebra con semáforo y guardia —elementos todos ellos necesarios para lograr la detención de un vehículo en El Cairo. Al ser desmontado con motivo de la remodelación llevada a cabo entre 1983 y 1987, la plaza Tahrir ha vuelto

a ser lo que debía ser: un inmenso coso en el que los habitantes toman la alternativa a diario, rematando pases de verónica sobre los vehículos enrabiados, plantando chicuelinas y banderillas tuertas y, en el peor de los casos, aislados por un error de cálculo en medio del fárrago, recibiendo a los autobuses a porta gayola.

En el centro de lo que sería el margen izquierdo de la plaza, aquella que en tiempos rodeaba el paso elevado, hay un césped redondo sobre el que en tiempos se levantaba un monolito. Nasser quiso erigir allí un homenaje a la Revolución Egipcia. Sadat intentó poner una estatua de Nasser. Pero los tiempos no estaban por Nasser y, al final, Mubarak ha puesto un jardincito muy cuidado que guarda respetuoso silencio sobre las asignaturas pendientes de los jóvenes presidentes de la República.

Un poco más hacia el río se hunde la estación de metro —de nombre, cómo no, Gamal Abd el-Nasser— centro de la única línea existente por ahora.

El hotel Nile, de la cadena americana Hilton, se levanta un poco más lejos, entre la liga de Estados Árabes y el Museo Egipcio. Todavía conserva el aire de los sesenta con su color azul turquesa desvaído, con un inmenso antepatio lleno de tiendas y comercios. Es, tanto por su posición estratégica como por los servicios con los que cuenta en este antepatio, el rey de los hoteles de El Cairo, pese a que se han levantado muchos desde su erección, algunos de ellos, como el famoso Marriot, de un auténtico lujo asiático. Prueba de ello es que, entre la alta burguesía egipcia, siempre ha sido el lugar más codiciado para dar un banquete privado o casar a una hija, siendo a veces las listas de espera para obtener plaza en uno de los salones —por la preferencia de los egipcios para casarse en viernes (es decir, en jueves por la noche, que es cuando comienza el viernes)—de hasta meses. En sus diversos cafés puede verse a los susodichos egipcios, con trajes recién comprados en Harrods o en la Quinta Avenida, desenvolviéndose en el mundo ideal y falsorrón de los hoteles de lujo, en un país en el que estos sitios constituyen los únicos lugares en los que poder evadirse de la realidad —a menudo cruda— circundante. En el casino de juego hay siempre saudíes y gentes del Golfo que, con nervios de acero y gafas Ray Ban colgando de los bolsillos de las impolutas túnicas, observan impasibles cómo los rastrillos de los croupiers alejan de su vista los montones de fichas de cien dólares que previamente han ido sembrando con estólida indiferencia sobre el tapete verde. Por los halls y rincones esperan pacientemente los chaperos, de diversas nacionalidades, en grupos de tres o cuatro, con trajes de franela o tela de gales en una horrisona combinación postmoderna de Adolfo Domínguez y Ermenegildo Zegna, pelos afilados en la nuca y mechones revoltosos y crespos, dando un cierto aire de miseria moral a este hotel que está a punto de cumplir los treinta años de vida como centro del *american way of life* cairota.

Por último, está el Museo Egipcio, prestando uno de sus costados al inicio de la calle Ramsés. Obra de uno de los ancestros de la Egiptología, el

arqueólogo Auguste Mariette, fue consolidado como institución por el egiptólogo francés Gaston Maspero y construido —tras haber estado inicialmente en Bulaq y posteriormente en Gizah— según los planos del arquitecto francés Marcel Dourgnon. Su contenido rebasa cualquier explicación o enumeración. Las mayores joyas de la cultura egipcia faraónica y grecorromana se almacenan allí y, a pesar de ser un edificio de dimensiones gigantescas, lo expuesto es una ínfima parte de lo almacenado en los sótanos. Es cala obligada de todo turista que se precie y pienso que ha dejado de ser museo para convertirse en una especie de feria, siempre rodeado de autobuses, de gentes que venden lo que sea, de taxistas que persiguen a los turistas, de turistas derrengados por los jardines, de mercadería librera y reproducciones de estatuas de escayola, etc. Con el Museo Egipcio se podrían hacer media docena de museos de la cultura egipcia y seguirían siendo, todos y cada uno de ellos, únicos en su género. Pero la precariedad de las instalaciones, la falta de luz, casi general en todo el edificio, la locuacidad de los guardias, la pesadez de los policías turísticos y la terrible aglomeración de público lo convierten en un lugar del que el visitante sale a veces bastante mareado. Los preciosos objetos de la tumba de Tutankhamon —que son, amén de reliquias insuperables de la civilización egipcia antigua, símbolos del triunfo egipcio frente a la rapiña cultural inglesa— han de verse en ocasiones en apretada procesión y bajo los gritos de *quickly, quickly*. Además, hay demasiadas piezas, lo que aturde la vista y difumina, en un caótico guirigay de tienda de antigüedades, la singularidad de cada una de ellas. Pero el Museo sigue siendo un centro importante de investigación y restauración —disciplina ésta en la que los técnicos egipcios están haciendo espectaculares progresos— a más de punto de cita obligado de los egiptólogos de todo el mundo. Un nuevo museo, parece, sin embargo, que va a aligerar los aprietos de éste. Será levantado a las afueras de la ciudad de El Cairo y constituirá sin duda un alivio para los adictos a los museos —entre los que creo no poder contarme— y, desde luego, para la plaza de Tahrir.

Frente al Hotel Hilton se levanta una de las estaciones de autobús más concurrida de El Cairo. Consiste en una serie de marquesinas y vallas delimitando aceras sobre las que esperan pacientemente los cairotas para ser transportados a los más lejanos barrios. A veces, en las horas tardías, cuando hacen los autobuses fin de trayecto allí y comienzan una nueva rodadura, no bien el vehículo aparece por debajo de la marquesina, se puede contemplar una suerte de minúscula toma de la Bastilla, en la que no están descartados los golpes. Después de un día agotador de trabajo, los cairotas que esperan pierden su habitual y exquisita educación, y suben en tropel, apresurándose a ocupar los escasos asientos que ofrecen los antiguos Ward americanos y Nasr egipcios. Pero es la excepción. En general, los cairotas hacen gala de una educación británica —británica de antes, se entiende— aun cuando viajan sobre

el parachoques trasero y asidos a una de las portezuelas con una sola mano. Es más, se ayudan siempre a subir cuando el vehículo ha tomado demasiada velocidad como para hacerlo sin riesgo, y aunque el autobús por dentro sea una masa compacta de cuerpos sudorosos y descoyuntados, casi nunca se pueden observar escenas de tensión o los naturales roces provocados por las apreturas y el agobio. De la central de la plaza Tahrir salen autobuses constantemente, como minotauros enronquecidos por el polvo, con madejas de cairotas suspendidos como tarzanes de la plataforma trasera, contemplando impasibles desde su liana el rugido espeso del tráfico en la jungla de asfalto.

Desciendo en la esquina de la calle Adly con la calle Muhammad Farid. El taxista se apea y me ayuda —con una solicitud que me hace temer lo peor— a sacar la bolsa y la maleta. Dejo el equipaje en la acera y me acerco a él, tendiéndole las quince libras. Hace un gesto de desolación y una súplica le tiñe el rostro, a la vez que prepara su artillería pesada. Hay que darse prisa y salir pitando.

—*Mister, mister. Five baqshish* —junta los dedos— Tráfico, muchos coches —se señala el reloj—. Tarde ya.

Rebusco en el bolsillo y saco un billete de libra que le tiendo a manera de ultimátum. Protesta enérgicamente hasta que ve que la cuestión no tiene futuro. Entonces sonrío ampliamente y saluda mientras se vuelve a sentar al volante.

—*Welcome*— se despide.

La pensión Roma es el lugar en el que me alojaré de nuevo, ya que éste es un viaje en pos de la memoria y en esta pensión he vivido largas temporadas en anteriores viajes. Es una pensión famosa en medios turísticos tirando a pobres y ya aparece en las guías de Egipto en cualquier idioma. Situada en el número 167 de la calle Muhammad Farid, que luego pasa a llamarse Imad el-Din, ocupa las dos últimas plantas de un edificio increíblemente hermoso, vestigio de una época colonial en la que El Cairo estaba poblado de casas de aire romano e incluso parisino. Estos edificios parecen actualmente haber sido subdivididos una y otra vez hasta convertirse en pisos cada vez más pequeños, reducidos a su mínima expresión. El edificio es una mole cuadrada de ladrillo rojizo, adornada de enormes balconadas tiradas de arriba a abajo y de fachada estucada con motivos de escayola a lo ancho de todo el último piso. Los balcones se hallan cubiertos de toldos verde oscuro, y en las ventanas hay ese tipo de persianas que pueden empujarse hacia el exterior para dejar que pase el fresco pero no los rayos de sol. Esto da a las fachadas de las casas un cierto aire morisco, como de grabado quijotesco de Doré. El edificio ardió completamente a finales de la pasada década y ha permanecido enandamiado por más de cinco o seis años. La pensión en sí no pareció sufrir los efectos del incendio.

Fue fundada hace ya más de cincuenta años por el padre de la actual

propietaria —un maltés, según parece casado con una italiana y afincado en Egipto— y da la impresión de que el tiempo no haya hecho mella en sus instalaciones. Todo permanece igual: el comedor, con su papel de flores impoluto, lavado sucesivas veces; las lámparas de candelabro con sus bombillas de antorcha; las alfombras, con una inscripción HM, resto de un anterior hotel en quiebra; el cartelón que cuelga a la entrada, en letras doradas sobre negro, en el más puro estilo fascista; la televisión incluso, toda ella en un solo mueble, con patas y persiana de madera para cerrarla cuando no está encendida; el sistema, por fin, de timbrado de las habitaciones, formado por unas cajitas cuadradas sobre las que cae el número de la habitación que reclama la presencia del servicio.

Tiene una treintena de habitaciones, todas ellas sin baño, aunque sí con un lavabo escondido tras una cortina de tejido espeso y grisáceo. Pero la pensión está limpia, y por lo tanto, siempre llena, por lo que es preciso acercarse a hacer una reserva antes de poder ocupar una habitación. Esta, básicamente, se compone de una cama, de colchón ya muy baqueteado por tantas espaldas cambiantes y que tiende a desbordarse de los límites del jergón; una mesilla con luz Cnada frecuente en los establecimientos españoles de igual categoría; una mesa alta con su correspondiente silla; un potente armario lleno de perchas y el mencionado lavabo, sobre el que cuelga un espejo ovalado lleno de mataduras opacas en el azogue del otro lado. En la pensión se enseorea un olor penetrante a zotal, pese a que no es raro que las paredes, que se pintan casi todos los años, tengan adheridos restos de las más variadas especies entomológicas, algunas de ellas rodeadas de diminutas aureolas de sangre de muy diversas nacionalidades —en la pensión priva el elemento extranjero y más concretamente, a excepción de algunos sudaneses de paso, europeo. Antiguamente, las habitaciones estaban adornadas con diferentes tipos de cuadros, los más de ellos representando especies florales dibujadas a pastel. Ya van quedando pocos. Yo mismo recuerdo haber desportillado uno de ellos en alguna noche mosquitera de mala ventura. Las pulgas, sin embargo, son escasas y, si uno tiene precaución de envolver bien firmemente el colchón en la sábana, no es raro que acabe por dormir de un solo tirón, sin intermedios rascadores.

En la pensión Roma casi todos los empleados tienen más años de servicio que el capitán Trueno, lo que es síntoma de su estabilidad (como cualquier cosa en Egipto) y permite que el establecimiento funcione regularmente como un reloj, con esa lentitud eficaz que dan los años de un negocio con clientela fija. Hay cuatro *farrash* (o domésticos), una limpiadora, tres recepcionistas, que se turnan a lo largo del día, y algunos jóvenes rapaces que hacen las veces de conserjes y botones, amén de un ascensorista.

El tío Mahmud (aquí llaman tío a todo aquel que, sobrepasada una

cierta edad, sigue tan pobre como cuando nació) es un nubio pequeño y regordete, de aspecto que recuerda vagamente a un cura de pueblo palentino, dotado de una pequeña nariz que apenas logra sostener las gafas negras de concha. Los años le han ido escarchando el pelo —andaré por los sesenta— y a veces, también, le patina un poco el embrague. Tiene una manera de andar bastante curiosa. Sobre ella me he ido haciendo cábalas. Se bambolea como un capitán de navío recién jubilado y mira, entre cada oscilación, hacia un punto fijo delante de sí mientras anda. He descubierto finalmente cuál es la razón: no anda todo seguido, sino que detiene un pie en el suelo unas milésimas de segundo antes de hacer avanzar el otro. Se suele pasear por la habitación armado con un fumigador del año de la pera, de esos que tenían depósito cilíndrico provisto de un émbolo con el que se pulverizaba el DDT o el zotal. El tío Mahmud es, oficialmente, el encargado de *rugiar* los colchones y las almohadas con el líquido asesino cuyo olor se puede apreciar por toda la pensión. Habla idiomas diversos y suelta frases aprendidas de memoria con un acento endiablado, tanto que suele ser difícil entenderle, puesto que uno no sabe en qué idioma se te está dirigiendo. El tío Mahmud tiene una gran preocupación por que la gente que se hospeda en la pensión no quiere comer allí. Piensa que es más barato y que los turistas son medio tontos yéndose a comer a los restaurantes. No anda equivocado, pero el hombre ignora que el ahorro que para un egipcio es fundamental, para una economía europea representa algo insignificante. Pero el tío Mahmud es encantador. Como ya está viejo y la espalda no le anda muy bien, reza sentado en una silla, en vez de hacerlo arrodillado, y desgrana jaculatorias a media voz a la vez que hace las plegarias preceptivas. A veces, se sienta conmigo en el balcón desde el cual escribo estas líneas y reza la oración del atardecer, con su tripita y su cara de niño imberbe orientados hacia La Meca. Hace ya casi cuarenta años que bajó de Assuán, con motivo de las obras de la presa, que dispersaron al pacífico pueblo nubio por todo el país. Le he saludado en nubio: —*Ermin abu?* Después de un par de segundos me ha sonreído y me ha señalado con el dedo, dándose a continuación la vuelta. Pero ya no recordaba la respuesta a esta fórmula. O ha callado.

Sayyed está también a punto de ser tío, pues anda ya por los cincuenta y no lleva trazas de enriquecerse pronto. Es del tipo faraónico clásico, cada vez más difícil de ver. Alto, enjuto, de tez muy morena, con manos y pies descomunales, músculos fibrosos, de nuez prominente y dolicocefalo, el pelo cortado a cepillo y siempre chasqueando sus sandalias de plastiquete. Tiene, por supuesto, el carácter típico egipcio, que es el que suele chocar más frecuentemente con la mentalidad occidental: despierto, sonriente y zalamero cuando quiere algo; borrascoso y despectivo cuando ya lo ha conseguido o no se lo han dado; perseguidor de propinas incansable y de genio bastante despierto cuando se le hace trabajar en exceso. Y muy cabezón. Después de preparar los desayunos y las comidas, cuando se le acaba el trabajo en la

pensión y los mochileros salen a buscar la ruina, se echa su siestecilla y luego se levanta, como de un sueño milenario, y se queda sentado en la silla de la cocina, viendo pasar lo que pasa y sorbiendo su té. Su carácter se ha dulcificado mucho desde hace unos años. Con el tiempo, los egipcios, por lo general, se convierten en más serios y tristes, y pasan cada vez más tiempo sentados sin abrir la boca. Supongo que algo tiene que ver con el declinar de la libido, que en estos países hace suavizar el carácter e incluso el metabolismo.

Muhammad ya es tío desde hace tiempo, pese a que no es tan mayor como para eso. La razón está en su seriedad casi congénita. Es un hombre más corpulento que Sayyed, de tipo árabe bien proporcionado y cabeza que denota cierta nobleza (es la ancha, la braquicéfala. La estrecha y dolicocefala suele ser más bien signo de persona ladina y, como aquí dicen, de una sola mano). Tiene un ojo nublado —defecto frecuente en este país en que tan numerosas son las afecciones oculares— y su carácter es todo lo serio que puede ser un carácter sin llegar a amargado, probablemente por ese defecto que le ha hecho difícil el trato. Muestra, como una mayoría creciente de la población, una mancha negra en la frente, que aquí se conoce con el nombre de *pasa*, y a la que se hará cumplida referencia en su momento. Es un hombre pues, profundamente religioso. Su carácter es bondadoso y distante y jamás se le ha visto reír entre estas cuatro paredes. A veces se le ve que se esfuerza, y de su rostro se escapa una expresión entre cínica y bondadosa, con un punto de terrorífica por su ojo desportillado.

Ahmad es el último de ellos. De aspecto parecería nubio, pero su tez más bien blanquecina lo desmiente. Las facciones son delicadas y la nariz casi una broma, de puro respingona. Carece por completo de la jovialidad que caracteriza al pueblo nubio, pero para ser árabe puro es algo misterioso. Más bien parece un sumo sacerdote recién sacado de la antigua Tebas: esquivo como un gato, silencioso en el andar, siempre con un trapo colgado del hombro, experto en el arte de pasar desapercibido. Se sienta, cuando el trabajo afloja un poco, en uno de los sillones que hay por los pasillos de la pensión y ahí permanece horas y horas en silencio, propinando sustos a los pensionistas y dejando ver sus ojos en la oscuridad como dos ascuas encendidas.

Todos ellos visten siempre *galabiyya* y chanclas de cintas cruzadas, sin tocarse nunca la cabeza, salvo con el bonete blanco, en determinadas ocasiones religiosas.

El ascensorista es otro de los *farrashin* con años de servicio, a pesar de no aparentar más de treinta. Accedió al empleo como lo suelen hacer en este país la mayoría de los desesperados: metiéndose en el ascensor y subiendo y bajando clientes durante algunos años, hasta el punto de que su presencia se hizo inseparable del mismo cajón de la máquina. Entonces debió de asignársele un sueldo y pasó a ser considerado como personal del

establecimiento. Como el ascensor no funciona mucho por las tardes, es normal que prepare té o haga otros recados de más responsabilidad. Poco a poco se consume así su imperceptible y segura toma de un puesto de trabajo. Es extremadamente feo, de esos individuos a los que la mala fortuna en la disposición de las facciones ha dejado la boca abierta para siempre, permitiendo ver los dientes en apretada corona y dando a la expresión un halo de imbecilidad profunda que, si en un principio era tan sólo aparente, acaba siendo absolutamente interior. El buen hombre pasa su vida subiendo y bajando en su ascensor desvencijado, soportando a veces las pullas de los viajeros y apoyando otras el brazo y la mano de uña meñiquera exagerada en la manija de la puerta, el bello inferior colgando en un gesto de irresoluto aburrimiento, como un Heracles de pelo crespo hastiado por el peso del mundo.

El ascensor de la pensión es un cordón umbilical que une los diferentes mundos que el edificio encierra: una consulta de un especialista en otorrinolaringología; las oficinas de *Au salon vert*, una tienda de modas y adminículos del hogar; la consulta de un bufete; el planchador (en la azotea), y otros negocios cuyo intríngulis no he podido descifrar nunca. Desde el cajón de madera vieja de cuatro puertas (dos para entrar y dos para salir, por el lado opuesto) se puede apreciar la suciedad increíble de la escalera, los entramados misteriosos del edificio —el primer piso literalmente no existe—, el personal que entra y sale, los empleados que adulan al jefe, los hombres que se enjuagan el sudor con sus pañuelos de papel amarillento, unos campesinos que, vestidos a la manera agrícola, se dirigen hacia partes del edificio que pertenecen más bien a la cuarta dimensión —habitaciones y pisos enteros que el mismo arquitecto que diseñó la construcción buscaría con desesperación en los planos salidos de su estudio y que, por supuesto, no encontraría nunca— mujeres vestidas de luto y otras como de gala, pegaditas pegaditas a la ropa, de mirada ora coquetona ora despectiva como diciéndote con los ojos: contigo chato no tengo ni para empezar; un ciego con un turbante rojo que musita jaculatorias en voz altibaja y las entremezcla de suspiros que le salen del estómago por lo menos, al tiempo que pasea sus pupilas, como dos medias lunas arañadas y glaucas, por el alma del resto de los viajeros, que a su vez clavan las suyas en ellas, fascinados por las ojeras blanquecinas de los que pensamos que no ven.

Los recepcionistas son egipcios cultivados, que hablan inglés a velocidad decreciente: el de la mañana más que el de la tarde, el de la tarde más que el de la noche. El primero de ellos, alegre y con un toque descarado en su conversación —sobre todo con las mochileras— es un poco liante, el típico hombre que triunfa en este país: mandón, alegre, comedor —con un buen tripón ya a sus pocos años— y gran sudador, siempre armado con un pequeño kleenex con el que se restriega la frente y la papada, dejando sobre ellas innumerables bolitas de celulosa. El segundo, con pintas de licenciado de Al-Azhar, tiene más bien poca gracia y, como por la tarde apenas hay trabajo,

allí consume las horas, delante del panel de las llaves, observando la puerta como un gato funerario y hablando por teléfono incansablemente, al parecer con la novieta.

La pensión está llena de extranjeros, jóvenes en su mayoría, congéneres de una falta de variedad, aun dentro de sus maneras por lo general altivas, que dice bien poco de la Vieja Europa. Como éste es un país al que los europeos suelen venir una sola vez en la vida —salvo que tengan una especial razón para repetir— pues se dedican exclusivamente a esa curiosa ocupación del siglo XX que consiste en llevar los globos oculares de un sitio a otro para que esas económicas placas fotográficas que constituyen los bastoncillos y los conos archiven los lugares famosos que todo hombre cultivado ha de visitar una vez en la vida por lo menos, sobre todo cuando no sabe qué hacer con la paga extra. En consecuencia, la pensión está casi siempre vacía, pues los mochileros vienen tan sólo a dormir y salen de nuevo a la mañana siguiente a unas horas en las que la gente civilizada solemos estar todavía soplando. Lo cual constituye una ventaja añadida de esta cómoda y siempre entrañable pensión Roma. Si uno se prepara un horario adecuado —por supuesto, nada de europeo: celtibérico a machamartillo (a excepción forzosa, claro está, del vermut y las olivas)— podrá andar por la pensión como si fuese el único huésped o, todo lo más, en compañía de sudaneses, etíopes y ruandeses, gente de trato siempre afable y, por supuesto, desprovista de estos pruritos culturales tan irritantes en los ciudadanos de derecho cuando viajan a un país carente de cajeros automáticos.

Hay diversos elementos que circulan por la pensión sin ser residentes en ella. Por la tarde acuden dos individuos que parecen ser contables, pues se sientan en las mesas del comedor y sacan libros en los que hacen largas sumas, interrumpiendo su tarea tan sólo para tomarse un té o levantarse a ver la televisión, especialmente algún folletín humorístico, con el que parecen disfrutar lo indecible. Son ambos mayores, uno de ellos alto y huesudo, con unos pelos larguísimos, restos de una cabellera completa, que echa hacia el otro lado de la cabeza. El otro es más bajo y de pelo blanco. Un sudanés, siempre en zapatillas, con aspecto de intelectual, se pasea también incesantemente por la sala de la televisión. Espera a alguien o algo.

La dueña, finalmente, es el alma de la pensión. Es una señora todavía guapetona y de carácter bravío, que lleva a todos los empleados más derechos que una vela. Habla media docena de idiomas sin pestañear y no es raro que en ocasiones altere la pacífica atmósfera de la empresa con algunos gritos estentóreos. La marcha de la pensión pega entonces un pequeño brinco para ir ralentizándose luego otra vez poco a poco.

II – Desayuno – Las pirámides de Gizeh –La esfinge de Gizeh –El Arabesque –Lisiados –El Cine Radio –El Cairo mágico.

Después de un desayuno a base de café turco –el mejor café del mundo, sin ninguna duda–y un panecillo untado con algo de mantequilla y mermelada, salgo a la calle y paro un taxi libre, montándome en él antes de que el conductor tenga tiempo literal de preguntarme dónde voy.

–¡A las Pirámides! –me arrellano al lado del conductor y me preparo para la rutinaria discusión piastreira.

Recuerdo, en mis años escolares de colegio de curas, que en una de las clases de arte que los hermanos del Sagrado Corazón nos impartían, me atreví a preguntar cómo se habían levantado las pirámides de Egipto. El hermano en cuestión, un vasco bonachón y fuerte como un toro, alzándose de hombros, se limitó a exclamar con gesto despectivo: “¡Y yo qué me sé! ¡Yo no estuve allí *pa velo!*” Aquello de las pirámides de Gizeh, recuerdo, siempre nos daba mucha *giza*. Era un nombre extraño, además. Luego, cuando estuve en Giza, por fin pude aclarar el misterio que de pequeño daba vueltas en mi cabeza: Gizeh es simplemente el nombre de uno de los dos barrios principales en que se subdivide El Cairo. Allí mismo es donde se alzan las pirámides, construcciones que, si en un principio estaban algo alejadas de lo que constituye hoy en día el centro de El Cairo moderno, la expansión monstruosa de esta urbe ha hecho que las últimas casas de Gizeh ya bordeen peligrosamente la llanura sobre la que se levantaban estos impresionantes monumentos a la paciencia humana, hasta tal punto que ya existen leyes que impiden la edificación en un área colindante.

Las pirámides de Egipto impresionan mucho la primera vez que se ven. Uno espera, después de coger un taxi en El Cairo y enfilar la avenida de Al-Haram, tener que salir al desierto y recorrer kilómetros de pistas polvorientas para acceder a ellas. Nada de eso. Como ya se ha dicho, al final de esta avenida, tras unas casas, el distraído viajero puede ver súbitamente cómo emergen de las sombras las inmensas hileras de piedras que forman la primera de las pirámides, la más grande de todas, la del faraón Keops. Estos monumentos han entrado a formar así parte del paisaje urbano cairota y es probable que, de seguir el desmesurado crecimiento de la ciudad, llegue el día en que sean su centro ideal, como lo es de París la torre Eiffel o de Madrid la Puerta del Sol. Hoy en día, sin embargo, a pesar de esta proximidad, El Cairo acaba súbitamente delante de esas moles de piedra inmensas, como no atreviéndose a competir con la formidable altura y solidez de las construcciones.

La llanura sobre las que se yerguen estas tres masas de piedra ocupa la superficie de un rectángulo de 1.500 por 2.000 metros de lado, a unos 40 metros por encima del nivel del Valle del Nilo (desnivel este que los acarreadores de piedras debieron de salvar tan sólo unos tres o cuatro millones de veces). Se dice que las Pirámides de Gizeh son tres, pero no es que haya sólo tres. Hay muchas más, aunque sólo tres son las famosas, por su volumen y

por el nombre de los reyes que las construyeron. Se trata de las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos, tres faraones de la IV Dinastía quienes, temerosos de sufrir la profanación de sus tumbas, decidieron hacer remover a sus súbditos la nada despreciable cantidad de 186.000.000 pies cúbicos de piedra con los que recubrir sus cuerpos serranos. Por supuesto que de poco les valió (aunque, naturalmente, sobre este asunto todo lo que podemos afirmar es meramente hipotético) pues de sus cuerpos y sarcófagos nadie ha vuelto a saber, si bien hay que admitir que dejaron un monumento duradero a la tenacidad del hombre. O a su estupidez y la de sus reyes, que cualquiera sabe, pues también esta impresión surge a veces en la fría contemplación de estos monumentos. A nadie se le oculta que miles de personas morirían en su construcción, una empresa que, a decir de Heródoto, se debió de prolongar por más de cuarenta años. Y morirían por el turismo. El famoso poeta egipcio-libanés Jalil Mutran escribió un bello poema a este propósito, cuyos dos últimos versos confirman este sombrío destino:

*Yerra quien imagina que la muerte
ha de serle fortaleza,
y se protege de la muerte
con la misma muerte*

Este poema es una buena muestra, por otra parte, de la severidad con la que los libaneses tradicionalmente han contemplado todo lo egipcio.

Sea como fuere, lo cierto es que han pasado 4.800 años desde que se construyeron y ahí siguen como si tal cosa. Tan sólo han perdido algo de altura debido a la erosión, quedando ésta rebajada en algunos metros. La primera en ser construida fue la de Keops, al que Heródoto atribuye un reinado de cuarenta años. Según este historiador griego, que no andaba exento de inventiva, la construcción de la calzada para transportar las piedras desde las cadenas montañosas de Turah y Mansarah hasta la explanada de Gizeh habría durado alrededor de diez años y la erección de la pirámide más de veinte. En ella habrían trabajado alrededor de cien mil personas, en las épocas en las que las faenas agrícolas se detenían por el aumento del nivel de las aguas del Nilo y el anegamiento de las tierras cultivadas. Este relato, aun siendo el más antiguo que se conserva sobre la construcción de las pirámides, no deja de ser del año 430 a. de Jesucristo, es decir, 2.400 años después de acabada la obra. Su propia versión del modo en que fueron levantadas estas construcciones es también muy de andar por casa: “Se colocaron al principio una serie de gradas. Después de haberles dado, para empezar, una primera forma, se procedió a subir las piedras restantes, por medio de máquinas construidas con trozos cortos de madera; desde el suelo la subían a la primera plataforma; cuando la piedra había llegado allí, era colocada en otra máquina instalada sobre esta plataforma y pasaba a otra grúa, pues había tantas máquinas como plataformas. O quizás sólo había una máquina, fácil de transportar, que trasladaban de un

piso a otro, después de haber retirado la piedra.” Resulta, por otra parte, en extremo graciosa la versión escuchada por el historiador griego acerca de los gastos que la erección de esta mole de piedras de 137 metros de altura y 230 de lado ocasionó a las arcas del faraón. Heródoto resumía las economías que se vio obligado a efectuar Keops a fin de poder afrontar estos gastos de la siguiente manera: “Keops llegó a tal grado de perversión que, falto de dinero, llevó a su hija a una casa de lenocinio para que reuniera una suma determinada que no me han especificado.” Es de creer que la hija hizo horas extras, pues a todo el que pasaba por su lecho (sigo la versión de Heródoto), le pedía que le regalara una piedra. Con todas ellas levantó una pirámide que Heródoto sitúa en el “centro de las tres, con un pletro y medio de lado” (algo más de 46 metros). Casi tan grande como la Mikerinos. Esto dice mucho de la profesionalidad de la hija de Keops, amén de poder servir de apoyo para un precedente algo pedestre de la conocida locución “pasar por la piedra”.

Dejando de lado estas consideraciones, cuando menos subidas de tono e inoportunas, lo cierto es que las pirámides constituyen todavía un pequeño misterio para la arqueología y las ciencias históricas. La misma palabra pirámide es una incógnita por lo que a su etimología respecta. Las opiniones son tan variadas como los especialistas que han dejado caer alguna teoría sobre el asunto. Al ser la palabra pirámide una transcripción griega del jeroglífico o de algún idioma contemporáneo a Heródoto, como el hebreo o el arameo, el problema estriba en saber qué vocablo de estos idiomas sirvió de base para la transcripción. La explicación bíblica pasaba por la creencia de que las pirámides eran los graneros de José. Es probable que esta opinión se haya visto favorecida por el parecido de la palabra “trigo” en griego (*pyros*) con el vocablo acuñado para estos monumentos. Así las llamaban los historiadores árabes: “*haramat Yusuf*” (los graneros de José). Algún autor ha sugerido que en la composición de esta palabra entre el vocablo “*pyr*”, “fuego”, por el parecido de la figura de estas construcciones con la llama de un fuego. Esta última, como se observará, es una tontería de las detectables sobre la marcha. Mucha más confianza ofrecen, por contra, las hipótesis que hacen derivar esta palabra de un vocablo original jeroglífico y de antigüedad atestiguada. Así, el egiptólogo Cantor-Eisenlohr sugería que fuese transcripción de la palabra “*per-em-avisi*” (la arista de la pirámide), en una especie de antiquísimo *pars pro toto*. Volney deduce la etimología de una voz hebrea “*buramit*”, es decir, “la bóveda del muerto”. Adler, de “*Pi-Ramy*”, “el monumento alto”. Pochan, de “*per-m-mit*”, “la casa del muerto”, “la tumba”. Sin embargo, lo más gracioso del caso es que la palabra egipcia jeroglífica que designa a la pirámide no es otra que “*mer*”. No sería descabellado, puesto a opinar, que provenga de una voz “*per*” (en egipcio, “casa”) y “*ytey*”, lo que quiere decir “Soberano”, formando la voz “*per-m-itey*” (“La morada del Soberano”), lo que se acercaría bastante a esa transcripción griega que ha llegado hasta nosotros. La cuestión no es excesivamente relevante, sin embargo, aunque sí ilustra el hecho de que las palabras más usuales son las más misteriosas para los etimologistas.

Más importante que el misterio que rodea a las pirámides es el misterio que han imaginado los historiadores y los viajeros a lo largo de los siglos. Diodoro Sículo se preguntaba, en el siglo I antes de J.C., acerca del modo en que fue levantada la Gran Pirámide: “Lo más incomprensible de esta obra es que, estando entre arena, no se ve ningún rastro del transporte, ni del tallado de las piedras, ni de las terrazas de las que hablábamos. De tal forma que parece que, sin servirse de la mano del hombre, que es siempre bastante lenta, los dioses colocaron de golpe este monumento sobre la tierra. Algunos egipcios dan una explicación igualmente fabulosa a este hecho, pero mucho más burda. Dicen que las terrazas utilizadas para izar las piedras estaban hechas de sal y nitrógeno, y que el río, al desbordarse, las disolvió e hizo desaparecer sin el concurso de los obreros.” Y es que hasta que uno no ve con sus propios ojos la cantidad de piedra acumulada en cada una de ellas, no empieza a preguntarse seriamente acerca del modo en que se han podido erigir semejantes monumentos. A lo largo de cientos de años se han dado las explicaciones más diversas y peregrinas, no sólo acerca del método empleado, sino también sobre la función que pudieron cumplir, así como sobre los avatares afrontados por aquellos que intentaron —consiguiéndolo a veces— encontrarles una entrada. Estrabón afirmaba, con absoluto desparpajo, que la pirámide de Keops “pasaba por ser la tumba de una cortesana célebre, cortejada por sus amantes, y esta cortesana no sería otra que esa Doricha de la que hablaba Safo, la ilustre melógrafa...” añadiendo a continuación, en el precedente del célebre cuento de Cenicienta más antiguo que se conoce, que “sobre ella (la cortesana) cuentan la siguiente fábula o leyenda: Un día, mientras estaba en el baño, un águila arrebató una de sus zapatitos a manos de su servidora y voló hacia Menfis, donde, deteniéndose precisamente ante el rey, que administraba justicia al aire libre en uno de los patios de su palacio, dejó caer el zapato en uno de los pliegues de su vestidura. Las lindas proporciones de la sandalia y lo maravilloso de la aventura conmovieron al rey; envió inmediatamente a sus agentes a recorrer el país en busca de la mujer cuyo pie pudiera calzar un zapato semejante. Por fin la encontraron en la villa de Naucratis y la llevaron ante el rey, que se casó con ella y mandó construir, después de su muerte, esa magnífica tumba...”

Plinio el Viejo, en los albores de la Era Cristiana, no sólo no encontraba fascinante y misteriosa la erección de estos monumentos, sino que no dudaba en calificarlos de “inútil y loca ostentación de la riqueza de los reyes.” Aunque, sin duda, los historiadores árabes, siempre tan fantasiosos y a la vez imaginativos y poéticos en sus descripciones de aquellas cosas que no sólo no habían visto nunca sino que a veces ni siquiera existían, son los que han dado, paradójicamente, las noticias más interesantes relativas a las construcciones que nos ocupan. Al-Maqrizi, que escribía a finales del siglo XIV, afirmaba que en Gizah había una gran cantidad de pirámides todas ellas pequeñas, que Saladino destruyó para levantar la ciudadela de El Cairo y los puentes de Gizah con sus piedras. Esto es cierto aunque sólo en parte.

Respecto al medio empleado en su erección, este historiador se hacía eco de una teoría bastante inocente: “Colocaban la losa en su lugar y en el centro hacían un agujero: dentro de ese agujero se plantaba verticalmente una espiga de hierro. Entonces se situaba una segunda losa de piedra sobre la primera, después de haberla agujereado para que pasara también la espiga de hierro; se vertía plomo fundido en el agujero, alrededor de la espiga, para sujetar las dos losas y que quedaran inmóviles, y continuaban de ese modo hasta terminar la pirámide...” Las tres pirámides tenían, para los autores árabes, un espíritu diferente, que su guardián se ocupaba de mantener a salvo. En la primera de ellas se colocó una estatua de mosaico de granito, de pie y con una jabalina en la mano derecha, a la vez que una víbora se enroscaba en la cabeza. Cuando alguien se acercaba a la estatua, la víbora se lanzaba sobre él, lo estrangulaba y volvía a su lugar. “En la pirámide del Sur hay una mujer que deja ver sus partes naturales; es hermosa pero también tiene largos dientes; encanta a los hombres que la miran, les sonríe, les atrae y hace que pierdan la razón...” Absolutamente homérico.

Se suele atribuir a los esfuerzos del califa Al-Mamun la entrada por la que se accede a la mayor de las pirámides. “Cuentan que, en tiempos de Al-Mamun, un hombre llegó a una estancia en la que había una estatua (sarcófago). Se la presentaron a Al-Mamun y éste ordenó retirar la tapa que tenía: apareció dentro un cadáver, revestido de una coraza de oro, incrustada en toda clase de piedras preciosas; sobre el pecho tenía una espada de un valor incalculable y, cerca de la cabeza, un rubí rojo, del grosor de un huevo de gallina, que brillaba como una llama, con unos caracteres que nadie pudo leer y que Al-Mamun tomó para él.” El cronista añade por fin, en una frase que sin duda haría las delicias de los arqueólogos: “La estatua de donde fue sacado el cadáver la tiraron cerca de la puerta del palacio del rey, en El Cairo, en donde yo la vi el año 511(=1118)”.

Pero más curiosa es la teoría, que llegó a circular por la Edad Media, que defendía que las pirámides, junto con el pueblo de Nehavend y los templos de Egipto, fueron las únicas cosas que quedaron después de un pasmoso diluvio que inundó el mundo entero. Las aguas, sin embargo, “no debieron de pasar de la mitad de la altura de la pirámide de Keops”.

Abu Salt al-Andalusí se hace eco del relato de la entrada de las gentes de Al-Mamun en la pirámide de Keops: “Después de fatigas inauditas y un enorme cansancio, llegaron al interior de la pirámide, que encontraron llena de pozos y arduas trampas. Al final, hallaron una estancia cúbica, de unos ocho codos de lado. En el centro de la cámara había una cuba de mármol, cubierta por una tapa que fue retirada. Dentro de ella sólo encontraron un cadáver descompuesto a causa de los siglos que había pasado allí...” Añade este fantástico historiador que “para llegar a la cumbre de la pirámide se necesitaban tres horas y, al llegar a la cima, el hombre que ascendió encontró que la pirámide terminaba en una plataforma de superficie igual a la que ocuparían ocho camellos arrodillados...” Otro historiador árabe del siglo XII se hace eco

de la magnitud de estas pirámides: “Los poetas que las han descrito se han dejado llevar por el entusiasmo que las inspiraban. Las han comparado a dos inmensos pechos que se levantan sobre el seno de Egipto...” Y añade: “Se dice que fue el califa Al- Mamun quien la mandó abrir. La mayoría de las personas de nuestra compañía entraron por esa abertura y llegaron hasta la habitación de la parte superior de la pirámide; cuando bajaron, hablaban de las cosas maravillosas que habían visto y dijeron que el camino estaba tan lleno de murciélagos y de sus excrementos que no se podía bajar... Yo entré por este conducto interior, acompañado de otras personas y llegué hasta unos dos tercios de su longitud, pero perdí el sentido a causa del miedo que me inspiraba aquella subida y bajé medio muerto.”

Pero las pirámides, pese a ser una de las siete maravillas del mundo —o quizás por eso mismo— han sido objeto de agresiones. Se dice que el sultán Malik al-Aziz Uzman ibn Yusuf se dejó convencer para derribar las pirámides “y comenzaron por la roja (la de Mikerinos) que es la más pequeña. Mandó allí zapadores, mineros y canteros, bajo la dirección de algunos de los principales oficiales y primeros emires de la corte y les ordenó destruirla. Establecieron un campamento cerca de la pirámide, hicieron venir a un gran número de trabajadores, procedentes de todas partes del país, y los mantuvieron con todos los gastos, pasando así ocho meses enteros, ocupados todos ellos en llevar a cabo la misión que les había sido encomendada. Cada día, con gran esfuerzo y agotamiento, conseguían quitar una piedra o dos. Unos las empujaban desde arriba con cuñas y palancas, mientras que otros trabajadores tiraban desde abajo con cuerdas y cables. Cuando una de esas piedras llegaba a caer, hacía un ruido terrible, que retumbaba a gran distancia, sacudía la tierra y hacía temblar las montañas. Con la fuerza de la caída quedaba enterrada en la arena y había que hacer grandes esfuerzos para sacarla de allí; después de hacerlo, practicaban unos cortes para introducir las cuñas y así conseguían que la piedra se partiera en varios pedazos. Luego, cargaban cada uno de esos trozos en una carreta y lo llevaban hasta el pie de la montaña que está allí cerca, en donde lo dejaban... Como sus fatigas y penas aumentaban sin cesar mientras que su resolución, por el contrario, se debilitaba por momentos y su resistencia había llegado al extremo, se vieron obligados a renunciar a sus altaneros propósitos.”

Aun a pesar de esto, causa sorpresa el comprobar cómo los árabes ya conocían las funciones de estos monumentos y en Europa los cronistas y narradores de viajes más o menos fantásticos seguían insistiendo en la función atribuida a ellos por la Biblia. Juan de Mandevilla, el mayor embustero de todos los presuntos viajeros de la Edad Media (y el más ocurrente, todo hay que decirlo), dice de las pirámides en su famosísimo *Libro de las Maravillas del Mundo*: “Allende del río Nilo delante del desierto, entre África y Egipto, son los graneros de José que hizo para guardar el trigo para el tiempo de la carestía, y estos son de piedra y muy bien labrados y fechos a maravilla; y también hay algunos pequeños. Cada granero tiene su puerta un poco más alta de la tierra. Aquella es destruida después de los graneros fueron fechos; e de parte de

dentro son todos llenos de sierpes y culebras; y encima dellos por faraón fueron hechas muchas sepulturas de diversas escrituras. E dicen algunos que aquestas son sepulturas de grandes señores de tiempos pasados, más esto no es verdad, porque una común fama es por toda la tierra, que aquestos son los graneros de José, y así lo dicen las escrituras de las crónicas de Egipto.” Claro que Mandevilla también decía cosas como ésta: “En Etiopía hay gentes que no tienen sino un pie, así ancho que ellos se facen sombra con él a todo el cuerpo contra el sol cuando están echados.”

Hoy en día las pirámides presentan un aspecto bastante saludable, máxime si tenemos en cuenta las tropelías de que han sido objeto por parte de arqueólogos, cabalistas, buscatesoros, sultanes, restauradores, etc... Hay noticias de que la gran pirámide presenta grietas en su estructura, aunque nada de cierto se sabe todavía. Al parecer, al poner la nueva iluminación (en verano de 1988) se han visto por primera vez algunas grietas que nadie había advertido con anterioridad.

La más compleja de todas ellas Cen cuanto a su construcción y el trazado de sus túneles y cámaras—así como la mayor, es la de Keops. Esos 2,5 millones de metros cúbicos de piedra traída del desierto esconden tres cámaras funerarias diferentes, sobre cuya función ha habido teorías y discusiones innumerables. Borchardt, uno de los egiptólogos que más han trabajado, quizás junto al francés Lauer, sobre las pirámides y los problemas de su construcción, afirmaba que los planos de la gran pirámide fueron alterados por lo menos dos veces durante la construcción de esta, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que ésta duró treinta años. Como es sabido, la gran pirámide consta de tres cámaras funerarias, de disposición desigual con respecto al eje del edificio. La primera de ellas, excavada a 30,7 metros de profundidad bajo el zócalo de piedra sobre el que se alza la construcción, fue abandonada a mitad de obra. Se perforó entonces un túnel ascendente desde la siringa, que es como se llama el túnel que conectaba con la cámara subterránea de la que hablábamos. Siempre según Borchardt, se excavó tras esto una segunda cámara funeraria, la que hoy se conoce con el nombre de cámara de la Reina, que fue después abandonada de igual manera. Se labró por último la galería llamada de los Antepasados (que recibió ese nombre por quedar en ella restos de unas peanas destinadas a soportar las estatuas de todos los antepasados de Keops), la cámara de los rastrillos (utilizados para sellar la entrada a la siguiente pieza) y la cámara sepulcral, única de las tres cámaras que hoy en día se puede visitar, ventilada por dos canales estrechos que salen a los costados Norte y Sur de la pirámide. Esta última disposición sería la consecuencia de la elaboración de un tercer plano. Sin embargo, Petrie, uno de los padres de la egiptología, calificaba esta suposición de absurda, aduciendo que los planos de la obra fueron concebidos de antemano y llevados a cabo sin variaciones. De esta manera, la cámara de la Reina no sería tal, sino una cámara funeraria destinada a servir de refugio al doble del Ka del Faraón. Este tipo de cámara será luego muy frecuente en las mastabas del resto de Imperio Antiguo.

Sea como fuere, es evidente que una obra de tal magnitud debió de presentar problemas sinfín durante su erección. Buena prueba de ello lo constituye el intento japonés de levantar una pirámide de modestas dimensiones en la llanura de Gizah: fracasaron estrepitosamente y hubieron de retirarse —maquinaria pesada incluida— con las orejas gachas. Pero volvamos de nuevo a la construcción. La existencia de un pozo que conecta la entrada a las galerías de los Antepasados con la siringa descendente es harto misteriosa. El pozo fue descubierto en 1765 y la única explicación a su construcción es que sirviera para que los obreros encargados de sellar, por medio de los rastrillos, el extremo interno del corredor ascendente con los bloques de piedra destinados a tal fin, pudieran salir a la superficie en vez de quedar atrapados con cara de lerdos, como en las películas de Hollywood. Pero menudo pozo. Tiene nada menos que 57 metros de profundidad, bajando unas veces en oblicuo, otras casi en vertical. Fue excavado en la roca después de que ésta hubiese sido amontonada, es decir, después de ser terminada la pirámide. Coutelle, miembro de la expedición científica que acompañó a Napoleón a Egipto, fue de las primeras personas en bajar por él y el relato de su odisea, publicado en la ya mítica *Description de l’Egypte*, podría ser un buen capítulo de una novela de Julio Verne. Otro experto piramidista, A. Pochan, hizo el mismo recorrido un siglo y medio después que Coutelle. Este es el breve relato de su aventura: “Yo mismo, junto con uno de mis colegas del Liceo de El Cairo, he pasado por las mismas peripecias que el coronel Coutelle. Después de sujetar el extremo de una cuerda de unos 50 metros de longitud a la entrada del pozo, comenzamos a descender; al poco rato, nuestras antorchas eléctricas no conseguían atravesar la espesa nube de polvo provocada por nuestro paso. Cuando llegamos al final de la cuerda, nuestros pies buscaron en vano el final del pozo. Tuvimos que buscar, tanteando con los pies, las asperezas capaces de soportar el peso de nuestro cuerpo, y así descendimos ocho metros antes de encontrar suelo firme en que apoyarnos. Salimos de la pirámide cubiertos de pies a cabeza por una espesa capa de polvo de varios centímetros de espesor, y necesitamos varias horas para limpiar nuestras fosas nasales y bronquios.” Gerard de Nerval, en su *Viaje a Oriente*, se hace eco de una curiosa hipótesis según la cual este pozo era utilizado en algunas ceremonias de iniciación isíaca: “Al llegar al centro de la pirámide, el iniciado era recibido por sacerdotes inferiores que le mostraban el pozo, instándole a precipitarse por él. El neófito, naturalmente, dudaba, lo cual era considerado una señal de prudencia.”

Los dos túneles de aireación han sido objeto también de abundantes controversias por parte de egiptólogos y esotéricos. Benoit de Maillet, cónsul general de Francia en Egipto desde 1692 hasta 1708, llegó a levantar una curiosa teoría sobre la función de estos dos canales de aireación que salen de la cámara del Rey y se abren hasta ambos lados de la pirámide. Según de Maillet, uno de los canales servía para el avituallamiento de los esclavos que debían de permanecer dentro de la cámara real a fin de sellar las entradas de la pirámide y guardar el cuerpo del faraón. Afirmaba: “Supongo que, al entrar, se les

entregaba a cada uno un féretro, en el que debía de ser colocado y que, sucesivamente, ejecutaron este piadoso y último deber entre ellos, menos el último, que se vio privado de ayuda. Más estrambótica era la función que asignaba el francés al segundo de ellos: “El segundo conducto servía para evacuar los excrementos, que caían en un gran agujero, abierto a tal fin.” Es de suponer que De Maillet desconocía que la trayectoria de estos canales es ascendente, por lo que la operación que propone hubiera sido laboriosa, amén de no muy higiénica. Recientemente se ha descubierto que ambos túneles están cegados. Un equipo —americano, cómo no— introdujo una cámara sobre un vehículo teledirigido, al que cerró el paso —a unos cincuenta metros de cable— una pared de piedra, quizás un derrumbe de las paredes del canalillo. Esto, sin aparato de ningún tipo, ya lo sabía yo y cualquiera con sentido común: el aire, dentro de la pirámide en general y de la cámara del Rey en particular, es absolutamente irrespirable. No es raro que alguna persona salga de mano en mano, a causa del sudor y el aire denso y cargado de orines que se respira en el interior de la pirámide. Uno tiene la sensación, al adentrarse por sus galerías groseramente excavadas en la roca e iluminadas por luces de paquebote liberiano, de estar acompañando a un verdugo para ser puesto en el potro e interrogado por media docena de dominicos sanguinarios. Además, antes de acceder a la galería de los Antepasados, el corredor es tan estrecho que no permite la entrada de más de una persona a la vez, por lo que hay que esperar, a veces con la angustia del aire que no llega, a que asciendan algunas docenas de turistas antes de poder iniciar el *open*. Pero vale la pena poder entrar hasta la cámara y allí aguardar a que se haga un momento de silencio y el tráfico de turistas cese por fin. Entonces, en el recinto en el que debió descansar un día el faraón Keops hay un silencio aterrador, como un aletear inaudible de murciélagos muertos hace miles de años o un raspar de cerillas encendidas siglos atrás, cuyo ruido seco se ha ido multiplicando por entre las galerías y el pozo hasta quedar en suspensión en el aire, exactamente igual que el polvo, que entre aquellos muros ciclópeos cambia de lugar constantemente, hastiado quizás de semejante espera milenaria.

Sería ocioso tratar de hacer una relación de los viajeros famosos que han visitado estos monumentos. Han sido de todo tipo y pelaje. En general, la sensación que ha prevalecido al pie de estos monumentos ha sido la admiración. Sin embargo, los iconoclastas a menudo han hecho gala de cierto escepticismo ante estos amontonamientos de pedruscos. Thackeray, que visitó Egipto a principios del siglo XIX, escribió un hermoso librito en el que anotó sus impresiones de viaje, *Notes of a journey from Cornhill to Grand Cairo*. En él hacía una descripción austera y sarcástica de su impresión ante la visión de las tres moles de granito:

“A medida que el sol se levantaba en el cielo, se fue desvaneciendo el rubor de la mañana; el cielo estaba limpio de nubes y pálido, y el río y los paisajes que los rodeaban se mostraban deslumbrantes y claros. Al cabo de una hora o dos, divisamos las Pirámides. Adivina mis sensaciones, querido M...; dos grandes y una pequeña: !!!

Allí se erguían, rosados y solemnes en la lejanía, esos viejos,

majestuosos, místicos y familiares edificios. Varios de nosotros tratamos de impresionarnos, pero como se acercaba la hora del almuerzo, todo el mundo se abalanzó sobre el café y los pasteles fríos y, en el rifirrafe por las viandas, el sentimiento de pasmo quedó para otro rato.”

Más severa es la opinión de Alexander Kinglake, famoso viajero inglés del siglo pasado —famoso por tan sólo un único viaje, realizado por Oriente Medio en 1834, al que nos referiremos en lo sucesivo, y sobre el que escribió un libro inclasificable, que todavía se sigue editando en países de habla inglesa, *Eothen, traces of travel brought home from the East*—, que hacía la siguiente reflexión sobre estos monumentos:

“...Pero la verdad parece ser, después de todo, que las Pirámides son totalmente de este mundo, que fueron amontonadas de la nada para hacer realidad una suerte de capricho regio sobre la inmortalidad, quién sabe qué deseo sacerdotal de honorarios funerarios y que, por lo que al edificio respecta, fue erigido por nubes de insectos, por enjambres de pobres egipcios que no eran más que humildes herramientas y esclavos del poder, y que además ¡comían cebollas en recompensa por sus tareas inmortales! Sin duda alguna, las Pirámides son de este mundo.”

En otros tiempos, era casi un ritual ascender a lo alto de la gran pirámide. Yo mismo lo he intentado varias veces, pero hay que levantarse tan pronto que, en las dos o tres ocasiones que he hecho el amago, o he apagado el despertador o tenía resacón o no me han llamado en la pensión. Flaubert, menos perezoso que el que esto escribe, sí lo hizo, en su visita a Egipto en 1850. ¿Quién mejor que el autor de *Madame Bovary* para contar lo que se ve desde allá arriba?

“Me levanto el primero, a las cinco, y me lavo frente a la tienda, en el recipiente de loneta. Se escuchan los ladridos de varios chacales. Ascendemos a la Gran Pirámide, la que está a la derecha (la de Keops). Las piedras, que a la distancia de doscientos pasos parecen adoquines, tienen en realidad las más pequeñas—tres pies de alto; en general, nos llegan hasta el pecho. Subimos por la esquina que cae a nuestra izquierda (la que está frente a la pirámide de Kefrén). Los árabes me empujan y tiran de mí. En seguida estoy absolutamente exhausto, es una tarea agotadora. Me detengo cinco o seis veces antes de llegar a la cima. Finalmente llegamos.

Esperamos una buena media hora antes de que amanezca.

El sol se alza justo enfrente de nosotros. Todo el valle del Nilo, bañado en la niebla, parece un mar blanco e inerte y el desierto, detrás de nosotros, con sus colinas de arena, parece otro océano, púrpura oscuro, con todas sus olas petrificadas. Pero, a medida que el sol trepaba por la cordillera arábiga, la niebla se ha ido desgarrando en grandes jirones de gasa diáfana; los campos, cortados por canales, son como prados verdes de bordes sinuosos. En resumen, tres colores: un verde inmenso a mis pies, de fondo; el cielo, rojo pálido, o bermellón desvaído; detrás, a la derecha, una superficie ondulada de aspecto abrasado e iridiscente, en la que resaltan los minaretes de El Cairo, las barcas pasando a lo lejos, los racimos de palmeras.

Finalmente, el cielo deja ver una raya de naranja allí donde el sol está a punto de aparecer. Todo entre el horizonte y nosotros es blanco y parece un océano, que se aleja y se alza. El sol asemeja moverse raudo y trepar sobre nubes oblongas como pluma de oca, tal es su indescriptible suavidad; los árboles de los huertos que rodean

las aldeas (Gizeh, Matariyeh, Bedrashein, etc) parecen estar situados en el mismo cielo, pues la perspectiva de conjunto es perpendicular, tal como vi otra vez antes, desde el puerto de Picade, en los Pirineos. Detrás de nosotros, al volvernos, está el desierto. Olas púrpuras de arena, un océano purpúreo.

La luz aumenta. Se ven dos cosas: el seco desierto a nuestra espalda y, ante nosotros, una inmensa, gozosa extensión de verde, surcada por infinitos canales, punteados aquí y allá de mechones de palmeras. Después, al fondo, un poco hacia la izquierda, los minaretes de El Cairo y especialmente la mezquita de Mohammed Ali (que imita a Santa Sofía), se alzan entre las demás torres. (En una de las laderas de la Pirámide, iluminada por el sol, que la hace refulgir, veo una tarjeta de visita, sujeta a una piedra: 'Humbert, encerador'. Maxime se encuentra en un estado lamentable, ya que ha corrido pirámide arriba para adelantarme: a poco se muere al faltarle el resuello.) Descendemos con facilidad por la cara opuesta.”

Las otras dos grandes pirámides son más coquetas y tienen la ventaja de que no están por lo general tan abarrotadas de gente como la de Keops. Se pueden contemplar con más tranquilidad y, además, digan lo que digan, la de Kefrén es más bonita que las otras. Todavía conserva gran parte del recubrimiento de losas de granito que la distingue a lo lejos de sus compañeras. Por estar levantada sobre un terreno más elevado y provista de un zócalo ligeramente superior, parece la más alta de todas. No es así. Tiene algunos metros menos de altura que la de Keops, si bien no está tan erosionada como ésta en su cima. La de Mikerinos, algo más alejada del conjunto, es mucho más pequeña. Conservaba, hasta principios del siglo pasado, el correspondiente sarcófago de granito en su cámara funeraria. Un arqueólogo, de nombre Vyse, con la excusa de estudiarlo, lo cargó en un barco, junto con muchas más piezas de incalculable valor, y lo embarcó para Londres, a fin de unirlo a las fabulosas colecciones del British. Pero el velero se hundió frente a las costas de Cartagena, y allí debe de seguir, a más de cincuenta metros de profundidad, el sarcófago del faraón Men-kau-Re. Ha habido últimamente algunos intentos de reflotar el pecio Cque está dentro de la jurisdicción de la Marina en Cartagena—pero la tarea no parece ser fácil, puesto que nada en concreto se ha hecho.

Las pirámides son, en especial la de Keops, un sitio de reunión predilecto de muchos cairotas. A partir de las siete de la tarde, cuando el sol alfoja ya un poco, se pueden ver cientos de personas por entre los bloques de piedra, subidos a las primeras gradas o paseando por las partes más lisas del zócalo tallado, cantando o escuchando música de los casetes que llevan al hombro. Cuando empieza el espectáculo de Luz y Sonido (una vistosa combinación de juegos de luces y comentarios grandiosos —formulados en tono grandilocuente— sobre la grandeza de Egipto) las caras de las pirámides empiezan a ser iluminadas por los potentes focos de colores. La visión de las hileras de piedras es entonces maravillosa, pues se pueden apreciar nítidamente las dimensiones de éstas y la laboriosidad de la colocación de cada una. Hacia las diez de la noche, la gente se va disolviendo poco a poco y sólo quedan algunas parejas que esperan pacientemente a que no haya moros en la

costa a fin de proceder al correspondiente magreo.

Recuerdo, en algunas noches de juerga cairotas, haber acabado en compañía de los amigachos de francachela en la gran explanada de las pirámides, ante mirada socarrona de los guardias de la policía turística, trastabillando por efecto de las cervezas y subiendo a lo alto de alguna hilera para fumar allí un cigarro y esperar la salida del sol en compañía de susodichos guardias, que por una propinilla hacen gestos como diciendo “*sube sube, que yo como si ná*”. A los primeros rayos del alba, el espectáculo es impresionante. El Cairo, a lo lejos, va perdiendo los brillos nocturnos, que se disuelven en una neblina mañanera cada vez más espesa. Los rayos del sol se abren paso a través de la bruma y van tiñendo de naranja el polvo que levantan camellos y camelleros despezándose para la caza de turistas. Las pirámides son entonces recorridas, poco a poco y de arriba a abajo, por una lengua de fuego que las tiñe de diversos colores: primero, un anaranjado muy intenso, con ciertos destellos verdosos; luego, un amarillo que va disolviéndose paulatinamente en rojos, naranjas y ocres, según las enormes piedras jugueteen con la luz de los rayos. Al fin, un color oro que, de tan fuerte, se ha pasado hasta tonos desvaídos por la quemazón de tanta luz en la retina. Después, aparece la inmensa bola de fuego de la que eran emisarios los rayos y las tres pirámides recobran el volumen que parecían haber perdido durante la noche, irguiéndose de nuevo sobre la explanada y haciendo moverse con su silencio pétreo—a cientos de hombrecillos que circulan como pulgas por sus flancos, abajo, a lo lejos, unos sobre caballos, otros a lomos de camellos basculantes, otros más levantando rastros de arena, ligeramente inclinados hacia adelante por el peso del calor, todos con la pretensión vana de estar contemplando, no siendo contemplados.

Basta saber cómo llaman los árabes a la esfinge de Gizah para imaginar que a esta enigmática estatua la rodean algunos siglos de misterio: Abulhol, lo que quiere decir Padre del Terror. Se alza a unos 350 metros de la pirámide de Keops y representa un cuerpo de leona con cabeza humana. Está tallada sobre la misma roca y algunas de las piedras de recubrimiento se han desmoronado por las partes más altas, lo que hace que de vez en cuando sea noticia, como algunos monumentos europeos (el Partenón, por ejemplo) al cundir la alarma de su próximo desmoronamiento. Pero la esfinge aguanta bien, pese a estas noticias alarmistas. No en vano ha permanecido enterrada durante algunos miles de años hasta la cabeza y han sido necesarias varias obras de retirada de arena a fin de dejarla descubierta; en 1925 la última vez y, según reza la estela de granito que reposa entre sus patas, en tiempos de Tutmés IV la primera. Este rey, descabezando —según la leyenda—una siesta entre las patas de la esfinge tuvo un sueño en el que se le apareció un dios y le conminó a desenterrar el monumento a fin de devolver al país la grandeza de tiempos pasados. Pero, a pesar de haberlo hecho así el faraón e incluso de haber construido un muro alrededor de ella —del que se han encontrado rastros en

diferentes excavaciones—la arena se volvió a apoderar de la esfinge una y otra vez.

Sin embargo, la esfinge, al parecer la representación del faraón Kefrén guardando celosamente la propia necrópolis, ha recibido algunos golpes que no han venido de la arena y de los siglos. El misterio de su pose y la serena grandeza de su mirada hueca ha indignado a más de un envidioso. Al-Maqrizi cuenta en su historia de Egipto: “Hacia 1878, el bienaventurado jeque Muhammad Sain Deher, de la orden de los sufíes del monasterio de Salahiyye, concibió el proyecto de destruir la Esfinge, por considerarla contraria a la ley de Dios. Este santo fue hasta las pirámides, mutiló el rostro de la esfinge y dispersó los trozos. La cara quedó en ese estado para siempre. Después de esa época, la arena invadió el territorio de Gizah. Los habitantes atribuyeron esta inundación a la mutilación de la esfinge.” Pero ya debía estar inmersa en arena desde mucho antes, a juzgar por las noticias que nos dan los viajeros árabes que dejaron su testimonio escrito. Abdel Latif escribía a principios del siglo XIII: “Un poco más allá del alcance de una flecha lanzada desde las pirámides, se ve la figura colosal de una cabeza y un cuello que emergen del suelo. Se llama Abulhul y se dice que el cuerpo al que pertenece aquella cabeza está sepultado bajo tierra. Si juzgamos las dimensiones del cuerpo basándonos en las de la cabeza, debe de tener 70 codos o más de longitud. El rostro tiene un color rojizo y un barniz colorado, que conserva toda la frescura. La cara es muy bella y la boca tiene una gran gracia y belleza. Se diría que sonría gentilmente.”

Y sigue diciendo: “Un hombre inteligente me preguntó qué objeto, de todo lo que había visto en Egipto, era el que había merecido más mi admiración. Le respondí que la exactitud de las proporciones de la cabeza de la esfinge. Y, en efecto, las diferentes partes de la cabeza, por ejemplo la nariz, los ojos y las orejas, guardan la misma justa relación que las obras de la naturaleza. Resulta sorprendente que, en un rostro tan colosal, el escultor haya sabido conservar la justa proporción de todas sus partes, pues en la naturaleza no hay ningún modelo de un coloso semejante, ni nada que se la pueda comparar.” Esta fue también la opinión tajante de Flaubert quien, durante su mencionado viaje a Egipto, escribió a Louis Bouilhet, tras haber contemplado la Esfinge: “No tenemos emociones tan po-é-ti-cas como ésta todos los días, gracias a Dios; nos mataría”.

Tan grande ha sido su fama a través de los tiempos que la misma mitología griega, que no necesitó nunca de préstamos, incluyó una esfinge entre sus monstruos, al parecer hija espuria de ésta que se alza ahora en la planicie de Gizah. Aquella esfinge venida de los confines de Etiopía, que guardaba la puerta de la Tebas griega protegiéndola con un curioso acertijo, fue hecha saltar del monte Ficio por el mismo Edipo, despedazándose en lo hondo de un barranco.

Sin embargo, la esfinge, bien mirada, parece guardar algún secreto que ni los egiptólogos ni las arenas conseguirán descifrar jamás. Sobre la nariz rota a cañonazos por las tropas mamelucas (y no por los franceses, como se venía diciendo), con sus patas de león con las uñas recortadas por la piqueta de los

excavadores, protegiendo siempre el recuerdo del sueño que un día descabezara el propio faraón, humillada por los restauradores y sometida a ser contemplada desde lo alto por japoneses cargados de cámaras, incomprendida como todo lo sublime, parece mirar desafiante y serena hacia El Cairo, que la amenaza con su polvareda y su rugido de casas y hoteles, con el mercachifle piastrero de medio *pound* que no deja contemplarla si no es esquinada y con prisa, por entre los recovecos insulsos de un templo inoportuno, bien desbaratable, bien transportable a cualquier otra ciudad o continente, lo que aligeraría el espacio para esta singular criatura de piedra a la que los siglos, los cañonazos y los arqueólogos parecen haber dado a la sonrisa un rictus de cinismo entre pétreo e insondable.

Una vez duchado y resoplado, me acerco poco a poco, con las manos bien metidas en los bolsillos y tratando de esquivar los llenos de sol por las calles Adly y Talaat Harb, hasta el restaurante Arabesque, para mí el mejor restaurante de El Cairo. Son las dos de la tarde, esa hora cansina en la que El Cairo, y más en verano, descabeza una pequeña siesta y tan sólo se ven por las calles turistas y gentes como yo, despistados de la marcha normal, rezagados de la comida, aventureros que se lanzan al sol en busca de la pitanza, sobre el asfalto ardiente que quema a través de las zapatillas. En la plaza Talaat Harb hay un par de guardias de tráfico, con su traje impoluto blanco y un pañuelo alrededor del cuello para no rozarlo, que pitan —el ceño fruncido— al tiempo que arrastran las botas desabrochadas y ardientes por encima de los periódicos extendidos de los librereros que se han refugiado de la comunión de fuego a la sombra de algunos portales para picotear sus bocadillos de *taamiyya* (unas croquetas de habas trituradas) y *turshi* (encurtidos), extendidos sobre trozos de Al-Ahram, el periódico de más tirada de la ciudad. Llego por fin al restaurante, en la calle Qasr el-Nil, y me siento en una de las mesas del fondo. Se trata de un garito adornado con muy buen gusto, a base de maderas de taracea y mármoles, cuidado por un servicio impecable. Me sacudo un buen plato de espaguetis al estilo de la casa —los únicos spaghetti dignos de tal nombre en todo Egipto (a excepción, claro está, del Santa Lucía en Alejandría)— y un escalope que tengo que dejar mediado. Lo he vuelto a hacer. En este país no se puede comer tanto. Liquido la cerveza de importación (la Stella local está bien, pero circula por ahí una partida que tiene un definido sabor a cuadra y, debido a la escasez de turistas en verano, están tratando de colocarlas) y pido un café turco *ziyada* (con bastante azúcar) al tiempo que me dedico a observar a la gente.

En los restaurantes de lujo de El Cairo hay un ambiente igual de afectado que en los de España de la misma categoría. Todo el mundo anda bien trajeado, se sienta —en el borde de la silla— con exquisita educación y echa ojeadas de reproche a los que, como yo, no están todo lo presentables que la ocasión requeriría. Hay gente de todo pelaje y color: hombres de negocios vestidos a lo *yuppi*, aunque con ciertos detalles africanos que los delatan: un

traje de corte impecable y una camisa color morado, o una corbata de un palmo de ancha o un anillazo de proporciones hercúleas ensartado en el meñique que, contra todo pronóstico, no parece constituir ninguna suerte de reclamo sexual. O gafas de sol subidas por encima de la frente, en el más puro estilo ligón italiano años sesenta. Hay extranjeros —la mayoría gordos— que parecen hastiados del lugar y de todo. Algunos turistas vestidos de espantapájaros, que se comen todo el pan sin pestañear. Las mujeres egipcias, en su mayor parte, están calladas y son bastante monas. Algunas exuberantes incluso, carnosas y prietas, demasiado pintadas siempre. Cuando hablan —a sus maridos o padres o amantes, los que comparten su mesa— lo hacen con un énfasis muy especial, gesticulando mucho y tratando de convencer, levantando la voz en ocasiones. El árabe que hablan las mujeres es diferente del de los hombres. Más gutural a veces, más enfático, cantarín. A veces pienso que, en los países musulmanes, en los que, a decir del Profeta (que Dios lo bendiga y salve), las mujeres son las mieses y los hombres los que llevan la guadaña sin ser la muerte, se da un curioso fenómeno. Las mujeres, enseñadas a estar lo más calladas posible a fin de encontrar un buen marido, mientras son novias no hablan mucho. Son los hombres los que hablan. No es raro ver, en el Groppi, el Lappas o en los hoteles de lujo, una pareja de novios sentados en una mesa, él hablando sin parar con un café delante de sí, y ella sonriendo mucho —sin decir ni pío— y sacudiéndose un helado de dimensiones estremecedoras. Luego, cuando se casa, las tornas suelen invertirse. Se ve al marido andando cogido del brazo de la mujer, que cotorrea sin compasión, de escaparate en escaparate. Pero el pobre ya no sonrío.

El vino es prohibitivo. El vino egipcio —intragable hasta para los amantes de experiencias nuevas— tiene un inconfundible sabor a piensos compuestos que tumba de espaldas. Antes era bueno. Aquí dan un vino francés, importado a precios astronómicos. Un vino de mesa vulgar y corriente, una *piquette* de la que beben los albañiles en Francia, se hace pagar a 3.500 plumas de vellón. Por eso, en este tipo de restaurantes, a pesar de que los que comen no parecen andar escasos de dinero, el espectáculo insólito lo constituye la visión de docenas de mesas en las que se trasiegan entrecots y steaks tártaros a golpe de Pepsi. Pero éste es un país islámico. O eso dicen cuando se les pregunta.

Después de comer, al dirigirme de nuevo a la pensión Roma a fin de descabezar una siestecilla, he podido ver un espectáculo que me ha helado la sangre en las venas: un hombre sin piernas, cortadas a la altura de la ingle, sentado sobre un carrito hecho de una tabla de madera y unos rodamientos atornillados por debajo, con los muñones bien asentados sobre la tabla. Se agarraba con las manos al parachoques trasero de un Toyota semifurgoneta, haciendo con los brazos las presiones necesarias para mover el carrito e ir esquivando los obstáculos de la calzada, piedras, hoyos, baches, etc. Finalmente, y ante mi mirada asombrada, la furgoneta ha tomado un desvío a

la derecha y aquel hombre —al que muy difícilmente me atrevería a llamar lisiado— se ha desplazado sobre la marcha hacia la parte izquierda del vehículo y, cuando éste ha tomado la curva, se ha soltado y el solo impulso de la marcha ha bastado para andar tres o cuatro metros por sí solo —todo un espectáculo— y agarrarse finalmente al parachoques de un taxi, con el que ha desaparecido de mi vista, adherido a él como un curioso y membrudo farolillo de cola. Añádase a todo esto que la susodicha escena se desarrollaba en medio de un tráfico denso y compacto, y sométase a la siguiente observación: de todos los que esperábamos en el semáforo tan sólo yo lo he seguido con la vista en su rocambolesca automoción.

En El Cairo todavía, aunque cada vez menos, afortunadamente, se pueden ver criaturas realmente sorprendentes. En la calle Adly —una de las arterias comerciales de El Cairo— solía haber siempre un hombrecillo vestido de negro, joven y de rostro anguloso de gran nobleza, pero lisiado por la naturaleza con una cruel deformidad: las piernas eran incapaces de sostenerlo erguido y sólo podía caminar —por llamar de una manera compasiva a su modo de trasladarse— arrastrando sus extremidades dobladas y retorcidas hacia su espalda con un curioso movimiento de autómata dieciochesco, con la nariz a la altura de las vergüenzas de los transeúntes. Era dueño de un pequeño puesto de juguetes en el que vendía muñecos, juegos de niños, teléfonos de plástico, tacatacas diminutos, etc. Se paseaba con uno de esos teléfonos de plástico asido a una mano, calle arriba calle abajo, así toda la mañana, clavando en los viandantes una mirada de niño desde sus ojos grandes, sin pedir ni ofrecer nada y rectificando con las palmas de las manos los ocasionales desmadejes excesivos de sus extremidades flacas, atornilladas por unas guías de acero inoxidable rechinante. De lejos, daba la impresión de un sapo que hubiese perdido el rastro de la charca y no fuese capaz de encontrarlo. Estuvo allí muchos años, pero ya no lo he visto esta vez. La ausencia de aquel valiente y sereno vendedor de teléfonos de plástico ha sido una de las mayores decepciones de este viaje.

El otro día volví a ver otro ejemplar de esta aguerrida casta de tullidos de la naturaleza en una ciudad en la que la vida es dura para los hombres completos. Un parálítico de torso para abajo, sentado sobre su silla de ruedas y bajando —a toda velocidad y en dirección contraria— por uno de los puentes elevados que conducen al Muski. Había que verlo cómo sorteaba los coches que ascendían por la rampa.

La fortaleza del egipcio medio es difícil de imaginar. La fibrosidad de su constitución muscular y la alimentación a base de vegetales, unido todo ello al trabajo físico abrumador, hacen que los habitantes de Egipto tengan una capacidad de resistencia —sobre todo frente a las adversidades— fuera de lo común.

En mis primeros viajes, y por mediación de mi amigo Joan Carandell, conocí a uno de estos ejemplares sorprendentes de cairota lisiado. Se llamaba Galal y, aunque tenía treinta años, aparentaba más de cuarenta. Le faltaba una

pierna —perdida, al parecer, en una caída bajo las ruedas de un tranvía— y andaba apoyándose en una muleta de sobaquera, instrumento éste que manejaba con increíble soltura. Él y su hermano pequeño —al que se hará referencia también en este libro— regentaban entonces un puesto de Pepsis en la Ezbekiyya, antes de que las sucesivas obras de remodelación acabaran con los jardines creados con motivo de la inauguración del canal de Suez. Galal había sido convicto de asesinato y purgó condena de seis o siete años en el penal de Beni Suef, a trabajos forzados. Había vuelto de la prisión bastante más rufián de lo que ya debía ser, pero era un hombre franco y simpático. Allí, en su puesto de Pepsis, en el que vendía casetes y llaveros con fotos de jugadores del Zamalek y del Ittihad al-Iskandari, pasábamos las tardes y las noches, sentados sobre las cajas de bebidas y haciendo sonar los abrebotellas sobre la chapa de la nevera llena de agua con hielo, atrayendo a los transeúntes con nuestros gritos: “¡Pepsi, pepsi, más rica que el pollo!” Galal, un hombre, como ya he dicho, bondadoso en el trato pero de una fiereza increíble para con sus compinches de su zona de dominio (la Ezbekiyya) solía sacar de vez en cuando una navaja traperera de enormes dimensiones y hacer amago de rajar a alguien al menor roce, asemejándose entonces al vivo retrato de John Silver el Largo en una versión africana. Era aficionado al alcohol en grado sumo, aunque su economía le impedía, por fortuna, llegar a ser un alcohólico, y solía aparecer de vez en cuando con los ojos enrojecidos por el exceso de *hashish*. Tampoco hacía ascos a la farmacopea, en aquella época más boyante que ahora, pues circulaban unas pastillas conocidas popularmente con el nombre de Phantom, que dejaban, tras una fase inicial de euforia y risa floja, un aturdimiento y una resaca posterior bastante curiosas. Pese a todo ello, pese a su salud quebrantada por los excesos, aquellos y otros que no me cuesta trabajo imaginar en un penal de trabajos forzados, constituía un auténtico espectáculo verlo brincar sobre su muleta parcheada de cojines de trapo para coger un autobús, pues por su condición no tenía acceso a otro medio de transporte. Tras una pequeña carrera, se asía a una de las puertas del vehículo en marcha y se izaba a pulso luego hasta la plataforma, rechazando la ayuda que pocos viajeros —dado su aspecto— se atrevían a ofrecerle. La multitud se lo tragó y no he vuelto a saber nada de él. La Ezbekiyya ya no es ni sombra de lo que era, una de las pocas zonas verdes de El Cairo, en la que se alzaba un casino al aire libre, lleno de mesas por entre las que un malabarista hacía sus números. Recuerdo haber llenado, en compañía de Galal y otros amigos, algunas de aquellas mesas de cascos vacíos de cerveza local. Cuando Galal se había bebido ya tres o cuatro de ellas, solía agitar la muleta por encima de sí, escandalizando a las parejas y creando oleadas de inquietud entre los camareros. Entonces llamaba a gritos al *maître*, un hombre pequeño y de empaque fingido: “*Mitr u noss, mitr u noss*” (*mitr* significa tanto *maître* como *metro*: “(metro y medio, metro y medio!”). Aquel grito, como otro más célebre, parecía salir del pico de un inexistente loro que se balancease sobre su hombro.

Tras una siesta gratificante y sudorosa, me levanto, me ducho y salgo con la intención de meterme en un cine hasta que pase lo peor del calor.

La taquillera del cine Radio me sonríe y me muestra el plano en el que aparecen todas las butacas de la sala:

—¿Balcón o patio? Cme pregunta.

—Balcón Crespondo sin dudarle. En Egipto, los cines tienen reservado el patio para la gente menuda, la más modesta, por lo que resulta más prudente ir arriba, por la sencilla razón de que en ellos se consumen todo tipo de mercancías perecederas y no es raro que los de abajo reciban lluvias de cáscaras, restos de té, chapas de pepsis, y otros objetos incluso mayores. Así, en virtud de la ley de la gravedad, las clases se acomodan de manera diferente a Europa: los más menesterosos, abajo; los menos, arriba. Las gentes realmente pudientes no van al cine muy a menudo. Se reservan otras diversiones y, además, pueden ver las películas en cineclubs privados, cuyo precio puede llegar a ser diez veces superior al de los cines normales, los del centro de la ciudad.

En El Cairo ha habido siempre una extraordinaria afición al cine. Hay muchas salas y, la mayoría de ellas son muy grandes, a la medida misma de la ciudad. Los cines Metro, Radio, y otros de nombres que recuerdan las épocas doradas de las compañías de Hollywood amasan, sobre todo los jueves y sábados por la noche, enormes multitudes de jóvenes de entre 15 y 25 años, en pandillas vocingleras, que se arremolinan alrededor de las entradas con el tíquet ya en la mano o prendido de los labios, sentados a caballo sobre las vallas de tubo metálico de las aceras, chanceando de emoción, ansiosos de evadirse de la polvorienta realidad de El Cairo por un par de horas. Las películas que gozan de más estimación entre las clases populares son las de chufas y tragedias amorosas a base de cuernos y revanchas sangrientas. El sexo está rigurosamente prohibido en Egipto, así que las películas suelen ser de lenguaje tirando a picante. La producción egipcia es inmensa. De los estudios de El Cairo salen al año cientos de telefilmes y largometrajes que se distribuyen a lo largo y ancho del mundo árabe, contribuyendo a marcar el papel hegemónico de la cultura egipcia y, desde luego, del dialecto egipcio. Huelga decir que la calidad de esta producción —siguiendo criterios estrictamente occidentales— es ínfima. Pero se trata del producto del que el pueblo llano está ávido: unos culebrones extraordinariamente parecidos a estos venezolanos con los que TVE trabaja el cerebro de las amas de casa españolas. En ellos, la principal excusa no es contar una historia, sino mostrar el soberbio nivel de vida en el que se desenvuelven los personajes. En definitiva, crear ansiedad social y descontento consumista. Y entretener, claro. Son seriales muy similares a los que se acostumbraban a pasar en épocas de Franco: niñas de alta sociedad y sus problemas para encontrar un novio bien forrado; estudiantes y representantes de la naciente burguesía egipcia avasallando a las anteriores; padres rectos y poco comprensivos, madres esforzadas, criados dicharacheros y

que hablan en proverbio, políticos corruptos y hombres sin escrúpulos que acaban mal, cornudos a diestro y siniestro, etc., etc. Pero a la gente le encantan. De entre las películas extranjeras, las que gozan de más aceptación son las de mucha acción y, concretamente, las de James Bond. Están meses en cartel. Las de chinos y chufas, como ya dije, son también muy celebradas. Hay otro género aparte, que lo constituyen los telefilmes nacionales que desarrollan un tema típico de toda sociedad con desasosiego económico: el que narra el conflicto amoroso entre un chico honrado, apuesto, trabajador y pobre, y una chica frivola, forrada y algo ligera de cascos. Naturalmente, el padre se opone, él sufre mucho, etc.

Me siento en una de las filas traseras y me dispongo a ver la película, con un buen paquete de palomitas en la mano. Faltan cinco minutos para que dé comienzo. Se trata de “Drácula, Príncipe de las Tinieblas”, con Christopher Lee a los colmillos. No hay mucha gente, gracias a Dios. La mayoría se agrupan en el centro del *balakuna* —que es como se llama aquí al entresuelo— y comen pipas de calabaza o mascan chicles o tabletas de chocolate. Algunos sorben té. En los cines egipcios es normal que los vendedores se paseen entre las filas de butacas con bandejas tambaleantes de té, cocaola y pepsis durante toda la película. Está prohibido fumar, pero el público no hace ni caso, lo cual está muy bien. Los cines no cuentan con suficiente número de acomodadores como para que la gente se resigne a cumplir la prohibición. Así, a veces, el aire está cargadísimo por el exceso de humo y no hay más remedio que encender un pitillo para acallar las ganas de fumar. Al cabo de un rato, como la película está en versión original y se hace pesado seguir los subtítulos en francés y árabe, (en Egipto no existe doblaje y es impepinable que las películas extranjeras sólo las vean los que saben leer y escribir) empieza a crecer el jolgorio en la sala. Cuando Drácula se dispone a succionar a la protagonista, muy cerca del escote, en el que se adivina una pechera de fundamento, se oye entre el público un grito de mariachi jubiloso que es saludado con risotadas de alborozo por parte del personal en ambas alturas de la sala. Luego se escuchan regüeldos en localizaciones diversas y con recámaras variadas, que son celebrados con risas por una parte del respetable y chistados por otra —entre la que desgraciadamente me encuentro— que quiere seguir la proyección. El pateo de algunos sectores consigue por fin —ayudado por la tenebrosa escena en la que el ayudante de Drácula cuelga boca abajo el cadáver de uno de los visitantes para que escurra la sangre sobre las cenizas del milenario chupa chupa— hacer algo de silencio en la sala. Pero poco dura. El crepitar de las bolsas de plástico, unido a los comentarios decrecientemente esporádicos de algunos espectadores acaban por desanimarme; decido imaginar el final de la película y salir a echar un paseillo por El Cairo que se adormece.

Hay instantes en los que El Cairo pierde su sudorosa actividad y se presenta mágico e irreal: los edificios, a la puesta de sol, brillan como pecios

polvorientos entre dos aguas; sobre los balcones ondea la ropa tendida y algunas manos salen rápidamente de las ventanas y arrojan aguas sobre los tejados cercanos. Los últimos rayos de sol, reflejándose sobre el polvo en suspensión, ponen una cortina de luz entre el ojo y las calles: algún hombre reza y se levanta y se vuelve a inclinar, sumido en una devoción misteriosa. El ruido del tráfico cesa en algo, los bocinazos parecen siempre venir de dos manzanas más allá, y de algunos tejados asoman rostros soñolientos, seguidos de cuerpos, que vagan por entre los escombros como buscando algo perdido, con el torso inclinado hacia adelante. El Nilo, cuyo lento fluir pasa inadvertido durante el día, se vuelve a la noche espejo de la ciudad y acoge multitud de reflejos, quebrados de tanto en tanto por el oleaje de una barca sobre la que los viajeros hacen palmas y albórbolas. Los porteros sudaneses salen de las tinieblas de su portería —en las que no eran sino túnicas blancas y turbantes vacíos de hombre— y entremezclan con la noche su negrura marfileña. En los cafés y por las esquinas hay hombres que chupan en las largas culebras de sus pipas de agua y se incendian en un humo espeso hasta que los borra su propia ausencia. Y ya nadie los mira. Las palomas se levantan y merodean por los aleros de las casas al tiempo que zurean en un árabe ininteligible; las persianas, abatidas a golpes por el sol implacable, son empujadas hacia afuera por brazos sin hombro. Cuando el canto del almuédano es inminente, en el mes de Ramadán, las calles desiertas lloran polvo y los cristianos pasean a los perros respirando de satisfacción; entonces los musulmanes se alinean alrededor de una mesa llena de viandas, absortos en la insufrible ansiedad de los últimos momentos, abandonada la conversación y fijos los ojos sobre la comida humeante.

Hay momentos en los que El Cairo no parece ser de este mundo, sino más bien una reliquia abandonada de la mano de Dios, un amalgamado montón de casas y puentes sobre el que planea una omnipresente amenaza, un lugar en el que los periódicos de la mañana ya amarillean al atardecer, una inmensa Atlántida de tranvías encallados en sus raíles y guardias que trastabillan bajo el sol, dejando escapar de su silbato chiflos cada vez más temblorosos.

Cuando ya por la ciudad sólo merodea el sueño y se escuchan los chasquidos de las chanclas por los callejones enlodados de Al-Husein, cuando los perros, en bandadas, se atreven a salir por fin de las ruinas y ladran toda la noche en un mundo en el que son impuros y odiados o persiguen a los zorros por las pirámides, cuando los vendedores de frutas —con tal de no desmontar el tenderete— aguardan la aurora a la luz de sus lámparas de petróleo, quietos como moldes de las tinieblas, cuando los espectros atemorizados deslizan sus siluetas de neblina por la Ciudad de los Muertos, cuando las comadreas extraen sus cuerpos estirados de los pozos negros e inician las rápidas carreras por debajo de los coches, encajonados para descanso del asfalto en apretadas filas, y persiguen y dan caza a las ratas, cuando de las tinieblas de una avenida surge un cortejo de boda haciendo sonar los claxons y es engullido de nuevo por la noche, El Cairo es entonces mágico e irreal, y yo me pregunto si será la

Eusapia con la que soñó Calvino, un ombligo del mundo en el que todos los vientos se entrechocan, un oscuro hipogeo de piedra recalentada en el que muchos hombres no parecen ya estar de cuerpo presente, sino apelotonados en sus casas como momias, aguardando el alba que traerá consigo otra funeraria y sudorosa representación.

III. La mezquita de Al-Maridani — La pasa — Jan el-Jalili — Madrasa de Barquq — Un restaurante popular — Al-Azhar — El aguador — La mezquita de Al-Hakim — Ibn Tulun — La lluvia en El Cairo — El-Battaniyyeh — El café Fishawi.

Esta mañana me he acercado paseando hasta la mezquita de Al-Maridani, en uno de los recovecos de la calle Darb Al-Ahmar, cerca de Bab Zuwaila. construida a mediados del siglo XIV por el príncipe Altunbuga Al-Maridani, uno de los coperos del sultán An-Nasir y gobernador de Alepo, cuando éste era una provincia del Imperio Mameluco, es una de las mezquitas más abigarradas de todo El Cairo. En el interior reina una mezcla sorprendente, ya que en el patio hay matojos y plantas que dan al edificio un aspecto vagamente claustral y, cosa sorprendente, un par de mujeres, en un espacio especialmente reservado para ellas, rezan en silencio. No es nada frecuente ver mujeres en la mezquita, ni mucho menos a la hora de la oración. Las mujeres, como ya referiré en otro punto, no son muy atendidas por el islam, salvo como probables incitadoras al pecado, rabillos de Satanás en una sociedad por lo general bastante calentorra. Normalmente, por tanto, no rezan en la mezquita, y ni siquiera en casa, aunque este último punto los musulmanes —los hombres— lo niegan fervientemente. Pero en esta mezquita sí que parece haberlas, pues mientras paseo por el patio veo cómo llegan un par de ellas más, envueltas en sus túnicas negras, mayores y con aspecto de haber hecho la peregrinación a La Meca.

—¿Hace falta tíquet?— pregunto al guía, que acude solícito a recibirme.

—Con la propina basta—, responde serio. Atravesamos la celosía de madera que separa el patio del *riwaq* en donde está la *qibla* (una especie de nicho semicilíndrico orientado hacia La Meca) y el guarda me explica que se trata de una de las *mashrabiyyas* (pues así se denomina en árabe a estas pantallas de madera finamente engarzada que cubren los miradores de las casas y separan las distintas piezas o ambientes) más antiguas de El Cairo. En efecto, es un trabajo muy delicado y con una pátina singular. Como la madera ha sido tradicionalmente escasa en El Cairo —y en todo Egipto— los artesanos egipcios han sabido trabajarla como si de un material precioso se tratara. La escasez enseña siempre más que la abundancia.

Ya dentro del *riwaq*, en donde se extienden las esteras y las alfombras para los rezos, el portero me enseña las columnas centrales, de granito rosa de Assuán, al parecer reaprovechadas de algún templo egipcio cuyo nombre ignora. Las columnas adyacentes, sin embargo, son restos de una iglesia con capiteles al estilo corintio. El resto parece mameluco. La mezcla en esta mezquita es apabullante. El *mihrab*, de mosaico con teselas de madreperla, es todo de mármol y su decoración es producto de la influencia emanada del mausoleo de Ibn Qalawun. Hay por doquier inscripciones en letra *nasji* y cúfica, de diferentes épocas, y el techo conserva —aunque algo estropeado— un artesonado espléndido, en una madera que el guarda jura tener más de doscientos años, aunque a su lado aparece un nuevo ayudante de guía que,

recién incorporado en pijama y chancletas, le acusa de estar exagerando. Cerca del *mimbar*, una obra faraónica de madera y ataracea de marfil, cuelga un reloj de cocina a pilas. Más allá un calendario y, algo más a la izquierda —pasada ya la *qibla*— un horrisono tapiz de los que venden en las tiendas de coranes, que representa, en tonos inadmisibles, escenas religiosas diversas. Sobre la lana, en este caso, aparece tejida la peregrinación a La Meca: musulmanes rojo sangre, Kaaba negra, cielo azul turquesa, etc. Una gran estantería con libros religiosos y algunos *sebhas* (rosarios musulmanes de 33 cuentas, con los que se repasan los 99 nombres de Dios) completan la amalgama. Pero se está muy bien en el interior de la mezquita. Hay un profundo silencio y el paseo descalzo por las frescas alfombras reanima el espíritu después del sudoroso caminar por las callejas polvorientas. Aparece el muecín con su micrófono e inserta la clavija en el enchufe situado bajo el *mimbar*. Cuando salgo del *riwaq* hay un par de docenas de musulmanes en fila dispuestos a recitar la plegaria del mediodía. Cojo mis zapatillas y me siento en el pórtico a calzarme de nuevo.

Casi todas las mezquitas suelen tener un par de bancos corridos de piedra a cada lado del pórtico. Es un sitio excelente para sentarse y fumar un cigarrillo antes y después de la mezquita. Además, como sucede en las iglesias, en estos bancos siempre suele haber tres o cuatro musulmanes mendicantes o de profesión misteriosa que prácticamente viven allí, siempre en amena conversación y siempre dispuestos a contarle algo a uno. Pero hoy es domingo y el pórtico está vacío, salvo por un mendigo viejo que duerme con la cabeza apoyada en un saco sobre el que trae sus pocas pertenencias. Su aspecto es realmente estremecedor, y eso en una ciudad en la que el viajero se cura de espanto a los pocos días, dejándose teñir por la indiferencia de los mismos cairotas ante la miseria. El pelo, ceniciento y crespo, es muy largo y la barba, hirsuta y salteada de hebras blancas y negras en igual proporción, le llega al pecho. Viste una *galabiyya* viejísima, lastrada y aceitada por una suciedad difícil de imaginar, de cuyo color original lo más parecido son algunas zonas en tonos tostado claro. Bajo la túnica parece llevar una camiseta y un pantalón de algodón de una sola pieza —este último al estilo de los zaragüelles campesinos—, hechos jirones ambos, y sobre los que las manchas son otra vez —paradójicamente— del mismo color original del tejido: blancas. Las manos y los pies parecen ya escasamente humanos, cubiertos de grandes costras negras, y las uñas son como callos ribeteados de mugre. Aparenta andar más cerca de los 60 que de los 50, pero no sería sorprendente que tuviera tan sólo 40. Duerme, como ya dije, sobre un saco de arpillera abultado y tiene un sueño liviano, puesto que, al encender yo el cigarrillo, el solo raspar del mechero le hace abrir los ojos y fijarlos en los míos. Se incorpora y se levanta, introduciendo sus remedos de pie en unas sandalias de goma con hebillas cruzadas. Y se rasca dolorosamente en varios sitios a la vez, dándome la impresión de que ni que fuera el mismo Buda podría encontrar alivio de los picores que le atenazan. Al abrirse el pecho para rascarse, veo las costras sanguinolentas de la sarna, y también más abajo, en las pantorrillas y los

tobillos. Me vuelve a mirar y no puedo soportar sus ojos. Se levanta y va hasta un comercio en donde el dueño fuma, sentado a lo gángster sobre una silla. Le pide un cigarrillo, lo enciende y vuelve hasta el banco de la mezquita, sentándose allí con la vista fija en el suelo, probablemente pasmado por el retorno —a causa de mi adicción al tabaco— a una realidad difícilmente digerible. Y se sigue rascando. Me da la paz y se la devuelvo. Aparecen unos niños con palos y se acercan a él con ánimo de fastidiarle un poco. Pero el viejo les dice —a grito pelado y empleando un vocabulario tosco— que no hagan ruido porque es la hora de la oración y molestan. Otro viandante termina por espantar definitivamente a los niños. Mientras acabo el cigarro, siento una enorme curiosidad por aquel congénere que se rasca delante de mí. Cuáles fueron los diferentes avatares que desde una cuna más o menos digna han conducido a este hombre hasta tal grado de cochambre física, qué amores desairados le arrastraron al vagabundeo y la mendicidad a la puerta de las mezquitas. Y, sobre todo, qué pensamientos circulan por ese matojo de cabellos grasientos y endemoniados. Pero él está demasiado lejos de mí, demasiado lejos, aunque se rasque a tan sólo tres metros de mis narices. A fin de cuentas, a tan sólo mil kilómetros de aquí, cientos de sudaneses revientan de puro hambre cada día, tan lejanos a mí y a mi ayuda como este viejo *clochard* sarraceno. Aunque de todas formas, mi cultereta sólida y cansina, la bien tramada y desesperanzada asimilación de los maltratados por la fortuna a los fríos avatares del mundo animal, no impiden que sienta una cierta vergüenza ante este hombre que se rasca delante de mí. Hay veces que cuesta no creer en los dioses y su prometida reordenación del elemento zoológico humano.

Uno de los nuevos fenómenos que en anteriores viajes no había podido observar con detenimiento o que, por cualquier razón, no estaba tan extendido como para haber llamado mi atención tan poderosamente como ahora, lo constituye la “pasa”. La *zabiba*, pues así la llaman en árabe, es una suerte de muesca en la frente, de color amoratado oscuro y ocupando la superficie aproximada de una moneda de cinco pesetas. Es síntoma de que su portador es musulmán ferviente e inagotable rezador. El lector poco avezado en costumbres islámicas se preguntará por qué. Bien, es de sobras conocido que la oración entre los musulmanes se realiza sobre una estera o alfombra, en la que se llevan a cabo las postergaciones. El fiel está de pie, alza luego las manos en gesto de adoración y posteriormente inclina su cuerpo noventa grados con respecto al tronco, para luego arrodillarse y, finalmente, una vez en cuclillas, postrarse hasta dar con la frente en el suelo. Aquí es donde se forma la pasa. Si el musulmán es hombre piadoso —y teniendo en cuenta que se reza cinco veces al día (o más aún en determinados casos)— esta sucesión de coscorriones sobre el áspero suelo de la mezquita o la rasposa superficie de una estera acaba produciendo la pequeña cicatriz contusa-friso-litúrgica que los portadores exhiben con orgullo mal disimulado. Las hay enormes y cerúleas, lo que indica que el propietario es hombre avezado en el arte del coscorrón y que

dispone de amplio crédito en los cielos para acabar en el orgasmo milenarío prometido a los más fervientes de los musulmanes. Las hay ridículas, de auténtico quiero y no puedo, que dan verdadera lástima. Los defectuosos de columna la tienen algo ladeada, puesto que sus genuflexiones salen algo desviadas con respecto al eje recto-cervical. Algunos extranjeros, ajenos a esta curiosidad, llegan a pensar si éste es un país con extraña compulsión hacia la zancadilla, o suelen compararla erróneamente con el tercer ojo de los hindúes, o con el punto negro que lucen las mujeres de ese país entre las cejas. Nada de eso. La pasa es un auténtico emblema nacional, distintivo, por un lado, de escasa cultura y, por otro, de desastrosa economía. Además, parece que no todos los portadores de pasa juegan limpio. Algunos, en la soledad del cuarto de baño, se magrean la frente, bien con el dedo, bien con ayuda de instrumentos más contundentes, hasta conseguir —frente al espejo— una pasa acorde con su auténtica devoción. A veces me parece que la pasa es algo así como el equivalente a nuestro ya casi olvidado yo pecador, con los que los prohombres —y lo que es más ridículo, los chupatintas— de nuestro anterior régimen se solían mellar el esternón los domingos en misa mayor. Y, por supuesto, también tiene, como lo tenía España el gesto mentado, sus connotaciones políticas. La pasa constituye un silencioso grito de protesta frente a una sociedad cada vez más laica en sus estratos pudientes y más pobre en sus estratos creyentes. Y puede que acabe teniendo —de seguir así las cosas— carácter de filiación política, lo que podría constituir una singular forma de carnet: cómodo, no necesario de plastificación y viable de exportarse a países europeos. Al nuestro, por qué no.

El gran mercado de El Cairo se llama Jan al-Jalili. Originalmente, el núcleo de este gran bazar oriental no era más que un *Jan* o *caravanseraí*, es decir, un edificio de estructura rectangular, construido alrededor de un gran patio en el que se llevaban a cabo las transacciones comerciales, destinado a dar alojamiento a los mercaderes y sus mercancías. Este *jan*, hoy desaparecido, fue construido en 1382 por el maestro de equitación el sultán Ibn Barquq, el príncipe Jarkas al-Jalil. Los *jan*, como ya dije, estaban provistos de alojamientos a fin de que los mercaderes, que no eran otra cosa que comerciantes ambulantes (aunque eso sí, con un radio de acción de a veces miles de kilómetros) pudieran pernoctar durante su estancia en la ciudad y tuvieran sus mercancías a salvo de los chorizos que, a decir de las Mil y Una Noches, no andaban escasos por este mercado. El *caravanseraí* era pues una especie de lonja de comercio y ésta del emir Jarkas fue la que aglutinaría, con el paso del tiempo, otros muchos *jan*, *wikalas* y tenderetes, lo que daría origen todo junto, amasado por los siglos, al inmenso zoco que hoy en día recubre varios kilómetros cuadrados de la superficie más vetusta, oriental y guarrindonga de El Cairo.

Los cairotas Csobre todo los mayores— todavía llaman a esta área del Jan el-Jalili al-Muski, debido al nombre de uno de los compañeros de Salah al-

Din, Izz al-Din al-Musk. Así, Jan el-Jalili y Al-Muski han llegado a ser denominaciones optativas de esa misma zona de comercios a la que nos referimos. El gran mercado linda por el este con la mezquita de Sayyidna al-Husein, con la calle Mu'izz li-Din Allah —la espina dorsal de El Cairo monumental— por el oeste y con la calle Muski por el sur. Ha sido, a través de los siglos, un zoco destinado a mercaderes extranjeros: judíos, persas, armenios, griegos, árabes de diferentes países e incluso sudaneses. En las últimas décadas, sin embargo, su composición ha cambiado sobremanera. Casi todos los comerciantes son egipcios, quedan bastantes armenios, los judíos son más bien escasos y los persas inexistentes. Anteriormente se vendían en este zoco productos de uso y necesidad primarios de los habitantes. Hoy en día, desde la aparición del mercado turístico, la demanda de souvenirs ha hecho de Jan el-Jalili una tienda de cachivaches de proporciones colosales, en la que prima sobre todas las cosas el regalo apto de ser transportado a Europa o América y puesto en el salón: objetos de cobre, perfumes de plantas exóticas, puffs, trabajos de madera ataraceada, papiros del Antiguo Egipto, etc. De ser un lugar lleno de vida real, es decir un sitio lleno de cairotas comprando para sus quehaceres diarios, ha ido convirtiéndose en un acotado para la caza del turista, un entresijo de calles en las que los comerciantes están, ora trabajándose a un cliente, ora sentados a la puerta del negocio viendo pasar a los turistas y visitantes. No quiere esto decir que sea un lugar exclusivamente turístico, por supuesto. Pero ha perdido, a mi modesto entender, algo de interés como sitio auténtico de El Cairo, ya que no es normal que los propios cairotas vayan por allí a comprar si las cosas que buscan las pueden encontrar en otro lado, y ello por una sencilla razón: los precios se han disparado bastante. Al no existir precio fijo para casi nada, salvo para la joyería y el oro, que tiene precios regulados por la demanda general en otros mercados mayores, los turistas acostumbran a pagar tres o cuatro veces el precio de cualquier cosa y los comerciantes no pueden hacer buena cara cuando tienen que vender esa misma chuchería —que en El Cairo puede ser objeto de primera necesidad— al precio real, y menos, claro está, si hay turistas delante.

La descripción que nos da Lane del Jan el-Jalili en su famoso *Manners and customs of the Modern Egyptians* es bien diferente. Entonces (1835) todavía existía el *mohtaseb* (que en castellano, en las épocas en que la península era medio musulmana, llamábamos almotacén o zabazoque) el individuo encargado de vigilar que los pesos de las balanzas no estuvieran mermados, que las mercancías fueran de buena calidad y que en las romanas y cuarteras cupiese la cantidad de grano que debía de entrar según las ordenanzas. La aparición del almotacén montado en su mula, precedido de un oficial portando las pesas y medidas y seguido de una ristra de esclavos y sirvientes, ordenando comprobar una pesa aquí, una romana allí, a veces todas y cada una a lo largo de toda una calleja, otras indiferente y cansino, pasando de largo ante el suspiro de los comerciantes o no apareciendo en varios días era entonces una estampa tradicional de Jan el-Jalili. Este zabazoque (*sahib al-suq* = señor del zoco) tenía

potestad para detener a los propios comerciantes e incluso a los clientes, y preguntarles por cuánto habían comprado lo que llevaban entre manos. Refiere Lane que los castigos aplicados a los comerciantes encontrados en falta solían ser bastante severos, y eran llevados a cabo de forma sumaria. Normalmente se procedía al azote del dueño de la tienda o, en su defecto, se le daba de bastonazos. En otros casos “era dejado en cueros, con la excepción de un pedazo de lino alrededor de las nalgas y atado, con los brazos detrás de sí, a los barrotes de la verja de una mezquita llamada la Ashrafiyya, en una de las calles principales de la metrópolis, con los pies descansando sobre el alféizar. Así permanecía alrededor de tres horas, expuesto a la mirada de las multitudes que abarrotaban la calle y a los rayos abrasadores del sol.”

Refiere Lane que, poco después de su primera visita a El Cairo, existía en el mercado de Jan el-Jalili un almotacén que ejercía su cargo de una manera despótica y brutal. Se llamaba Mustafa Kashef y era de origen kurdo. Al parecer, tenía por costumbre cortar el lóbulo de la oreja a los comerciantes, sin que hiciera demasiados distinguos entre los que estafaban y los que eran rectos. Tal llegó a ser su fama que un buen día, al encontrarse a un comerciante arreando una reata de acémilas cargadas de sandías, señaló una de ellas y le preguntó el precio. Este, sin responder a la pregunta, se pinzó el lóbulo de la oreja con los dedos y se limitó a solicitar: “Corte, corte, señor almotacén.” A un carnicero, que había estafado a un cliente con dos onzas de carne de peso, lo castigó arrancándole de la carne de la espalda las dos onzas de carne que se había ahorrado. Sin embargo, parece que el tal Mustafa era hombre de humor. Un día se encontró este irascible almotacén con un hombre que vendía cántaros de Semenud afirmando que eran hechos en Qena (de mejor calidad y más fama). Ordenó a sus criados, ni corto ni perezoso, que le rompieran todos los cántaros en la cabeza, lo que así hicieron.

Hacia principios del siglo pasado, existía un señor del zoco llamado Ali Bey y apodado el Supervisor del Lino, que no se quedaba corto en salvajismo. Cuando encontraba a alguien en posesión de un telar ilegal de su propiedad, o vendiendo prendas o telas confeccionadas en ese telar, lo envolvía bien en un pedazo de lino (de ahí su curioso mote) y, tras rociarlo con alquitrán y aceite, lo colgaba de un árbol y le prendía fuego. Pero, siendo cierto que la vida da muchas vueltas, él mismo vino a morir de esa manera en la explosión de un polvorín en la ciudadela, poco después, en 1824. En su funeral, cuando el *Sheyj* de la gran Mezquita de Al-Azhar pronunció las palabras funerarias rituales, ni uno solo de los presentes replicó con la tradicional fórmula: “Era de los virtuosos.”

Flaubert, en su estancia en Egipto, pudo ver casos de comerciantes que habían sido castigados por vender falto de peso: “Hoy, una parte de la columnata del templo de Luxor ha sido vallada y se usa como depósito de grano. Allí es donde sujetan —por las orejas— a los tratantes de grano que han vendido falto de peso. Los pobres diablos se mantienen de puntillas a fin de aminorar el dolor lo mejor que pueden. Llegado el caso, será una excelente

medida que haremos bien en tomar prestada de los orientales. A veces, sus métodos son mejores que los nuestros. Es muy fácil de ejecutar: lo he visto a menudo en El Cairo.”

Naturalmente, se trata de dos casos desafortunados, si bien ilustran las atrocidades a las que la población cairota estaba sometida bajo el poder de los turcos. Ello no quita para que la institución del señor del zoco sea uno de tantos ejemplos del esplendor de la civilización musulmana.

Pero volvamos a nuestro Jan el-Jalili. El actual zoco tiene la estructura tradicional de los mercados orientales. Está dividido en sectores, cada uno de los cuales ocupa barrios o calles enteras, dedicadas a una manufactura específica. Hay perfumeros, joyeros, piperos (los que elaboran los narguiles o pipas de agua), claveros, barnizadores, rosarieros, y un etcétera interminable, que de ser desglosado, habría que ocupar, sin la menor exageración, la mayoría, por no decir la totalidad, de estas páginas. Recuerdo que, cuando estaba haciendo compras para las excavaciones en las que trabajaba, en Heracleópolis Magna, cerca de Beni Suef, me acerqué un día al Jan el-Jalili a aprovisionarme de clavos. Tal es el grado de especialización a que han llegado los comerciantes de este zoco que, en la tienda en la que vendían los tornillos no se podían comprar clavos. Y en ninguna de las dos había destornilladores ni martillos. ¿Qué más lógico puede haber para nuestra mentalidad que en un sitio en el que hay clavos vendan también martillos? No en El Cairo.

Existen en el Jan el-Jalili preciosas tiendas, ya en proceso imparable de extinción, en las que se pueden comprar cálamos de caña de bambú, en las que se manufacturan delicados frasquitos de *kohol* (el polvo de antimonio con el que las mujeres egipcias se han acicalado los ojos durante siglos), o sobretendas repletas de perfumes en las que el dueño te pasea por la nariz fortísimas esencias de las plantas más inverosímiles, o garitos de apariencia chapucera de los que salen obras de artesanía ebanista que satisfarían al más exigente coleccionista, o sitios en los que no se fabrica nada de nada ni hay nadie que guarde la tienda, ni sillas, ni nada de nada, salvo cuatro trastos rellenos de mugre y recubiertos de polvo. Son las guaridas de los contrabandistas de dinero negro, en las que se hacen turbios negocios en dólares de todo el mundo a costa de la balanza de pagos. Este mercado, sin embargo, ha ido paulatinamente desapareciendo, ya que el gobierno egipcio ha promulgado, en los pasados años, algunas medidas que han dado al traste con este floreciente negocio, si bien a un precio astronómico para la economía del país.

El Jan el-Jalili, como el nombre *jan* indica, es un mercado tradicional turco. Existen en él numerosos *suq* o zocos: el de los cobrereros, el de los joyeros, el de los cuereros, el de los ferreteros, el de los sastres, de los tabaqueros, etc. Las tiendas, alineadas a lo largo de la calle, son recintos a menudo minúsculos y normalmente sin comunicación con el piso superior ni con las viviendas. A éstas se accede por escaleras y patio interiores alejados del bullicio de la calle. Cada tienda consiste a menudo en dos habitaciones

pequeñas, la más exterior de los dos sirviendo como mostrador y despacho, y la interior como almacén. Antiguamente existía, a la puerta de cada tienda, un banco llamado *mastaba*, un poyo de ladrillo cocido o de piedra para sentarse. En esa *mastaba* —hoy sustituida por las habituales sillas de Cleopatra— solía tomar asiento el dueño de la tienda, esperando a la clientela y ofreciendo a los compañeros generosos una pipa de agua con la que compartir el banco, amén de algunos minutos de tranquilidad y reposo después de una tarde de compra. Esta última costumbre no se ha perdido del todo, ya que es habitual que los propietarios de las tiendas, o los amigos de los propietarios, o los hijos, o cuñados, o nietos, (en el Jan el- Jalili es muy difícil averiguar de quién es la tienda en realidad) inviten a los compradores y paseantes a sentarse y disfrutar de un rato de conversación que, en el caso de extranjeros que no hablen el árabe, suele derivar indefectiblemente hacia el interrogatorio. El egipcio es tan amable y hospitalario como curioso.

Los modos de compra y venta en el Jan el-Jalili, como en todo Egipto, son harto interesantes. Para empezar, nadie, ni siquiera los mismos vendedores, son capaces de saber el valor exacto de una cosa. Ellos mismos la han comprado de la misma manera que la van a vender, esto es, regateando. Los clientes, tanto si son autóctonos como extranjeros, deben de aproximarse al objeto, mirarlo con cierto desprecio (si pueden), dejarlo de nuevo, toquetear otras cosas, volver, remirarlo con más desprecio todavía y, finalmente, mascullar, en tono cortés aunque un tanto escéptico: ¿Cuánto? El vendedor, que ya estaba ojo avizor desde hacía un buen rato, responderá sin vacilar pidiendo el doble o triple de lo que quiere por la pieza en cuestión. Esto depende de la cara de pardillo que tenga el cliente. Si se trata de un americano o japonés que se acaba de separar del rebaño por unos instantes, pantalón corto a rayas verdes, camisa butano, sombrero modelo Livingstone y botella de agua mineral en la mano, es probable que le pida diez veces más. Algún tendero me ha confesado que puede llegar a preferir no vender antes que vender a alguien que le cae mal. Cuando a alguien le interesa realmente el producto, la técnica más desesperada consiste en hacer una seña de desdén después de oír el precio y alejarse sin más. El vendedor preguntará entonces: “¡OK, mister, jau mach!” Si el jefe se calla y uno se tiene que alejar irremediablemente, pues nada, san joderse. Cada día lo hacen más. Los hay que, aun así, vuelven, claro está. En general, el vendedor siempre pide el doble de lo que desea, por lo que el comprador tiene que empezar ofreciendo la mitad de lo que puede pagar. Luego se regatea hasta llegar a un acuerdo. El precio final, en caso de alcanzarse ese acuerdo, siempre estará equidistante a las dos sumas, la ofrecida y la exigida. Si un cliente acepta inmediatamente el precio solicitado, puede levantar serias sospechas en el comerciante. Lo más probable es que piense que está vendiendo algo que vale más. Una compra así, en el gran bazar de Jan el-Jalili, no tiene la menor gracia.

Recuerdo haber entrado, aquí en la calle Mu'izz li- Din Allah, en la

madrasa de Barquq, en compañía de unos amigos. Al hacer nuestra aparición — siete personas, nada menos— se armó un pequeño revuelo. El portero apareció jadeando —debía de estar jugando a la *taula* en el cafetín de enfrente y le fueron a avisar de la llegada de unos extranjeros— y reclamó rápidamente sus honorarios: *seven bounds, seven bounds!* muy excitado. Le dije que me trajera los tiquets y que pagábamos al instante, pero no parecía muy dispuesto, por lo que se entabló una pequeña discusión acerca de la conveniencia de darle las siete libras sin recibir tiquets a cambio. El portero era un tipo de pocas luces y, por lo tanto, algo gritón. Había también un ciego —sin globos oculares— que deduje debía de ser el muecín. Un estudiante de Al-Azhar, bastante despierto y al parecer divertido por la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y un vejete cascarrabias y de pelo blanco que parecía pasar las cuentas de un rosario. El portero por fin ordenó al ciego que trajese los tiquets y el muecín subió al alminar y bajó, golpeando los muros con un bastón para no fallar pie y desmorrarse, con dos fajos de entradas en las que estaba escrito, en unos, Ciudadela de El Cairo, y en otros, Muros Antiguos de la Ciudad. Todos los tiquets llevaban el precio: 25 piastras. Le hice ver al portero que la entrada parecía valer la cuarta parte de lo que decía, pero no hacía más que repetir, cada vez más excitado y sudoroso: “*Uan baun, uan baun*”, señalándonos uno por uno al tiempo que hacía esto. Ante la situación embarazosa le alargué lo que pedía y fue recortando entradas hasta completar el número de 28, cuatro por barba, necesarias todas ellas para justificar el total de siete libras, una cantidad, por estos pagos, bastante respetable.

El ciego, que sostenía los tiquets mientras el gordo sudoroso los iba contando, no cesaba de repetir: “¿No dejan nada de propina? ¿Serán capaces de no dejar ni una piastra?” mientras enfocaba sus cuencas vacías y amoratadas hacia un punto indefinido en el fondo del *liwan*. El estudiante, que ya había dejado sus bártulos de lado, nos interrogaba en inglés: “*Where are you from?*” y el portero me devolvía el cambio de las siete libras parsimoniosamente, dando la increíble sensación de que se consideraba vejado por no recibir ni una propinilla. Paseamos por el monumento bajo las atentas miradas del vejete de pelo blanco y descendimos a un sepulcro en el que alguien dormía el sueño de los justos, sin que supiéramos quién. Una inmensa rata cruzó el patio ante nuestra mirada indiferente.

Al volver del sepulcro, en una de mis idas y venidas contemplando las series de columnas y las partes más llamativas de la *dikka*, oí al portero que decía, mientras daba vueltas al billete de diez libras entre las manos: “¡Menudo escalope que va a caer con estas siete libras!” El ciego, todavía inmóvil cerca de la fuente central, repetía: “¿No dejarán nada de propina?” Pero el portero no parecía dispuesto a repartir el botín. El estudiante se reía mientras volvía a sus libros.

Muy cerca de la Mezquita de Al-Maridani se alza la Puerta de Zuweylah, Bab Zuweylah, una de las tres grandes puertas, junto con Bab en-

Nasr y Bab Al-Futuh, de la ciudad medieval. Esta puerta en tiempos era famosa por ser refugio habitual del *qutb* o jefe de los *Welis*, seres míticos, reencarnaciones de santones que, según la creencia popular, viven en una cuarta dimensión, de la que salen para ayudar a los buenos creyentes en sus aprietos, haciéndose en esos casos visibles a los mortales. Aunque este jefe de los *welis* tiene su residencia habitual en el techo de la Kaaba, a menudo gusta de ir al Cairo en visita de inspección. El *qutb* se solía instalar en esta puerta, que pasó con el tiempo por esta razón a ser denominada la puerta del Metwelli. Según Lane: “Una de las hojas de la puerta (que nunca se cierra) al ser vuelta hacia la parte este del interior, esconde un pequeño nicho en el que se dice que oculta el *qutb*. Muchas gentes, al pasar por allí, recitan la *Fatihah* (o primera azora de El Corán); otras dan limosna a un mendigo que acostumbra a sentarse allí, y que el pueblo llano tiene por un servidor del *qutb*. Muchas gentes aquejadas de jaquecas clavan un clavo en la puerta para conjurar el dolor y hacer que cese, y otros más, que sufren de dolores de muelas, se sacan un diente y lo insertan en la rendija de la puerta o lo fijan de cualquier otra manera a ella, a fin de asegurarse de que no se volverán a ver afectos de tal dolencia. Algunas gentes curiosas tratan de mirar a hurtadillas detrás de la puerta, con la vana esperanza de poder cazar al vuelo una imagen fugaz del *qutb*, si se da la casualidad de que esté allí y no sea invisible en aquel preciso momento.”

Me meto a reponer fuerzas en un restaurante popular. Son estas instituciones muy típicas de El Cairo. Unos salones pequeños, con las aspas de un ventilador de techo removiendo incansablemente el aire un poco pegajoso, un mostrador de aluminio sobre el que hay unos avíos, que recuerdan vagamente a los de los churreros, utilizados para hacer las buenísimas croquetas de habas trituradas, la *taamiyya* (palabra que quiere decir en árabe “comidilla”), y unos perolos cilíndricos, ligeramente inclinados sobre el fuego de *butagaz* en el que hierven durante horas las habas sazonadas con miajas de sal gorda y un poco de aceite, las *ful medammes*. Son característicos de estos locales también las ollas cuarteleras inmensas en las que, con ayuda de platos de hojalata, se sostiene en equilibrio una increíble montaña de macarrones o de *kushari*, unas lentejas pequeñas salpicadas de granos de arroz; los camareros con sus chanclas de plástico, siempre contritos, siempre abrumados por una vida que se adivina sin descanso, y las jarras de agua también de plástico rayado; las hogazas de pan y una radio siempre desgañitada en la que suenan las melopeas religiosas —tan insufribles a veces para el nervio auditivo— y la música Umm Qulzum y Abdelhalim Hafez, el eterno fondo ambiental de este país; las imágenes de La Meca o de una mezquita en la que se postran los fieles y, por fin, su parroquia siempre callada, comiendo en silencio: soldados de una marcialidad completamente desastrada, obreros de construcción con sus *galabiyyas* y su mirada siempre reconcentrada en las penas que todavía quedan antes de poder tumbarse en cualquier sitio y mascullar ahí me las den todas, chavales con el pelo cortado a cepillo, hombres que no comen ni beben sino

que permanecen sentados en una de las mesas compartidas mirando a cualquier parte o hurgándose los dientes con indiferencia, ejecutivos de medio pelo que se enjuagan las mejillas y la papada. Casi nunca una mujer.

Me siento y pido un buen plato de habas, *taamiyya* y una pepsi. El camarero se da cuenta de que soy forastero y me ofrece un hígado que no me apetece mucho, aunque procuro no hacerme el remilgado —por no ofender— y lo acepto. Los compañeros de mesa son solícitos y se esmeran en hacerme la comida agradable, rodeándome, sin decir palabra, de un halo de solicitud y cortesía que me resulta enternecedor. Me acercan la sal o me demuestran cómo debe de comerse tal cosa o piden al jefe que rellene la jarra. La cortesía de los cairotas siempre es una sorpresa agradable. Cuando acabo, me levanto hasta el pequeño lavabo de la pared y me enjuago las manos, volviendo luego a la mesa y bebiendo agua en abundancia. Ofrezco un cigarrillo que sólo el soldado de uniforme desarrapado me acepta con desconfianza. Al ir a apagar la cerilla, el hombre que hay delante de mí, cuarentón, de aspecto bondadoso y funcional, me pide la cerilla, y se la paso. La rompe por la mitad y se empieza a hurgar los dientes con ella, enseñándome la campanilla y mirando al techo con fijeza. No tengo muchas ganas de salir de nuevo. Desde la penumbra fresca del garito, la calle ardiente parece poco apetecible.

Al lado de Jan el-Jalili se alza la mezquita de Al-Azhar (el nombre más difícil de pronunciar para un extranjero). Fue edificada con la intención de convertirse en la mezquita mayor del nuevo Cairo, como la de Amr quiso ser el núcleo de al-Fustat y la de Ibn Tulun el centro religioso de El Cairo tuluní. Por eso se llama así, la “más floreciente”, la “más espléndida”. Es además, la universidad más antigua del mundo (si hacemos excepción de la mezquita universidad de Al-Qarawiyyin, en Fez, que disputa históricamente este título a nuestro monumento), puesto que hace relativamente poco se cumplieron los mil años desde su fundación. La importancia de la mezquita de Al-Azhar, tanto como centro teológico como en su calidad de universidad del islam, es difícil de sopesar en su justa medida. Fundada en el 970 por el conquistador fatimí Jawhar, con el paso de los siglos —en un principio no era más que mezquita de congregación— se convertiría en el más floreciente centro de estudio de las disciplinas islámicas, la teología, el *hadiz* o estudios de los dichos y hechos del profeta, la poesía, la retórica y un sinfín de materias que se han ido diversificando y ganando cada vez más profundidad. Más adelante, con motivo de la entrada en el mundo islámico de las maneras pedagógicas e investigadoras europeas y la influencia cultural occidental, la universidad de Al-Azhar se ha visto obligada a competir con las modernas Universidades de El Cairo (la anteriormente llamada Universidad Egipcia, ahora conocida por Universidad de El Cairo, la de Ayn Shams, la de Zagazig, etc.) y ha construido nuevos y modernos edificios —levantados en los varios campus instalados por varias ciudades egipcias— a fin de dar cabida a las disciplinas incorporadas a los programas muy recientemente. La Universidad de Al-Azhar ha pasado pues a

enseñar materias profanas que habían sido dejadas de lado por el islam desde la decadencia del Imperio islámico hasta los comienzos de la *Nahda* o renacimiento cultural, fenómeno cuyo inicio se suele situar en el valle del Nilo en el primer cuarto del siglo XIX. Todos los siglos de historia que la Universidad de Al- Azhar ha visto pasar sobre sí están contenidos en sus piedras, que hablan, por su variedad y el abigarramiento de sus estilos arquitectónicos, de la intensa vida cultural de la que han venido siendo continente.

A su estructura cuadrada, distribuida alrededor de un patio central, se puede acceder por varias puertas, en concreto seis: la de los sirios, la de los marroquíes, la de la sopa, la de los *sa'idis* (gente del Alto Egipto), la de los joyeros y la de los barberos. Esta última, la Bab al-Muzaynin, es la que permanece abierta permanentemente. Se llama así por ser el lugar en el que los estudiantes de Al-Azhar se dejaban rapar en tiempos todavía no muy lejanos. Se trata de una puerta encerrada entre dos *madrastas* o escuelas, la primera de ellas la de Akbuga, datada en 1340; la segunda, —a la derecha según se entra— la llamada Taibarsiyya, de 1309. Aquella encierra actualmente la biblioteca de la Universidad. La fachada que las cubre es, sin embargo, muy posterior, de 1760, levantada por Abderrahman Katjuda. Una vez dentro, se accede al patio o *sahn*, y, más allá, al *liwan*, provisto de una impresionante columnata de ocho en fondo. Las dependencias que rodean el patio han sido convertidas en despachos y aulas, si bien es normal que el sistema tradicional islámico de enseñanza se mantenga todavía. El profesor se sienta en su cátedra, símbolo y étimo del cuerpo formado por los profesores de universidad en todo el planeta, y los alumnos se agrupan por el suelo alrededor y delante de una pequeña pizarra portátil. En otras facultades, sin embargo, la masificación no permite este tipo de intimidad.

La Universidad islámica de Al-Azhar tiene actualmente alrededor de 100.000 alumnos y más de 5.000 profesores, y está dirigida por el Sheij de Al-Azhar, una especie de figura rectoral, personalidad a la vez de gran influencia política, cultural y religiosa en Egipto, sobre todo desde que el Gran Mufti, cargo religioso que ocupara el gran reformador e intelectual Muhammad Abdo, se ha convertido en un monigote nombrado por el gobierno a fin de hacer aprobar sus decisiones más polémicas, por lo general sentencias de pena de muerte sobre presos políticos.

Tradicionalmente, sigue existiendo un cierto enfrentamiento entre las universidades pretendidamente laicas del país y la de Al-Azhar, de impronta islámica. Parece generalmente aceptado que la Universidad de Al-Azhar es más cuidadosa con los estudios de letras y la de El Cairo con las disciplinas científicas.

Pasa un aguador, con su vestido vistoso e inclinado como una mujer grávida sobre su botella elefantiaca de la que escancia, de vez en cuando y por unas piastras, su refresco de tamarindo o *karkadé* sobre unos vasos que luego

refriega con un cuartillo de agua que saca de una recámara de la botella, en la que flotan pedazos de hielo grandes como icebergs. Se hace notar entrechocando unos címbalos minúsculos con los dedos al tiempo que anuncia su mercancía. Cada vez se detiene menos gente a aligerarle de su peso. A pesar de que El Cairo es una ciudad sedienta, la competencia de los puestos de pepsi y cocas (ésta última —de capital judío— cada día más extendida desde que las llagas de las guerras con los judíos israelíes han ido cicatrizando) es demasiado para un pobre aguador que carga al riñón diez litros de zumo y media docena de vasos. Una mujer de cara celosamente tapada deposita un billete de diez piastras en la palma del aguador, se echa al coleteo un vaso de refresco y asperja el último buche sobre la calzada polvorienta. Luego, el aguador se aleja, acompañado de un tintinear cobrizo y de su inmenso dolor de espalda.

No hay en todo El Cairo mezquita más triturada por las vicisitudes de los siglos que la de Al-Hakim, recientemente rebautizada con el nombre de Hasan Anwar. Situada exactamente entre las puertas de Nasr y Al-Futuh, al final de las ya numerosas veces mentada calle de Mu'izz li-Din Allah, en el centro histórico medieval de la ciudad, fue comenzada por el padre del califa Al-Hakim, Al-Aziz, quien, hacia el año 1000, mandó echar los cimientos según los esquemas que habían regido hasta la fecha en El Cairo, es decir, los de una mezquita congregacional, de planta rectangular y amplio patio alrededor del cual se agrupaban los *riwaqs*. Sería la última de estas mezquitas abiertas, pues la anterior, la de Al-Azhar, era obra de su abuelo Jawhar. Su destino desgraciado —sólo muy recientemente acaba de ser restaurada y devuelta al culto— debe de relacionarse con la estrambótica y cruel personalidad de su fundador.

Al-Hakim bi-Amr Allah —que quiere decir “gobernador por orden de Dios”— puede ser considerado el auténtico Calígula de los árabes. Dio, desde muy joven, muestras inequívocas de andar mal de la cabeza, y estas señales más o menos vagas se convirtieron con el pasar del tiempo en realidades más que temibles, sobre todo después de ser nombrado califa, en el año 990. Al ser menor de edad a la muerte de su padre Aziz y haberlo tenido que representar en regencia su visir Birguán, lo primero que hizo al alcanzar la edad de gobierno fue rebanarle el pasapán al regente. Al parecer, le cogió gustillo al asunto y le dio por decapitar visires hasta el punto de que nadie quería aceptar el cargo y habían de ser obligados por la fuerza. El visir era, como ya se habrá adivinado, una especie de Ministro de Interior. Obligó a que los cristianos trabajasen exclusivamente de noche, ordenó que las mujeres no salieran de casa nunca —para lo cual prohibió que los zapateros fabricasen calzado femenino—, liquidó a todos los perros de El Cairo aduciendo que no le dejaban dormir con sus ladridos, y tenía afición a descuartizar niños con sus propias manos. Algo de leyenda debe de haber en todo esto, por supuesto, pero lo que parece cierto es que su locura —como suele ser frecuente en los psicópatas— adquirió paulatinamente un tinte cada vez más místico. Entonces se dio a la costumbre de vagar por El Cairo musitando incoherencias y a veces

—a la manera de Harun al-Rashid, el califa bagdadí de la Mil Una Noches— disfrazado de mendigo a fin de escuchar lo que de él se decía, montado sobre un asno, recorriendo a menudo los grandes cementerios de la ciudad, siempre de noche. Cayó bajo la influencia de un ser extraño, mitad místico mitad rasputinesco, que luego resultaría ser el fundador de una secta que todavía colea en los periódicos de medio mundo, sección noticias. Me refiero, naturalmente, a Daraz, fundador de la secta drusa. En una de sus cabalgatas por el Moqattam desapareció sin dejar más rastro que su mula desalforjada y una túnica manchada de sangre. Se dice que los drusos todavía creen —como creía Al-Hakim— en su carácter divino. Afirman que un día bajará de los cielos. Lo que no dicen es para qué puñetas.

La mezquita cayó en desgracia poco después de la muerte del fundador. Se sabe que fue ocupada por los cruzados poco después de 1168. Allí levantaron una iglesia que luego sería destruida por Saladino. El terremoto de 1303 derribaría algunos de los muros y hubo de proceder a su restauración. De esa época datan los contrafuertes cuadrados de los minarettes, restaurados por Baibars. En la conquista de Napoleón fue usada como almacén y, en tiempos de la dictadura de Nasser, era una escuela civil. En 1980, el presidente Anwar al-Sadat, siempre con su política de agradar a todos y no contentar a ninguno, y probablemente con el ánimo de meter a todos los fundamentalistas en el mismo cajón, la donó a los Bohori, una secta ismailí (y por lo tanto *shii*) de la India, con la condición de que la restauraran. Estos, más que restaurarla, la reconstruyeron por completo —ya que, a excepción de la planta, poco resta de la mezquita original— y la devolvieron al culto después de haber estado desacralizada durante largos años. Si uno se acerca por allí podrá contemplar el espectáculo insólito de esos musulmanes hindúes de tinte cobrizo que rezan, a menudo en familia, por los suelos, o haraganean por los mármoles cercanos al *mihrab*. Hay grupos de Bohris procedentes de La India que, de camino o de vuelta de la peregrinación o la *Omra*, pasan por El Cairo y se alojan en el templo durante unas semanas. Por eso el templo de Hasan Anwar es hoy el único enclave *shii* de El Cairo.

Decido acercarme hasta Sayyida Zeinab, al final casi de la calle Saliba, en donde se alza la mezquita de Ibn Tulun, la mezquita reina del islam, la joya de El Cairo, el vestigio, por fin, más antiguo de todo el arte musulmán egipcio que se conserva tal cual estaba, sin que los siglos pasados desde su construcción (once, más o menos) hayan conseguido hacerla doblar los ijares sobre el polvo omnipresente de El Cairo.

Ahmad Ibn Tulun era hijo de un esclavo turco que tuviera el califa abasí Al-Ma'mun, un hijo que salió listo y medró hasta poder ser enviado —en 868— a Egipto como gobernador de la que entonces era provincia del califato de Bagdad. Tanto medró allí solanas, bien lejos del poder central, que en pocos años se estableció como gobernador independiente, dando lugar a una corta pero fructífera dinastía que gobernaría el Valle del Nilo hasta 905,

dejando, en tan sólo 35 años, vestigios irrepetibles en la memoria de El Cairo. Cinco hombres, todos ellos de extraño nombre, gobernarían el país en esos 35 años. El último de ellos, Shaiban ibn Ahmad sería derrotado por el califa bagdadí Al- Mustaqfi bi-Allah, que devolvería al poder central la antigua provincia cimarrona. El más notable de estos cinco turcos, como en cualquier saga familiar, fue el primero de todos. Ahmad ibn Tulun decidió, en primer lugar, erigir una nueva ciudad sobre el mismo monte en el que se alza la mezquita que lleva su nombre. Esta colina, hoy de desnivel inapreciable por el fárrago de calles, se llamaba Yashkur, y, hasta entonces, guardaba un par de cementerios, uno judío y otro cristiano. La elección de Ibn Tulun no fue casual. Un buen gobernante debe de elegir sitios tocados por dioses anteriores. En esta colina se decía que el propio Noé había embarrancado después del diluvio, en ella se juraba hasta entonces que Dios había hablado a Moisés, y que éste había desafiado a los propios magos del faraón. Incluso se tenía por firme que, en las inmediaciones, en un lugar en el que luego se alzaría un fuertecillo llamado del Carnero, el propio Abraham había estado a punto de degollar a su hijo a petición del todopoderoso Yahveh. Esta colina, ya famosa en otras religiones, fue invadida por los hombres de Ibn Tulun, y allí se levantó un campamento de feudos —*al qata'iyyeh*— y en su centro una gran mezquita. Todo sería destruido después de la caída de los tuluníes. Salvo la gran mezquita.

Tres años tardaron los arquitectos y albañiles en levantarla. Cuando el visitante pone el pie en su recinto y atraviesa el antepatio, la *ziyada*, y se adentra por el *liwan*, cuando pasea la vista por el *sabil* central, por el kiosco de abluciones y la fuente seca, por los arcos apuntados más antiguos del mundo, por su minarete de caracol, mezcla atávica de torre de Babel y decorado de Griffith para una superproducción hollywoodiense, cuando deja caer las pestañas sobre el pavimento encerado por tantísimas pisadas, o las sube hasta el friso en el que se encadenan cientos de versículos del Corán, encofrados —dicen— con ayuda de las mismas tablas del Arca de Noé, cuando desliza su mirada acongojada por los ajedrezados cúficos en donde gimen *aleyas* que nadie ha entendido nunca, entonces comprende al instante que los alarifes —mientras dibujaban sobre cueros los perfiles sobrios y llenos de gracia de esta obra inmortal— estaban en realidad soñando con Samarra, con Bagdad y la áspera Mesopotamia, con los desiertos entre ríos, en los que las mezquitas se achatan contra los terrones polvorientos para recibir mejor cualquier cosa que tenga a bien caer del cielo. Quizás por eso la mezquita de Ibn Tulun ha guardado siempre silencio en una ciudad que nunca ha podido ser otra cosa que egipcia, una urbe que no le ha perdonado, como no perdona a otros forasteros, que impusiera su ley y su rudeza sobre ella. Esa es la razón de que esta mezquita, sumida siempre en un silencio de espectros, con los arcos vacíos de fieles como ojos comidos de tracoma, con su minarete mudo desde que muriera el último almuédano de pura tristeza, con el mármol de su pila de abluciones mordido por millones de talones, con sus esteras apiladas

aguardando el viernes para ser desperezadas, sueña tristemente con el final de su prolongada penitencia.

Me cae una gota. Miro hacia el cielo. Es una ilusión. Aquí la lluvia es un convidado de piedra casi siempre. Un a buenas horas, mangas verdes, un pájaro raro, y más en El Cairo. Raro y, a menudo, de mal agüero. Lluve cuatro o cinco veces al año, sobre todo en los meses de invierno. Y como todo lo raro, es temible y temido. Un día cualquiera, lo que en esta ciudad quiere decir un día de solazo deslumbrante, cuando está uno distraído, después de comer, en esa hora del invierno de aquí en que la penumbra no se acaba nunca, se oye un ventarrón como de plaga bíblica que hace portear con estrépito las contraventanas y persianas, unas carreras por la calle, unos gritos airados como de atropello o al ladrón al ladrón, un correr de gente por la calleja a la que da tu ventana; el sol desaparece súbitamente, como los focos extintos de un plató, y se siente un cierto escalofrío, al tiempo que la cabeza se descarga de una tontera inexplicable. Entonces, durante un par de horas, caen chuzos de punta. Un aguacero implacable que detiene la circulación, cierra las tiendas y llega a provocar entre la chiquillería tanta euforia —en una ciudad en la que los paraguas se llaman parasoles— como un día de nieve en Alicante. El agua cae y cae, bajo la mirada atónita de los cairotas, y culebrea angustiosamente por los bordillos sin encontrar ningún agujero por el que escurrirse, ya que en El Cairo no hay sistema de drenaje ni las calles están preparadas para más agua que la de los cubos y palanganas. La lluvia devora el polvo amontonado por las aceras y de la indigestión nace un barrillo impertinente que lo pringa todo durante un par de días o tres, hasta que los cairotas, a zapatazos, lo secan de nuevo y olvidan tan molesto visitante por un par de meses o más. La lluvia es el pedrisco cairota.

El-Battaniyyeh es un barrio de mala mención. Se extiende detrás de la Universidad de Al-Azhar hacia los cerros inhóspitos que impiden la expansión de la ciudad por detrás de ella, mediando entre el bullicio de Jan el-Jalili y las sombrías extensiones de tumbas de la Ciudad de los Muertos, que la avenida de Salah Salem mantiene a raya. Es célebre este barrio por ser asiento de la mayor parte de los traficantes de droga de la ciudad. En Egipto hay gran afición por el *hash*, lo mismo que en otras partes, aunque más acusadamente por compensar esta droga en aquel país la escasez de otras, el alcohol sobre todo. Allí, en las calles sombrías y enlodadas de Battaniyyeh, se sientan los traficantes de hachís y heroína sobre las sillas de Cleopatra, con su balancita delante de sí y los pastillones de *hash* afgano o marroquí envueltos todavía en sus vendas de viaje, manejándose como tenderos en un día de mercado, rodeados de hombres, la mayoría muy jóvenes, casi niños, de ojos enrojecidos, temblorosos, remoloneantes, furtivos, agitando sus billetes de veinte libras mientras el comerciante se hace ayudar de un compinche que corta el bacalao y lo pesa alternando los cilindros de bronce brillante sobre los platillos. De vez en

cuando, la policía hace una algara, detiene, apalea, se lleva la mercancía y cierra casas y tiendas durante unos meses. Entonces el Battaniyyeh se convierte en una meca de monos ansiosos.

Sentado en uno de los bancos de madera del callejón que hace las veces de terraza al ya casi centenario café Fishawi, remuevo lentamente el azúcar del té con menta que me acaba de traer el camarero delgado y solícito. Este café, parangón auténtico —por su parroquia ilustre— del café Gijón madrileño, se encuentra en los alrededores de la mezquita de Al-Husein y tiene entrada tanto por la plaza en la que se alza esta mezquita (y el hotel del mismo nombre) como por las callejas de Jan el-Jalili. Anteriormente era muy grande, mucho más grande, pero los diferentes mordiscos de la especulación del suelo y la construcción han ido restándole amplitud de tal manera que ha quedado reducido a su mínima expresión (salvo que le quiten más pedazos) y sus mesas ocupan ya sólo una pequeña calle alargada y un salón de dimensiones más modestas. El interior está repleto de espejos enormes y de marco dorado matado a golpes, adornado con lámparas de bronce y teteras de gran tamaño, réplicas de samovares rusos. En el exterior, en donde se alinean los bancos de madera —como cadieras aragonesas, de brazos sólidos— y las mesillas de hoja de lata en la que hacen equilibrio los té y los cafés en sus teteras blancas, queda entre los parroquianos un angosto pasillo por donde transitan los turistas, vendedores, las suecas, los morabitos, los niños que te tiran de la manga y piden propina, los agületes que recriminan a los jóvenes que se están haciendo algún petardo, los envidiosos, los rijosillos que miran a las chavalas, los catedráticos de la universidad de El Cairo, con su flema y su risa siempre listas, los escritores que fuman y ríen y hablan siempre en clave. Porque en este país, al contrario que en otros muchos, todavía existe la conversación. El pasaje del café Fishawi, más que el café en sí mismo, es un sitio auténtico de El Cairo, un escaparate abierto las veinticuatro horas del día, una pasarela por la que circulan elementos de todo tipo y pelaje, un tontódromo en el que todos, espectadores y espectados, deberían de contribuir a pagar las consumiciones, pues se me hace que tanto disfrutamos los que miramos como los que se dejan mirar. Lo único que se echa en falta en este café —como en la mayoría de los de Egipto— es la cervecita, que no la sirven.

Me enzarzo en una conversación con un vejete que sorbe su té a mi vera derecha y el hombre —son las dos de la mañana y ya no quedan casi parroquianos— se pone filosófico. Es muy delgado, de cara afilada, magro en el perfil, uñoso negruzco y muy picarón de ojos. Una pierna le reposa, doblada, debajo del trasero y con la mano derecha sostiene la manga de una pipa de agua en la que ya queda poco tabaco. A veces, entre palabra y palabra, tose como un descosido y se inclina hasta que su frente arrugada casi golpea los carbones del platillo de cobre y la pinza. Luego jadea un poco, echa un esputillo y vuelve a la conversación como si nada.

—¿Casado? Cme mira a los ojos temiendo que le mienta.

—No —deniego con la cabeza también. En Egipto, el no estar casado le hace sentirse a uno culpable.

—Tienes que casarte —sopla por la manga para reavivar los tizones — Luego se hace uno muy exigente y ... —aplica la uña del dedo pulgar al colmillo más próximo y la separa luego de golpe.

Asiento. El vejete saca de las profundidades de su túnica una cartera de cuero rodeada con una gran goma que separa con todos los dedos y deja rodeando la muñeca. De la cartera extrae un cuadernillo de hojas amarillentas que me muestra escondido entre sus manos como si quisiera vendérmelo. Todas las páginas están llenas de nombres, en apretadas columnas, en un árabe enrevesado y elegante. Leo algunos, son todo nombres de mujeres.

—Estas —agita el cuadernillo— son todas las mujeres que amé en mi vida. Mil doscientas cuarenta y ocho —vuelve a repetir la cifra en tono idéntico al de un locutor de concurso cuando anuncia un premio. Me tiende un poco el cuadernillo y leo. El nombre de la tía, la fecha y luego una cifra al margen que presumo que debe de ser el número de *kirikis*, aunque, por supuesto, me abstengo de preguntarlo. Un hombre metódico, sin duda.

—¿Casado? Cle pregunto a mi vez.

—Siete veces —me enseña otros tantos dedos por si hubiera alguna duda.

—No es mucho —anoto con cuidado.

Se ríe, tose y me tiende la mano para que se la choque. Lo hago y permanecemos en silencio mientras los bancos y las sillas de Cleopatra se van vaciando poco a poco. Cerca, en la mezquita de Al-Husein, un *sheij* repite monótonamente, desde los neones verdosos que ciñen el minarete: “¡Dios escucha a quien lo alaba! ¡Dios escucha a quien lo alaba!” Un hombre, de apariencia trastornada, pasa mirando al suelo, reconcentrado en sí mismo, y musita razones y razones al tiempo que gesticula casi por encima de su cabeza. Los gatos empiezan a desperezarse de sus siestas de todo el día y se preparan para buscarse la cena, rozándose de las patas de las sillas y las mesas y recibiendo de cuando en cuando alguna patada amistosa. Los claxons, a lo lejos, forman un conjunto como de orquesta que por fin ha conseguido afinar un sonido algo armónico. La conversación se desinfla y en el café Fishawi ya sólo quedamos los que no tenemos prisa ni nada que hacer al día siguiente. El tiempo pasa muy despacio en El Cairo, sin doler, sin sentir, con el sigilo de una carie o una infección que un día dolerá.

IV. Los minaretes – El mercado de camellos de Imbaba – El tráfico de El Cairo – El Nilo – El Centro Cultural Español – Teléfonos – El Groppi Garden – Tertulias literarias – El Cairo de los tejados – Los porteros – De copas – Velada.

Un elemento esencial del paisaje cairota lo constituyen los cientos de minaretes que se levantan sobre el perfil urbano —sobre todo al atardecer, cuando la luz del sol agonizante resalta sus formas estilizadas sobre el horizonte— y que confieren a esta capital, en algunas áreas tan occidental, el estilo inconfundiblemente oriental que en conjunto posee. Se dice que El Cairo cuenta con más de mil minaretes, y no creo que tal afirmación ande muy lejos de la verdad, sobre todo si contabilizamos las *musallas*, unos oratorios pequeños que hacen las veces de mezquita para una prisa. Y, si el paisaje urbano de la ciudad está configurado por sus espigados minaretes, su ambiente y su recuerdo, su aura en definitiva, está inmersa en los cantos de la llamada a la oración, que resuena sobre la actividad frenética de El Cairo como una advertencia espiritual cansina. A veces, en las horas nocturnas, cuando uno se despierta y se revuelve en la cama inquieto por la vela o el calor que impiden retomar el sueño, suena de repente el canto del muecín, tan sólo precedido por un ligero reconectar eléctrico de los altavoces en el minarete más próximo. Depende de cuándo, el *adhan*, la llamada a la oración, estremece y deja en el alma la misma congoja que unas vísperas gregorianas en un monasterio castellano. Tiene algo de grandioso, de sublime, ese quejido nocturno que revuelve en su lecho a los ligeros de sueño y les hace mirar la hora sobre la mesilla antes de escuchar las cuatro o cinco frases que la llamada comprende: “¡Dios es más grande! ¡Dios es más grande! ¡Certifico que no hay más dios que Allah! ¡Certifico que Muhammad es el profeta de Allah! ¡Venid a la oración! ¡Venid a la salvación! ¡La oración es mejor que el sueño! ¡Dios es grande! ¡Dios es grande!” Y luego el silencio, que vuelve a tejer un velo, agujereado de claxons, sobre los durmientes que se rebullen.

Los almuédanos eran personajes importantes antiguamente. No sólo tenían por misión hacer la llamada a la oración desde lo alto de sus minaretes, sino que, además, solían actuar como “repetidores” (*mubaligin*) de las palabras del *imam* en las celebraciones litúrgicas de las mezquitas. Así, su oficio podía asimilarse al que cumplen los altavoces hoy en día. Y, como no podía ser de otra forma, por ellos vienen siendo sustituidos actualmente, ya que muchas mezquitas —sobre todo las de poca importancia litúrgica— disponen de un magnetofón y un altavoz con el que realizan la llamada, a veces incluso automáticamente. Un almuédano debe de ser una persona adulta, creyente, varón y de educación suficiente en los preceptos del Islam. La llamada se hace cinco veces al día —cada cuatro horas y media, pues— en un momento determinado de la jornada marcado por la astronomía. En la actualidad, un almuédano no necesita más que un ejemplar del periódico Al-Ahram —en donde aparecen las horas exactas de la oración para ese día— y un buen reloj que no atrase demasiado. Antiguamente se necesitaban unos especialistas en

mediciones de tiempo que trabajan de manera fija en las mezquitas con la función exclusiva de determinar el momento del día en que debía de llamarse a la oración. Eran los llamados *miqatiyin*. Se dice que el *miqati* de la mezquita de Al-Azhar tenía nada menos que seis relojes de sol a su disposición a fin de determinar las horas exactas de los *adhan*. Usualmente, el primer muecín que da la plegaria —siempre que lo haga a una hora cabal— es seguido por el resto de los demás de la ciudad. La llamada a la oración es una marea creciente que comienza con un minarete aislado y se extiende como mancha de aceite por toda la ciudad. La falta de sincronismo está motivada por las oscilaciones mínimas de la tecnología digital japonesa.

Antes era frecuente que, en algunas mezquitas cairotas, debido a que la llamada se hacía a viva voz, con lo que su alcance no era excesivo, hubiese varios muecines que hacían la llamada en grupo —normalmente de tres— a veces apuntando en diversas direcciones a fin de cubrir un área mayor, y esto pese a la obligatoriedad de que el almuédano mire a La Meca mientras canta. Se sabe que la mezquita de Al-Nasir, situada dentro del recinto de la Ciudadela, en la época del historiador egipcio Al-Maqrizi, contaba por lo menos con veinte almuédanos.

La llamada es además una especialidad celebrada dentro de la recitación coránica. A medio camino entre ésta y el canto profano, admite algunos requiebros y aportaciones personales del almuédano que pueden granjearle —como sucede en la recitación del Corán— una fama reputada y unos estipendios elevados. Kummarawaiz, el primogénito de Ibn Tulun, era muy aficionado a ella. Siéndolo más a las juergas —en las que la canción, el baile y el alcohol no andaban escasos— dice la tradición que, cuando sonaba la llamada del muecín, mandaba callar a todo el mundo y, dejando su copa de vino en el suelo, la escuchaba con delectación.

En la mezquita del Sultan Hasan, a cuya historia y monumentalidad haré referencia en otro momento, el almuédano es uno de los personajes más simpáticos y encantadores de todos los mezquiteros que he conocido, gente por lo general ceñuda y barburienta. Es un hombre mayor —pero no viejo— delgado como una estaca, nervioso, y usa gafas negras de concha, muy gordas, con culo de vaso, tocándose la cabeza siempre con el bonete de los musulmanes. Su *galabiyya* blanca no está impoluta, pero su apariencia general es la de un hombre limpio. Es retraído y, a la vez, parece algo aburrido de su menester, por lo que tiene gran afición a dar la charleta a los visitantes que se acercan por el monumento y pasean bajo las cúpulas. Luce un bigotillo gracioso, como de Carpanta, y lo mueve mucho al hablar. Dice una o dos frases y se da la vuelta y desaparece, después de darle a uno las gracias por haber tenido la amabilidad de escucharle. Pero, inmediatamente, vuelve a la carga para repetir alguna cosa o añadir algo más. Se da luego la vuelta y desaparece otra vez, y así *ad nauseam*. En los intervalos contenidos en este ir y venir suyo transcurre nuestra conversación. Tras haberse alejado unas cuantas veces y haberme pedido perdón otras tantas, me ofreció que por una libra me

llamaba a la oración. Acepté, por supuesto, encantado. “Yo, *one bound, Allahu Akbar, Allahu Akbar*” y se ponía las manos detrás de las orejas, como suelen hacer los muecines. Le di la libra que me pedía y, llevándome a un imponente rincón del mausoleo que el Sultán Hasan se hizo construir y que nunca llegaría a ocupar, llamó a la oración, deleitándose con la sonoridad de sus cantos, que rebotaban en las estalactitas y las filigranas del artesonado. En varios alejamientos y acercamientos sucesivos me contó que había sido almuédano toda su vida y que ahora ya todas las mezquitas disponían de altavoz y rara vez los almuédanos se subían a los minaretes para hacer la llamada. Interesado, le pregunté la razón. Tras alejarse y volver una vez más, me explicó que a la gente de El Cairo, y especialmente a los que viven en las casas adyacentes a las mezquitas, no les hace ninguna gracia tener a alguien subido a una torre espionando lo que hacen en sus casas ni, lo que es peor, lo que hacen sus mujeres. Antes, eran todos ciegos, pero —según me explica— los avances de la medicina le han hecho un flaco favor al cuerpo de almuédanos, ya que, siendo que los ciegos disfrutaban —como los tísicos— de un fino oído, y habiendo los galenos casi erradicado las enfermedades que causan la ceguera, cada día los muecines son más malos. Esto último, yo lo certifico. Hay algunos que cantan horriblemente. Además, los ciegos, como es natural —me sigue explicando peripatéticamente— no podían espiar a las mujeres ni dejar por lo tanto caer por el barrio habladurías sobre ellas y sus andanzas. Al decir esto último, me hace un gesto de inteligencia con los ojos, al tiempo que se lleva a uno de ellos un índice magro. Me viene a la memoria la divertida historia de un almuédano que Ibn Asim cuenta en un libro suyo, *Los jardines más floridos*, y que refleja exactamente cuál era el sentir popular en lo tocante a este asunto tan espinoso. Cuenta Ibn Asim que un almuédano se encaprichó de la mujer de un barbero que, en el mundo musulmán, como en el cristiano hasta hace bien poco, solía hacer las funciones de sacamuelas también. Cada vez que subía al minarete, hacía señas a la mujer como pidiéndole una cita. La mujer accedió por fin y, al bajar el muecín y meterse en casa del sacamuelas, héteme aquí que aparece el marido y ésta se lo presenta diciéndole: “Mira, éste es el almuédano, que ha venido a que le saques una muela. Y el pobre almuédano, pues claro, se deja hacer. El barbero la saca y afirma luego, remirando la pieza: “Pues no. No es ésta. Esta está sana.” Y le saca otra. Y el pobre almuédano, mientras tanto, pensando que la mujer se ha visto en un aprieto y ha tenido que simular ante su marido que era un cliente. Y así varios días, la mujer haciendo señas invitadoras, el almuédano bajando a la cita y el marido sacándole muelas hasta que, subido en su minarete, al notar que la mujer le hace visajes una vez más, el muecín le contesta, señalándose las encías mondas: “¡Por Allah, mujer, que ya no me queda un solo piño! ¿se puede saber qué diablos quieres?”

Edward Lane, el mejor conocedor de los egipcios de su tiempo, menciona en su obra ya citada *Manners and customs of the modern Egyptians* que en la universidad de Al- Azhar existían estudiantes ciegos que tenían su propio espacio reservado en la mezquita. La mayoría de ellos —según otros autores,

gente de una ferocidad increíble— acababan trabajando de almuédanos y de recitadores privados de Corán en casas pudientes, oficio éste último para el que parecían estar muy dotados por su buena memoria y su mejor oído. No obstante, como siempre era posible disponer de almuédanos ciegos, el *muhtasib*, hombre que tenía, además de la función de supervisor de mercados, la de inspector de la moralidad pública, dictaba normas que impedían que a los minaretes no subiera sino el muecín. Esta es la razón de que hoy el visitante o el estudioso encuentre tanta resistencia por parte de los celadores de las mezquitas a que le permitan subir a los minaretes. La intimidad del hogar es algo muy bien defendido en El Cairo.

Se dice que en la *madrassa* de Baibars, en la calle Mu'izz li-din Allah, existía hace años un muecín muy aficionado al alcohol, tanto que solía hacer la llamada borracho. En un sueño etílico, cuenta la tradición, se le apareció el propio sultán y le golpeó con un látigo en las plantas de los pies. Cuando despertó de la borrachera, se dio cuenta de que había quedado parálítico por un castigo que creía onírico y así permaneció el resto de su vida.

En el extremo más remoto del barrio de Imbaba, tras recorrer la larguísima calle Sudán y atravesar un paso a nivel de campanas, endemoniado de carros, burros, coches, taxis, camellos y trenes que pasan —coronados de pasajeros— a medio gas, se encuentra el mercado de camellos de Imbaba, un centro insólito de tratantes de ganado en una ciudad de rascacielos y Mercedes 1000.

El camello es a la civilización islámica, como todo lector ya sabrá, lo que el seat 600 a la España de los sesenta. Un animal de formidable resistencia física, capaz de estar diez días sin beber y treinta sin comer, de echarse a la joroba 200 kilos de carga y de suministrar a su dueño, con su sacrificio, una succulenta bola de sebo y féculas con la que salir de una situación desesperada de desvitualamiento. Por medio de este animal de extraña facha, cuello largo, belfos juguetones, mala leche y andares mixtos de burro manchego y bailarina del Bolshoi, se llevó a cabo la expansión del Islam; a su lomo basculante los árabes (y algún occidental también, como Lawrence) se han paseado por el Rubaa al-Jali, el turrado cuarto trastero de la Arabia Deserta, y con él, por fin, han bebido de las fuentes del Nilo. Hoy en día, el camello es animal en trance de extinción. En Egipto se ha circunscrito a los beduinos de los alrededores de las pirámides para agasajo de turistas, y al campo del Alto Egipto, en donde todavía es frecuente para el transporte de cargas y gentes, en ocasiones solemnes estas últimas. Al camello le pasa lo que a los aguadores con la pepsi. No puede con la competencia salvaje de las semifurgonetas japonesas, sobre todo con la gasolina a ese precio tan ridículo. Poco a poco van desapareciendo del paisaje egipcio, sustituidos por los eternos Toyota, que en Egipto parecen haber venido de regalo promoción con las carreteras. Aun así, El Cairo es meca de camellos los viernes. Allí, en Imbaba, los últimos representantes de la camellería llevan su ejemplar joven para venderlo, su camello rijoso y ventolero

para ver si se lo endiñan a algún pardillo, su camello viejo para ver si lo hacen *kofta* y, en las tripas de algún cairota, encuentra mejor descanso eterno que en las arenas del desierto.

El recinto que encierra el mercado de camellos —en árabe se llama *suq al-gamal*— no es muy grande. Tendrá un kilómetro cuadrado como mucho, pero el movimiento y el gentío que encierra los viernes lo hacen mucho mayor. Se debe de pagar una pecha al entrar —cinco libras por bicho, una por dueño— y con ello se adquiere el derecho de mercadear libremente por el recinto. Allí pues, entre el hedor de los inmensos cagajones de estos animales prehistóricos, sobre la paja amarillenta amasada de estiércol, entre la algarabía de sudaneses o *saidis* que arrastran los roncales deshilachados, de dueños y compradores que escudriñan las dentaduras enormes de los camellos, tirándoles a veces de la lengua y la nariz —y provocando unos eructos tridimensionales que salen de las profundidades de sus largos cuellos— se discute, se regatea, se desprecia, se consumen innumerables téis hirvientes bajo el calor espantoso de un emparrado de cañas lleno de bancos corridos que hace las veces de bar cafetería. Finalmente, los nuevos dueños salen flamantes —como de una concesionaria de automóviles— tirando de los cabos de sus nuevas adquisiciones. Estas, a menudo, dan coces al aire y lanzan bocados a los que pasan en las inmediaciones, recibiendo no pocas veces el bautismo de vergajazos que se empiezan a merecer. Pero mientras permanecen en el mercado —hay muchos ejemplares que pasan allí semanas antes de encontrar comprador— reposan en manadas amarillentas y móviles, con una pata encogida y trabada por el *'iqal* —una cuerda que ha acabado de adorno en la cabeza de las gentes del Golfo, ciñendo un pañuelo llamado *kufiyya*— sedientos y retrancos bajo el sol hiriente de El Cairo, después de un viaje de cientos de kilómetros. He preguntado el precio de algunos y se me han dado cantidades nada despreciables. Hasta 5.000 libras egipcias (unas 250.000 pesetas) los más caros. Como en este zoco se aplican las leyes inmutables de la mercadería egipcia, supongo que el precio estará hinchado. Poco dinero, en cualquier caso, por un animal que, con la ayuda del burro gris, le ha hecho al caballo las faenas sucias, llevando y trayendo a los árabes hasta por sitios en los que los coches se atascan sin remedio.

En el recorrido de vuelta, desde Imbaba hasta Adly, caigo en la cuenta una vez más —y a la fuerza— en el tráfico apabullante de El Cairo. Todas las formas que el hombre ha discurrido para autotransportarse están presentes en la capital egipcia: desde los carritos de inválido hasta los imponentes autobuses de importación con las ventanillas ahumadas tras las cuales se adivinan siempre rostros extranjeros cansados y curiosos. Dentro de esta amplia gama que media entre estos dos extremos hay un sinfín de variedades a cual más particular: las bicicletas conducidas por jóvenes que sujetan con una mano el manillar y con la otra una torreta impresionante de cajas de rejilla en la que se amontonan los panes redondos (porque en El Cairo hay siempre un misterioso y exagerado

tráfico de pan de un barrio a otro), en un equilibrio tan precario que parece cosa de magia que los panes lleguen a su destino sin las improntas de los neumáticos sobre su áspera corteza: también las bicicletas de tres ruedas, las dos de delante ciñendo un cajón de madera en el que se puede llevar cualquier cosa, sandías, peines, zapatos, lavadoras o incluso amiguetes; las motos con sidecar (qué cosa tan sabrosa) con la parienta sentada al lado del chófer y el marido pedorreando con el acelerador al coger las curvas; las motos de la policía, blancas roñosas y con radios que ladran; los carros con tres burrillos, conducidos por críos al pescante de madera mugrienta; los carros que venden cocos, altramuces y pipas, o mazorcas asadas, con su propietario y pequeño empresario entre las varas, empujando; los camiones de butano, en los que las bombonas reciben unos cacharrazos que te hielan la sangre en las venas, sobre todo si están cerquita; camiones de todo tipo, siempre con gente en la caja, a veces durmiendo panza arriba sobre la gravilla o los ladrillos; los tranvías que avanzan lentamente entre el gentío y los atascos, con los tranviarios siempre con cara de desesperación; los autobuses atestados de gente; los policías (¡tantas clases de policías! ¡de negro, de blanco, de verde, de azul, de todos los colores!); las limousines con ocho o nueve egipcios dentro, en una formación graciosa: los mercedes Benz, sueño de cualquier egipcio que se tenga en algo, impolutos y relucientes.

La conducción en El Cairo es infernal, pero aquí no suele haber accidentes, ya que los cairotas tienen una pericia al volante difícil de imaginar. Sus reflejos, siempre a punto, impiden que las cuentas de tráfico se salden con varios muertos cada día. Todo lo más abolladuras. Pero el problema del tráfico acabará por colapsar la ciudad. No existen los parkings subterráneos (aquí, hurgar en el subsuelo puede acabar siendo una pesadilla: cualquier zanja puede acabar llena de egiptólogos de cuarenta países) y las avenidas se ven obligadas a admitir coches sin ningún control. La policía de tráfico hace lo que puede, los semáforos son cosa reciente (diez años todo lo más) y casi todo el tráfico se acumula en unas horas punta muy señaladas. El puente 6 de Octubre, de ocho carriles y un recorrido de más de un kilómetro desde el Ramsés Hilton hasta la última salida de Mohandisin, los días laborales a la hora punta —las seis o siete de la tarde— es una auténtica pesadilla. Un parque de autos compacto y reconcentrado, con autobuses que te sueltan el humo de los tubos de escape sobre la nariz. Y es que, al ser la burbuja personal de los egipcios ínfima, la de los coches también lo es. En un atasco ni siquiera se puede salir del coche, de tan compacta que está la masa chatarrera. Y eso que el parque móvil de El Cairo no es excesivo. No creo que supere el millón de placas. Pero es una ciudad compacta, con un centro muy pequeño, con pocas zonas verdes, sin urbanizaciones amplias, de tal manera que el tráfico casi siempre es estreñado y doloroso, con algunos puntos negros —el citado puente 6 de Octubre, la calle Ramsés, la plaza Tahrir, el puente de Giza, la calle 26 de julio, etc— imposibles de corregir. Sólo los puentes elevados han venido a ser una solución momentánea, pagadera en contaminación y desastre urbanístico. De noche, en cambio,

al ser esta ciudad de poca vida noctámbula, la circulación es una delicia.

Al pasar por el puente 26 de Julio —que conecta Zamalek con el centro de la ciudad— me pregunto qué sería de esta ciudad a veces atosigante si no fuera por el Nilo. Es cierto que Egipto es un don del Nilo, pero no lo es menos que el Cairo es una propina de este río inmenso que oxigena un poco las orillas de la urbe, templando el calor del asfalto y deja rienda suelta al espíritu después de un día de andar entre casas, mascando polvo y contaminación, apretujado en los atascos. El río, por si fuera poco, es generoso y ha hecho lo posible por lamer el mayor número de orillas. Al dividirse en varios ramales por culpa de las islas de Roda y Zamalek, deja ocho orillas distintas en las que sentarse a tomar el fresco y respirar el aire. Once puentes se han construido hasta la fecha para poder vadearlo. En la época de la ocupación romana existía uno solo a la altura del Nilómetro, en la punta sur de la isla de Roda, hecho de pontones flotantes. Hoy en día, el más moderno de ellos —el llamado 6 de Octubre— une los barrios burgueses de Zamalek, Dokki y Mohandisin con la plaza Tahrir, la calle Ramsés y la Corniche.

Todavía existen por el Nilo abundantes embarcaciones que te dan un paseo por sus aguas a fin de poder admirar las construcciones que a sus márgenes se van levantando. Son motoras o bien falucas, estas últimas unas embarcaciones de vela triangular muy aptas para este río. Con ellas se remonta el río con ayuda del viento y se desciende con la corriente. Pero los barqueros no tienen la gracia y la simpatía de los nubios. Algunos de ellos trafican con hachís y tienen una fuerte inclinación a la macarrería.

Me subo por el Centro Cultural a ver si me echan un cafelito y aireo un poco los bofes. Porque aquí, en El Cairo, España tiene un centro cultural —exactamente en la calle Adly, en un callejón conocido por pasaje Kodak— en el que se imparten clases de español, se prestan libros de una biblioteca bien surtida y se hacen exposiciones de pintura, conferencias, etc. Ocupa este reducto español un piso grande que ha sido recientemente acicalado, después de algunos años de estar algo cochambroso. Allí, todos los que hemos pasado temporadas en El Cairo —a menudo, como quien dice, a la cuarta pregunta— hemos podido disfrutar de la charla marchosa de Adrián, su director, de los cafelitos del tío Ahmad, un nubio más bueno que el pan, de las bromas de Fathi, el secretario, de la ayuda de Gamal, el bibliotecario, de las quejas de Abdallah y, por supuesto, de la amable circunspección del tío Gnawi.

Al meterme en la central de teléfonos de la calle Adly —una central reciente, con cabinas y aparatos de monedas y un aire acondicionado siberiano— y ver los mogollones de cairotas detrás de las cabinas abiertas, reflexiono sobre el hecho de que las colas son un signo de decadencia indiscutible. Aquí en El Cairo, nadie sabe hacer una cola. A lo mejor los quintos, cuando van a la mili. Pero en la ciudad es raro ver colas perfectamente

formadas detrás de algo, una panadería, un teléfono, un puesto de tabacos, etc. El hombre que pone las conferencias —en Egipto no hay todavía sistema automático— está detrás de una barra de madera, con un teléfono en la mano. Delante de él, unos quince caballeros sudorosos le tienden trozos de papel con números garabateados por encima y un billetito de quince piastras para engrasar. El telefonista, probablemente hastiado de ese espectáculo de brazos perlados de sudor extendidos apremiantes delante de sus narices, muestra una expresión mezcla de agobio e indiferencia que acaba por hacerle estallar. Entonces pega unos gritos, invoca un poco el nombre de Allah, y la masa de brazos apremiantes parece calmarse un poco, retirándose de su burbuja un poco para volver a la carga inmediatamente. El telefonista, un hombre musculoso y joven, va gritando ¡Mehalla 345647! ¡Assiut 563782! ¡Port Said 653519! reordenando incesantemente los papelillos que tiene delante de sí y echando tragos de un té mediado que guarda por debajo del mostrador. Alguna mujer se cuele impunemente y sacude algunos culetazos para hacerse paso entre la pequeña multitud de conferenciantes. En un momento determinado, cuando la clientela está en el clímax de su ansiedad y el telefonista parece a punto de arrancar el auricular y salir corriendo de allí, el hombre lo deja en cambio sobre el mostrador con gesto hamletiano y dice en voz alta: “¡Se cortó la línea! ¡Alabado sea Dios!” Se levanta y desentumece las piernas y la paciencia, mientras la clientela se calla un poco y lo sigue por el interior de su recinto con los ojos como diciendo: no nos lo creemos, pero bueno. Al cabo de un rato, el telefonista vuelve a tomar el auricular olvidado y mueve unas palanquitas en el aparato. Entonces, su tormento continúa. Se nota que es un novato. Los que llevan años en un empleo así, frente al público, tienen un aire distinto. Segregan una indiferencia de autoprotección —como la tinta de un calamar— que se los va comiendo a bocados poco a poco. Se diría que no acaban de estar del todo ahí donde los vemos. Vamos, que están y no están.

Las cabinas de monedas son nuevas. No son un gran invento, la verdad. En Egipto, las monedas son escasísimas, casi inapreciables. Este es un país con una moneda enorme —con cinco billetes de los grandes se puede hacer un buen sueldo— y el problema del cambio es casi tan grande como el del dinero mismo. Como ya dije antes, la burbuja personal, ese espacio en el que si alguien mete la mano te sientes agredido, es bastante pequeña, casi subcutánea. El que habla en la cabina tiene, resoplándole en la oreja, al siguiente del batiburrillo que espera. A veces dos o tres. ¿Serán amigos todos? se pregunta uno. Quiá. El pobre conferenciante se ve obligado a volverse cara a la pared y taparse la oreja a fin de concentrarse en la charla. Cuando cuelga, desaparece de inmediato en el batiburrillo. Parece como si la cabina tuviera una trampilla o el auricular lo succionara hacia las tinieblas de la telefonía.

Me siento un rato en el Groppi Garden a leer el Ahram y tomarme un *limuneh*, un zumo de limas. Un hombre con su mujer y un crío están en la

mesa contigua trasegando unos pastelitos y unos zumos. Se acerca otro caballero, con maletín inflado de papeles y unas gafas de sol en la mano.

—¡Muhammad! ¡Cómo anda la salud? —se sacuden tres besos en la mejilla.

—¡Shaaban! ¿Cómo anda la salud? —le choca la mano con fuerza después de los besos.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea Dios! ¿Y los niños?

—Todos bien. Alabado sea Dios.

—¿Y la familia? (=la parienta)

—Está bien, gracias a Dios.

—¿Qué noticias hay?

—Nada de nuevo. ¿Y tú?

—Todo bien.

—Déjate ver.

—Si Dios quiere.

El hombre se inclina y estrecha suavemente la mano de la mujer, que mira para otro lado. Da un cachete al niño y se incorpora de nuevo.

—Bien, saludos.

—Saludos y bendiciones.

(Váse Shaaban)

Esta inmensa urbe esconde también cenáculos y tertulias por las que han pasado las figuras más eminentes de la literatura y la investigación egipcias y, no pocas veces, de otros países árabes con regímenes menos permisivos que el del Valle del Nilo. El Casino Qasr el-Nil ha sido, durante décadas, uno de esos sitios. Con las aguas del Nilo lamiéndole las terrazas, nada más salir del puente de Tahrir, en la isla de Zamalek, se encuentra este famoso casino, que no es un casino de juego, por supuesto, sino un gran velador de terrazas escalonadas y mesas recubiertas de manteles impolutos, algunos mosquitos y muchos, muchos camareros un poco pesados. Allí, a la sombra de una Stella o un helado de dimensiones gigantescas, se puede cenar —bastante bien—, beberse un café turco, fumarse un narguilé y discutir de lo divino y lo humano. Más hacia el centro, está el café Riche, en la pisoteada calle de Talaat Harb, antes de llegar a la plaza del mismo nombre, según se sube desde la plaza de Tahrir. Ha sido siempre una terraza famosa en los círculos intelectuales y artísticos de El Cairo. En ella, las veladas podían prolongarse durante largas horas. Hoy en día, después de que a este café se le haya amputado la conversación —la buena conversación, por regla general, deja pocas perras en la caja de los cafés— se le ha intentado poner una prótesis de turistas y el resultado ha sido desastroso. El café Riche está muerto ya para los cairotas de corazón. El cafetín que está inmediatamente detrás de él, en la zona oscura del mismo callejón del Riche, ha venido a suplir el papel de éste con buena fortuna. Hay otros muchos sitios, que son imposibles de enumerar por su cantidad:

L'Atelier, mezcla de sala de exposiciones y club cultural; el Groppi, antes de que se llenara de gente *rara*, etc. En ellos, los grandes intelectuales (esta palabra todavía podría valer en Egipto) egipcios, que es lo mismo que decir del mundo árabe, se han echado sus cafelitos y, no pocos de ellos, sus coñacs y *scotchs*: Naguib Mahfuz, el recién galardonado Premio Nobel, el periodista Yusuf Idris, Taha Husein, la conciencia ciega de Egipto, los hermanos Taymur, el sorprendente Tawfiq al-Hakim, el médico y teósofo Husayn Kamil, el poeta del Nilo Hafez Ibrahim, el príncipe de los poetas Ahmad Shawqi, el elegíaco Barudi, Assharuni, Mahmud al-Aqqad, Yahya Haqqi, Badawi, y una lista tan enorme de personalidades y gente de genio que podría llenar páginas y páginas de este siglo. Si nos tuviéramos que remontar a épocas pasadas, y además, contásemos a los orientalistas europeos y americanos, sin dejarnos a los egiptólogos de todo el mundo, la lista podría ocupar una enciclopedia. Desgraciadamente, serían nombres en su mayor parte poco significativos para el lector ajeno a este país y a la cultura egipcia, aunque no por ello desprovistos de importancia en sus respectivas disciplinas.

Desde el balcón de la pensión Roma, en el que el tío Mahmud me ha puesto la comida, veo los tejados de las casas de alrededor. Un fenómeno único en el urbanismo de El Cairo lo constituye el —por llamarlo de alguna manera— terrazismo, o tejadismo, un curioso hábito de la población consistente en colonizar tejados, no puedo afirmar si con la anuencia de los dueños o no. El interesado elige la casa que le interesa y —si la terraza está libre, claro— poco a poco va subiendo a ella un saco de cemento, unos ladrillos, unas planchas de aglomerado, unas maderas para hacer postes, unos botes de pintura, todo ello, supongo yo, bajo la indiferencia conmisericordiosa del portero. Así, al cabo de unos meses, en un Jesús y sin que nadie se dé cuenta, hay un nuevo inquilino instalado en el tejado. Es normal que en el centro de la ciudad, en el que las casas son amplias y tienen siempre tejados planos y desembarazados —aquí no llueve, ergo la teja es una cosa insólita en esta ciudad— estos estén siempre plagados de nuevos colonos, quienes, incapaces de pagar los precios de los alquileres de las casas, prefieren auparse a las estructuras de otros pisos y vivir allí, sin hacer demasiado ruido por sí las moscas. Delante de la pensión Roma hay un par de familias, que viven así. Una de ellas está enfrente. En la casa hay partes de obra, partes de madera, partes de loneta. El padre es mecanógrafo. Teclea hasta altas horas del amanecer. Ahora está tumbado en el sofá, desperezándose y moviendo los dedos de los pies con delectación.

En El Cairo no son frecuentes los cuartos trasteros. Los árabes, por lo general, son muy aficionados a dejar los pingos por encima de sus cabezas. Así que los tejados de las casas andan siempre llenos de escombros. Son la caspa de los edificios, una caspa rebelde que ningún champú es capaz de eliminar. Da la impresión de que los vecinos asomaran los brazos por las ventanas y lanzaran las basuras hacia lo alto, encestando siempre. En estos tejados hay

toda clase de útiles y avíos, aunque priman por supuesto las cajas de meter pollos, unas cajas de varillas de junco muy frecuentes en las crestas de las manzanas cairotas. Son también las utilizadas para el tráfico de pan. Las escaleras de las casas —sobre todo en este centro tan apaleado por la especulación y la burocracia— están por lo general bastante cochinas. Nunca he conseguido averiguar —por más que he hecho mis indagaciones— si existe alguna relación contractual entre los porteros de las casas y la limpieza de la escalera.

Un buen portero, en El Cairo, debe de ser nubio y, si no es posible, al menos un poco negro. El portero es un ser cuya herramienta de trabajo primordial es una silla Cleopatra. Veamos su empleo. El portero —de nombre casi siempre Abdo, que es lo mismo que Bautista por estos pagos— llega, coloca la silla en el umbral mismo del portal, a veces a un lado, y se sienta. Ese es todo su trabajo. A veces le visitan los amiguetes y hacen tertulia, otras puede llegar a saludar a los vecinos del inmueble o gruñir a los visitantes “¡estropeado!” señalando al ascensor. En ocasiones están sobre su silla Cleopatra a unas horas estrambóticas, las cinco de la mañana, por ejemplo. El portero de una casa en la que viví de invitado —en la calle Amir Qadadar, Bab el Luq—, de nombre ‘Abdo, por supuesto, era un ejemplo típico de portero cairota del centro. Abdu permanecía desaparecido durante días enteros. Otras veces estaba allí en su silla a las tres o las cuatro de la mañana. Más de una vez me topé con él en el descansillo, con un cubo y una bayeta, dando vueltas como si se hubiera perdido. Llegué incluso a considerar seriamente la posibilidad de que estuviera fregando la escalera. Tardé algún tiempo en comprender que Abdo no era un portero en el sentido estricto de la palabra, un hombre destinado a cuidar la finca, fregar la escalera y cambiar las bombillas fundidas o sacar la basura. Era más bien el guardián del Ka, un ectoplasma del Gran Portero o un sacerdote de la Sublime Puerta, el último mohicano de una raza en trance de extinción. Los porteros cairotas de antes, en estas casas en las que la capacidad adquisitiva de los inquilinos apenas puede permitirse el lujo de un portero, están siendo sustituidos por esos porteretes serviciales y estomagantes que se levantan de su silla cuando ven aparecer a los vecinos, saludan y preguntan a dónde va uno. Son las lacras de la burguesía. Antes, un portero era diferente. Un tú a tú. Un hombre que daba prestancia y color a una casa con su sola sentada taciturna, un cancerbero de importación.

La enfermedad laboral de los porteros es la obesidad. Poco a poco se van desbordando de la silla Cleopatra. Lentamente. Al final, de su herramienta de trabajo ya sólo se escuchan algunos desesperados y asfixiados crujidos que parecen proceder de los bajos de su *galabiyya*. De juguetones y vivarachos que eran cuando llegaron de Assuán —o más allá— van torciendo a serios y pensativos, siempre callados. No todos, claro. Hay dos tipos de nubios. Los flacos y los gordos. La raza nubia es como la vasca, no se anda con medianías. Pero tienen una paciencia a prueba de bombas. Por eso los cairotas los han

empleado siempre para dos cosas: camareros y porteros. Los primeros, con su fez rojo de borla inclinada sobre la oreja, los segundos con su turbante inmenso y blanquísimo sobre sus facciones de betún. Quizás se deba a que los nubios están reglados a menos revoluciones, y eso les da paciencia, siempre muy útil —quién lo negaría— en una portería, y no menos en un café, en donde todo el mundo lleva media hora esperando.

Tras una siesta digna de un *ursus pirenaicus*, la correspondiente ducha fría y un café turco para despabilar el cerebelo, me lanzo a la calle y compruebo con estupefacción que ya es noche cerrada. ¿Qué hacer? medito. Me iré a echar copas por ahí, a ver si pilló algo interesante.

El alcohol no está bien visto en El Cairo, como es lógico tratándose de una sociedad musulmana. Hay de tres tipos: nacional, de importación y sospechoso. Existen en Egipto, no se olvide, siete millones de egipcios de religión copta que no están sometidos al mandamiento islámico, además de un millón de cristianos de otras confesiones a los que le pasa lo mismo. Pueden beber si quieren. Luego, hay que añadir unos cuantos miles de musulmanes a los que una copita de vez en cuando no les prueba nada mal. Así que el país dispone de una industria alcoholera importante, si bien no de mucha calidad, la mayor parte de ella en manos de griegos. Está prohibido, sin embargo, que los particulares importen personalmente alcohol extranjero. En los bares, en los hoteles, en los casinos siempre se puede uno tomar una cerveza o un whisky con hielo, sin distinción de religión o de nacionalidad. En esto, Egipto es tolerante con sus ovejas descarriadas. Existen, sin embargo, fechas señaladas en las que no se sirve alcohol. La *Ashura*, el *Id al-Kebir*, el *Muled el-Nabi*, *Muled el-Husein*, etc. En algunos bares hay apartados, escondidos a la mirada del público, en donde se consume alcohol en cantidades. Los griegos que regentan las tiendas de licores suelen envolverte bien la botella antes de salir a la calle.

Uno no sabe —después de probar el coñac o el whisky nacional— si el alcohol está prohibido por el islam o el islam prohibido por el alcohol. La verdad es que agarrarse un tablón con *spirits* egipcios es —más que una muestra de impiedad— un signo inequívoco de arrojío. Las resacas de estos licores pueden llegar a producir —a la mañana siguiente— tics o incluso espasmos en el SNC. Quizás sea la razón —y es bien triste e indigna— de que la prohibición de importar alcohol se disfrace de protección religiosa y no esconda nada más que el temor de ver sin salida una producción alcoholera muy poco salubre. Por ello quizás también, los cairotas que, contra la ley del islam y la opinión social de la mayoría, se dejan caer en las zarpas de Baco, a los pocos años tengan un aspecto personal más que lamentable. Una resaca de eso que llaman coñac a treinta y cinco grados a la sombra no es cosa que se pueda repetir a menudo.

Sin embargo, la sociedad egipcia, como todo país cálido, necesita excitantes más que aletargantes. La cerveza de El Cairo es el té y lo demás son pamplinas. Pero, como en todas partes, siempre quedan excrescencias, hombres insensibles o demasiado sensibles —esos yerros de la madre

naturaleza— que necesitan unos tragos de vez en cuando para soportarse a sí mismos o a los que les rodean.

Algunos de estos cairotas están ahora en un garito al que entro, en la calle de Imad el-Din. Una barra muy alta, sembrada de taburetes, acoge los codos de algunos parroquianos. Las mesas, con gentes a veces solas, fumando, a veces en grupos, están erizadas de cascots de Stela y vasos altos de coñac, whisky, ouzo o ron de caña. El ventilador mueve el aire un poco y azota el humo que se eleva en columnas desde los dedos de los clientes. Un camarero corpulento se remueve entre las mesas y trae y lleva, prendidos en los dedazos, los vasos y los platos de aperitivos de aquí para allá. Platos de altramuces, de patatas hervidas con una salsa, de pipas de calabaza, de habas. Una televisión, sobre la nevera suplementaria, está a toda pastilla. Las estanterías, repletas de botellas repetidas. Me siento en una mesa y me pido una cerveza. Parecería un local de perdición, un casino La Amistad, un círculo agrícola de Calatayud, por ejemplo, si no fuera por algunos detalles que no encajan. La gente aparece concentrada en el bebercio y no conversa mucho. Cuando habla, más bien discute. Hay un vejete que lee el periódico con cara de mala leche, sobre una mesa en la que el cajón del centro está semiabierto, dejando ver los billetes esparcidos por su fondo. Es el que cobra. El dueño, quizás. A veces, hay protestas de algún parroquiano y este vejete dirime la cuestión sin vacilar. ¡Te bebiste tres! Y ahí acaba todo. No sé cómo lo hace. La verdad es que no levanta la vista del periódico.

Los árabes, pese a haber sido en tiempos los mejores bebedores del planeta, hoy en día tienen ese arte un poco olvidado. En muchas ocasiones he podido ver, en Egipto, en Túnez, en Jordania, cómo beben, y siempre me ha parecido que su interés primordial no es el disfrute de la bebida y de la chispa, con la pequeña euforia que lleva aparejada, sino simplemente el desaparecer, la pérdida de la conciencia. Los árabes, cuando beben, se lanzan hacia la botella con auténtica furia, sacudiéndose cerveza tras cerveza sin descansar hasta que caen redondos. Para ellos, el alcohol es una manera de dejar de ser, de suicidarse un rato, de sacudirse de encima —aunque sea por una noche— ese, como decía Pessoa, pesado gabán del ser. Por eso, es frecuente que beban solos o que, si lo hacen acompañados, los compañeros de barra sean gente que han conocido en el tabernáculo de turno.

—Calor ¿eh? —me comenta el colega de al lado, un chaval joven con bigotes de guardia civil.

Levanto la mano en la que tengo la cerveza ya mediada y asiento:

—Cada vez más.

Reímos un poco. El demasiado. Los ojos le brillan como dos faroles. Agita el vaso y el camarero corpulento lo rellena. En un recoveco del cafetín hay un círculo de gentes, que parecen contratistas de pisos o intermediarios, y discuten a grito pelado sobre algo que no acabo de entender muy bien.

—¿De qué discuten? —le pregunto.

—Política —hace un gesto desdeñoso. Empina el codo y se limpia con la

mano. —Egipto está cansado —añade por fin.

En este país, cuando algo ya no funciona o tiene problemas, se dice que está cansado, *taabán*. Es una expresión, en una tierra con cinco mil años de historia, bastante significativa.

—Cansado ¿por qué? —pregunto.

Hace un gesto vago, muy vago y una mueca como diciendo no me hagas explicarme.

—Cansado. Cansado.

Me pido otra cerveza y me doy cuenta de que es verdad. Miro a los parroquianos y los repaso uno por uno. En las facciones de todos, esculpido en sus rostros sin afeitar, colgando de sus bocas de labios que caen hacia abajo, en un rictus de estupefacción, en el fondo de las almendras hundidas en sus cuencas surcadas de arrugas, en las ropas ajadas y remendadas una y mil veces, en los vasos de cantos mordidos, en los platillos de plástico rayados por las uñas del tiempo, en todas partes hay un cansancio tremendo, un agotamiento de cinco milenios, un decaimiento imborrable, como un polvo que uno podrá mover de un sitio a otro pero nunca hacer desaparecer.

En otro garito de la misma calle, un poco más arriba, me sale a recibir una mujer guapetona y flamenca, al parecer la jefa del negocio.

—Hola, preciosa —saludo en castellano.

Sonríe como diciendo que me habrá dicho este *jawaga* (así es como se llama aquí a los extranjeros). Me pido una cerveza y, sentado en la mesa que me prepara, me dedico a observarla. Si no pesa quince arrobas no pesa nada. Pero eso, entre los árabes, no está muy mal visto. Esta es una rica hembra, una jaca de tronío. A veces, es difícil, aquí en Egipto, distinguir entre las mujeres. Quiero decir, entre la que, trabajando en un sitio como éste, un local de alcohol y pecadores, es ligera de cascos, y las modernas, las que se pasan el islam y sus mandangas sobre la mujer por el arco de triunfo. Porque aquí, en El Cairo, hay de todo, como en botica. Pero para distinguir hay que ser del país, no hay más remedio. Es cuestión de olfato.

En la calle Alfi, en un segundo piso de un restaurante popular, me ponen otra cerveza helada y escucho un rato a un corrillo de amiguetes que tocan el laúd y cantan canciones de Fayruz. Las camareras vienen a rogarles que dejen de tocar ya, que está prohibido cantar. Los hombres, sin hacer ni caso, siguen rasgueando el laúd y cantando sin compasión. Aquí, en Egipto, no están los camareros acostumbrados a los efectos del prive y enseguida se asustan.

Decido acercarme por el Fishawi a ver si hay alguien conocido y voy paseando, con mi medio pedo ya bien encasquetado, hasta la plaza de Al-Husein. Pero, antes de meterme por el callejón que lleva al café, me encuentro con un viejo amigo. Al parecer, viene de la Wikalat el-Guri, en donde hay un festival de teatro ahora.

—Mira, este es Ahmad —me presenta a un amigo suyo delgado y de ojos inteligentes. Hay varios amiguetes suyos más. —Vamos a su casa a

tomarnos unos té.

Queda por descontado que estoy invitado y que no me atreva a decir que no. Echamos a andar por unas calles hacia Bab el-Metwali, luego torcemos hacia la parte trasera de la calle Port Said, hasta llegar a su casa. En El Cairo suele sorprender la limpieza de las casas en contraste con la suciedad de las calles. La casa de Ahmad es un piso no muy grande pero limpio y muy ordenado, con sus esteras por el suelo, su diván, su mesa de cobre trabajado, sus estanterías repletas de libros, toda recién pintada de blanco impoluto. Estamos seis o siete, cada uno de su padre y de su madre. Ahmad, el anfitrión, es traductor. Hay una chica del Golfo y otra egipcia. La del Golfo, de Bahrein, es periodista, muy guapa, de ojos muy negros y rasgos oscuros, y que, por si fuera poco, canta de maravilla. La otra es algo más sosa, delgada y seria. Un actor de teatro que acaba de representar una obra en la Wikala (un edificio antiguo rehabilitado en teatro de vanguardia, aquí, al lado de Al-Azhar), un colega que parece de Menufiyya, dotado de una formidable sorna, campesina y vitriólica, un amigo de Port Said, escéptico e inteligente y, por fin, servidor de ustedes. Comemos algo que nos saca Ahmad y luego preparan carbones para el *narguilé*. La mandanga, en Egipto, se corta en pedacitos pequeños, se hacen unas bolas que se mezclan con el tabaco melado —*measal*— y se ponen en la pipa directamente. Da unos golpazos al cerebro de padre y muy señor mío.

La conversación se prolonga hasta las siete de la mañana. La chica del Golfo nos canta unas canciones —antiguas la mayor parte— que nos estremecen de los pies a la cabeza, solamente acompañándose de sus largas uñas, que hace repicar sobre el paquete de tabaco. Mis compañeros de tertulia fuman con una aplicación asombrosa, y la conversación podría —sin la menor exageración— transcribirse y publicarse. Las chanzas —que yo apenas puedo seguir por la rapidez con que se suceden y las lagunas de mi vocabulario— las bromas, las alusiones, las recitaciones de poesías y proverbios, las pullas, las anécdotas, los chistes sobre política y la vida social del país y, por supuesto, las canciones de la chica de pelo negro y ojos profundos hacen que la noche pase sin que nos demos cuenta. Cuando empieza a amanecer y nos vemos los rostros macilentos y cansados, los ojos enrojecidos por las más de cuarenta pipas que han caído, el encanto se deshace y decidimos ir a dormir. Viene a mi mente un verso de Ibn Suhayd, que dice algo así:

*Pasé la noche entre delicias,
hasta que sonrieron las tinieblas,
mostrando los blancos dientes de la aurora...*

V. La *madrassa* del sultán Hasan — Mezquita de Rifa'i — La Ciudadela — Muhammad Ali — El *baqshish* — La Ciudad de los Muertos — El baño — El Barrio Copto — San Sergio — Sinagoga de Ben Ezra — Iglesia Moallaqa — Santa Bárbara — Convento de San Jorge — Despedida — Conclusión.

En el centro de la plaza de Salah al-Din, la plaza que nace donde muere la calle de la Ciudadela (*Al-Qalaa*), recientemente hecha peatonal, como vigilando los pies de la ciudadela construida por Saladino, se encuentran las mezquitas del Sultán Hasan y de Rifa'i. Parecen, a simple vista, construcciones de la misma época, pero la primera de ellas le lleva más de seis siglos a la segunda.

La *madrassa* del Sultán Hasan es uno de los monumentos más bellos y a la vez característicos del urbanismo religioso propiamente cairota, una de las obras maestras de la arquitectura mameluca de El Cairo y, aun diría, de todo el islam. Seis años tardaron los albañiles y obreros en levantar esta mezquita-madrassa grandiosa, de 1356 a 1362, por orden del Sultán Hasan, séptimo hijo de Al-Nasir. A los trece años ya era este Hasan —en 1347— sultán de los mamelucos de Egipto, y en 1361, con 27 años, fue asesinado y no pudo llegar a ver su obra coronada. Tampoco pudo ser enterrado en la obra que a tal fin había proyectado, ya que se sabe, por el ya citado historiador árabe al-Maqrizi en su *Jitat*, que pereció en una revuelta protagonizada en Damasco por príncipes descontentos en ese año de 1361. Tan sólo treinta días antes de su muerte, el penúltimo de los minaretes de su *madrassa* se derrumbó, mientras era erigido, y bajo sus escombros perecieron más de 300 escolares de una de las *madrassas*.

Sorprende este monumento por su extraordinaria robustez, por el contraste de las líneas altivas de los minaretes y la solidez pesada de sus murallas, con finas troneras por las que se cuele la luz en el interior de las cuatro escuelas que rodean al patio central. Parece una fortaleza, y no es otra cosa, ya que fue levantada para hacer frente y desafiar a la misma ciudadela. Durante las revueltas del sultán Barquq, éste mandó cerrar y tapiar la puerta principal, ya que la mezquita se había convertido en un objetivo militar de los revoltosos, que conseguían, parapetados tras sus gruesos muros, hacerse fuertes y resistirse a las tropas reales durante largas temporadas.

La mezquita ocupa una superficie de 7.900 metros cuadrados, tiene 150 de largo, y nada menos que 68 de altura en los minaretes, si bien los muros no sobrepasan los treinta metros. La entrada, situada sobre un podio al que se accede por dos escaleras de piedra rebajada por los siglos y las pisadas, deja paso hasta un vestíbulo que a su vez conduce al visitante por pasillos y corredores tamizados de piedras oscuras y algo mohosas hasta un patio central, amplio, aunque encajonado entre los muros de piedra. Una vez en ese patio, dejados atrás los guardas, los guías y las frías lajas en las que los pies desnudos se deshacen de placer tras una caminata bajo el sol de plomo, el visitante empieza a oír el ruido de las golondrinas que revolotean por dentro de los muros y atraviesan las ventanas de las *madrassas*, se escucha el goteo de los grifos

en la fuente central, un kiosko majestuoso y dotado a la vez de una gracia infinita, como un pesado sombrero de yeso y ataracea que descansa algo quejumbroso sobre las columnas delicadas de mármol. Si se alza la vista a lo alto, se pueden ver las almenas de piedra sobre los muros, los arcos de medio punto enormes, que dejan ridículo al propio *sabil*, las largas jarcias —como bosques de chopos colgando hacia el suelo— de las que se balancean levemente las lámparas de vidrio adornadas con preciosísimas inscripciones en *nasji*, la majestuosidad de la *dikka*, en la que se sienta el repetidor —el *mubalig*— en las ocasiones solemnes, el impecable, por fin, ajedrezado de los mármoles que entremezclan sus dibujos geométricos por el suelo desnudo y áspero de polvo.

A los cuatro lados de este patio de suelo enmarmolado se levantan, fundidas sus estructuras con los altos y macizos muros que lo rodean, las cuatro escuelas de los cuatro diferentes caminos o ritos del Islam. Al Sur, la de los hanafíes; al norte, hacia donde nos encontramos, la de los malikíes; al este, la de los shafíes y al oeste, la de los hanbalíes. Merece la pena adentrarse por el portón inmenso de madera que deja paso a cada una de ellas y ascender por los altos peldaños que —entre excrementos de golondrinas y murciélagos— conducen hasta las dependencias olvidadas de las escuelas, de muros sólidos como los de un castillo medieval, y poder ver desde lo más alto —como desde el brocal de un pozo— el fondo del patio, en el cual se levanta una fuentecilla enmarcada en ajedrezados de mármol. Alrededor del patio, y mediando entre las escuelas, se yerguen los cuatro *liwan*, el mayor de los cuales precede el paso hasta la inmensa cúpula bajo la cual descansa el catafalco destinado al sultán Hasan. En este *liwan* recubierto de alfombras ocre y verdes, se alza el *mihrab*, un nicho semicónico —que mira a La Meca— mordido en el muro por medio de mármoles coyuntados con maestría absoluta, en cuyo centro exacto figura el nombre de Dios, cincelado con una gracia casi divina. Por encima de este nicho y como ciñéndolo, una enorme cenefa —de más de metro y medio de altura— da la vuelta al *liwan* y canta —en un cúfico que resalta sobre la fronda de las yeserías— las tres primeras aleyas de la Azora de la Victoria: “En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Piadoso. De cierto que te he dado una victoria manifiesta. Con ello, Dios perdona los pecados, los antiguos y los recientes y vuelve perfecta Su Gracia sobre ti, y te guía por el Camino más recto. Y viene en tu ayuda por medio de Su poderoso socorro.” El *mimbar*, la silla del *imam*, precedida de una escalera a la que se accede por una puerta en madera trabajada de filigranas, estaba en tiempos decorado con motivos incrustados de los que ya no queda rastro.

Si uno se deshace del arrobo que esta sala provoca en el alma y echa a andar hacia el mausoleo, atravesará una reja de hierro y se encontrará en una cámara sombría y tranquila. En el centro, el pequeño vallado que delimita la tumba destinada al sultán. A media altura, otra cenefa, esta vez en una escritura *zuluz*, canta el poderío de Dios:

“¡No hay más dios que Él! ¡El Vivo, el Existente por siempre! Nunca el sopor ni el sueño se apoderan de Él. A Él pertenece todo cuanto hay en los

cielos y cuanto contiene la tierra. ¿Quién es capaz de interceder ante Él sin su permiso? El conoce lo que hay delante de los hombres y lo que está detrás de ellos; y estos no alcanzan de su ciencia, sino aquello que Él quiere. Su trono incluye los cielos y la tierra y la conservación de ambas cosas no es una carga para Él. Él es el Elevado, el Grande.”

Hacia lo más alto, la cúpula, sostenida por cuatro pechinas de estalactitas que soportan con delicadeza su enorme peso, se ahueca, a más de treinta y cinco metros de altura, sobre la tumba modesta que guarda los cuerpos de los hijos del sultán. Por los muros, celosías redondas y apuntadas comparten con las dos ventanas de gruesos barrotes la tarea de tamizar la luz y crear un espacio de reverencia y de serenidad.

La historia de esta mezquita comienza mal. Su punto de partida es la gran Peste Negra de 1347. A finales de ese año, la enfermedad había alcanzado, desde la colonia genovesa de Caffa, en Crimea, Egipto, Palestina y Grecia, y desde ahí avanzó hasta el Mediterráneo occidental. Se calcula que tan sólo en El Cairo pereció más de un tercio de la población, alrededor de 80.000 personas. Los bienes de estas gentes fueron a parar a las fundaciones pías —los *habices*— con ayuda de los cuales se construyó esta inmensa escuela-mezquita-mausoleo. Muchas veces sería usada, por su solidez y su amurallamiento, como refugio o fortaleza de gentes que huían de alguien. Muchas veces también los cañones de la ciudadela se cebaron en los minaretes y los muros. Hacia 1660, algunos viajeros italianos los describen llenos de agujeros por las balas de cañón, pero todavía en pie. Durante la época del Sultán Barquq, concretamente en 1490, los príncipes descontentos se hicieron fuertes en la terraza del edificio y hubieron de ser desalojados al asalto, después de algunos destrozos. Mu'ayyad se llevó los batientes de la puerta para ponerlos en su mezquita, así como la gran araña de bronce que se expone hoy en día en el Museo Islámico. El último sultán mameluco, Tumambay, se refugió en ella cuando fue depuesto de su trono, y la mezquita volvió a ser bombardeada desde la ciudadela. En 1659 se desplomó el minarete del norte, y hubo de ser restaurado en 1671-72. Se aprovechó entonces para reafianzar la cúpula. Muy recientemente, el Departamento de Antigüedades de Egipto ha llevado a cabo, dentro de un plan de restauración de monumentos islámicos, una cuidadosa consolidación de algunas partes, principalmente la fuente, los mármoles y maderas del mausoleo.

La mezquita del sultán Hasan carece —al contrario que otros monumentos islámicos egipcios— de esa juguetona belleza, de esa melancolía que caracteriza la arquitectura musulmana. Es, quizás por haber sido concebida en medio del horror de la Gran Peste, un intento desesperado de dar sentido a una fe y unas vidas que la muerte segaba caprichosamente pocos años antes de su construcción. De ahí su solidez descarnada, su altura exagerada, el aire levemente mortuario que encierran sus muros. Si la vieja Europa, sumida entonces en su cristiana resignación, celebró la llegada y la marcha del Vómito Negro con danzas, Egipto, más dado al juego y a la chanza, prefirió hacerlo —

entre otras cosas— con esa mezquita amurallada y dotada de una gravedad silenciosa.

La peste ha visitado El Cairo en varias ocasiones. A lo que dicen, la más terrible de todas fue la del siglo pasado, que tuvo su punto álgido en 1834. Dos famosos viajeros ingleses se encontraban en El Cairo en aquella época, ambos casi olvidados hoy en día. Edward William Lane, que nos ha legado su extraordinaria *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, ya mencionada en varias ocasiones, y Alexander William Kinglake, un extraño viajero que recorrió todo Oriente Próximo en esa época y que nos ha dejado el libro de viajes más personal y subjetivo que se ha escrito sobre Oriente hasta la fecha: *Eothen, Traces of travel brought back from the East*, obra que sigue esperando — como tantas otras— traducción al castellano¹. La diferencia es que mientras que el primero salió —como dicen en mi pueblo— *escopetado* hacia el Alto Egipto en cuanto tuvo noticias de la llegada de la peste, el segundo —que llegó a las puertas de El Cairo cuando la enfermedad se había ya enseñoreado en la ciudad y mataba a tres mil personas al día— se empeñó en entrar y estuvo tres semanas en la ciudad infectada. El testimonio de su estancia ha quedado espléndidamente reflejado en el capítulo XVIII de su libro (*Cairo and the plague*), junto con las inteligentísimas observaciones del autor sobre la psicología árabe frente a las catástrofes y las enfermedades. Sólo transcribiré el delicioso diálogo que sostiene el autor y un personaje que le da el alto a su llegada a las puertas de la ciudad, tratando de desanimarlo de entrar en ella. Es uno de los diálogos más enfáticos que recuerdo en un libro de viajes, en uno de los capítulos más fascinantes de toda la literatura de ese género.

“Cuando, viniendo del desierto, cabalgaba a través de un pueblo cercano a la parte oriental de la ciudad, se me aproximó, con semblante preocupado y gestos enérgicos, un personaje ataviado a la turca. Su larga barba flotante le daba un aspecto más bien majestuoso, pero sus modos enérgicos y su visible ansiedad me parecieron extraños en un oriental. El hombre, en efecto, era francés, o de origen francés, y su objeto era advertirme de la peste y prevenirme de entrar en la ciudad.

—Arrêtez-vous, monsieur, je vous en prie, arrêtez-vous, monsieur; il ne faut pas entrer dans la ville; la peste y règne partout.

—Oui, je sai, mais...

—Mais, monsieur, je dis la peste— la peste; c'est de LA PESTE qu'il est question.

—Oui, je sai, mais...

—Mais, monsieur, je dis encore LA PESTE, LA PESTE. Je vous conjure de ne pas entrer dans la ville, vous serez, vous serez COMPROMIS.

—Oui, je sais, mais...”

El francés se convenció al fin de que era tarea vana tratar de razonar

¹ Ya traducida en El Club Diógenes.

con un simple inglés que no podía entender el significado de la expresión “ponerse en peligro”. Le di las gracias más sinceras por su aviso tan bien intencionado; en países cálidos es muy poco corriente que alguien salga a pleno sol y dé un consejo desinteresado a un extraño.”

La mezquita de Rifa’i, enfrentada a la del sultán Hasan, parece haberse contagiado de la hermosura y la antigüedad de aquella, pero al ojo experto no le pasa por alto que se trata de un pastiche, una mezcla de estilos y arquitecturas que desmerece en mucho de la obra que acabamos de visitar. Antiguamente existía aquí, en el mismo sitio en el que se alza este monumento, una *zawiya*, una residencia para sufíes. El jefe espiritual de esta *zawiya* era el hombre que daría nombre a la mezquita que estamos viendo: Ali al-Rifa’i. Allí sería enterrado a su muerte. La princesa Jushyar, esposa de Ibrahim Pachá —el hijo y heredero de Muhammad Ali—, y madre del jedive Ismail, compró esta *zawiya*, la demolió y encargó al arquitecto Husayn Pachá Fahmy la construcción de una mezquita que albergara las tumbas del jeque Ali al-Rifai y del Jeque Abdallah al-Ansari —éste último uno de los compañeros del Profeta— así como la propia y las de su familia. Se empezó su construcción en 1869, pero las obras se vieron detenidas por más de 35 años, ya que el arquitecto murió, siguiéndole poco después la princesa Jushyar. En 1905, el arquitecto Max Herz Bey la acabó según los planos dejados por Husayn Pachá. La ornamentación, que no había sido diseñada todavía a la muerte del arquitecto, fue reconstruida de acuerdo con los mejores ejemplos de las mezquitas cairotas.

La celebridad de esta mezquita se debe fundamentalmente a que ha servido de última morada —aparte de a los dos jefes religiosos mencionados— a varios reyes, todos ellos depuestos en levantamientos populares. Aquí reposan los restos del Rey Fuad, quien gobernó Egipto desde 1917 hasta 1936, así como los del Sha de Irán, Muhammad Reza Pahlevi, enterrado en loor de multitud (entre la que me encontraba, por supuesto en calidad de curioso, como la inmensa mayoría de los que allí estábamos) en 1980, después de su destierro y el triunfo de la revolución islámica del Ayatollah Jomeini. En la parte norte, a lo largo de los muros, en diferentes cámaras funerarias, yacen los miembros de la familia que mandó levantar esta obra. Ismaíl (1863-1879), su madre, dos hijas, dos hijos, tres esposas. También yace el sultán Husayn Kamil, con el que los ingleses neutralizaron a Abbás II y que reinaría desde 1914 hasta 1917.

La monumentalidad de esta mezquita, pese a no ser una muestra genuina de la arquitectura de ninguna época en particular y tener algo muy definido de *kistch*, la hacen digna de admiración. Vale la pena echarse sobre las gruesas alfombras y, mirando hacia lo alto, disfrutar de la extraordinaria combinación de mármoles —diecinueve clases diferentes— que revisten las columnas y los muros, de los dorados que recubren los techos, de la abigarrada variedad —como un muestrario de todo el arte ornamental cairota— de los

motivos que trabajan las paredes y las enormes columnas. Siempre que he entrado en esta mezquita de Rifa'i me ha venido a la memoria el Palacio Nacional da Pena, allá en Sintra. Tienen ambos edificios un aire vagamente similar, compendioso, enciclopédico.

La explanada que se alza delante de las mezquitas de Rifa'i y del Sultán Hasan estaba más despejada en tiempos, y se llamaba Rumaylah. Era el lugar destinado a las ejecuciones. En tiempos, en aquella plaza —cuya mención todavía podría hacer recorrer un escalofrío de terror sobre las espigas de los cairotas más viejos— era el escenario de todas las ejecuciones públicas que se celebraban en la ciudad. Según cuenta Lane,

“...allí se solía realizar, más que en cualquier otro lugar de El Cairo, la decapitación de las personas convictas de pena de muerte. En la parte sur de esta plaza hay un sitio denominado *Magsil elSultan*, o lavatorio del Sultán, destinado a la limpieza de los cadáveres. En su interior hay una mesa de piedra en la que se lava, previamente a su inhumación, el cuerpo de todos los decapitados. Esta mesa tiene un canalillo por el que corre el líquido, que nunca se riega y que siempre está lleno de agua sanguinolenta y fétida. Muchas mujeres van allí y, a fin de curarse de la oftalmia, o de obtener descendencia, o bien a fin de acelerar el parto en un caso de embarazo de duración exagerada, sin decir nada (pues el silencio se considera absolutamente necesario), pasan bajo la mesa de piedra mencionada, el pie izquierdo por delante, y luego por encima, y lo repiten siete veces, tras lo cual se lavan la cara en el agua inmundada del canalillo y entregan cinco *feddah* al viejo y a su mujer, que son quienes guardan el sitio. Luego se van, siempre silenciosas. Los hombres, en el caso de la oftalmia, a menudo hacen lo propio. El *Magsil* se dice que fue construido por el famoso Beybars antes de convertirse en sultán, al observar que los restos de las personas decapitadas en El Cairo andaban desparramados y eran enterrados sin haber sido previamente lavados.”

Al salir de la mezquita de Rifa'i, si el viajero levanta la vista hacia lo alto, se encuentra con un perfil amenazante de una fortaleza, que parece, por un lado, vigilar la ciudad aletargada y, por otro, pinchar las nubes con los agudos minaretes de una mezquita, llena de cúpulas acaballadas, que se alza en su centro. Es la ciudadela de El Cairo.

Saladino —fundador de la dinastía ayyubí— fue quien mandó levantar este fuerte amurallado, a media altura de la colina del Muqattam, principalmente para dominar la ciudad y controlar cualquier levantamiento en el Fustat y en Masr el Qahira y, por supuesto, para prevenir un ataque de los cruzados, que por aquellas fechas habían tomado San Juan de Acre y amenazaban con atacar la misma capital ayyubí. Diseñada según los cánones de la arquitectura de los cruzados en Palestina y Siria, fue comenzada en 1176 y acabada 30 años más tarde. Ya era, antes de Saladino, un lugar preferido de los cairotas para airearse y estirar las piernas. Ya vimos que el propio Al-Hakim

gustaba de darse sus paseos en burra por esta colina. Pero no es hasta la época de las cruzadas cuando este áspero cerro empieza a poblarse de construcciones.

Ni Saladino ni su hijo Adil vivieron en la fortaleza, pero ya el nieto de aquél, al-Kamil, construyó su residencia allí, y los sucesivos reyes, sultanes, pachás y jedives de Egipto la habitaron hasta que, en 1874, el jedive Ismail mandó levantar el palacio de Abdin, en el mismo centro de la ciudad.

Esta primera ciudadela levantada por Saladino se componía solamente de un palacio y un castillo amurallado que luego sería usado como residencia real. Hoy en día, tras más de seis siglos en los que la Ciudadela ha sido punto de atención y refugio de gobernantes, se aprecian tres zonas distintas dentro del recinto amurallado, cada una de ellas rodeada de sus murallas y de sus torres almenadas. La primera de ellas, a la que se accede por la puerta de Azab, mira hacia la plaza de Saladino; la segunda, la Inkishariyyah, mira al norte y el Qalaa, la parte más alta, es la que guarda la mezquita de Muhammad Ali y el palacio de la Joya, devorado este último por las llamas hace más de veinte años.

Hay en la ciudadela, en consecuencia, tres períodos constructivos muy definidos. El Ayyubí, que corresponde a Saladino; el mameluco, del siglo XIV —el de Al-Nasir Muhammad— y el de las grandes edificaciones ya citadas de Muhammad Ali, en el siglo XIX. La puerta de Azab, la que mira hacia El Cairo, fue construida en 1754 por Abderrahman Katjuda. Es por esta puerta por la que hizo pasar Muhammad Ali —un primero de marzo de 1811— a más de quinientos *beys* y jefes mamelucos, so pretexto de reconciliación general, a fin de que sus huestes leales les fueran rebanando el pescuezo. Las diferentes partes de la ciudadela están unidas por una puerta llamada de Al-Qulla. Si el viajero accede al recinto por la Puerta de Azab y atraviesa luego esta puerta de Al-Qulla, se encontrará a la vera de una mezquita, y frente a una cuesta pronunciada que lleva hasta la parte más alta, la acrópolis propiamente dicha de la ciudadela.

Esta mezquita de Al-Nasir Muhammad, fue levantada entre los 1318 y 1335. Es obra, pues, de los mamelucos Bahríes, en cuya época llegó a ser la mezquita mayor de la ciudadela, capaz de albergar a cinco mil fieles. Anteriormente los muros estaban recubiertos de planchas de mármol, pero el sultán otomano Selim las mandó arrancar y llevar a Estambul. Como en la mezquita de Al-Maridani, las columnas proceden de diversas rapiñas: las hay ptolemaicas, romanas, cristianas. Esto se aprecia a la legua en los capiteles y basas.

Esta mezquita coquetona y de planta abierta —a la manera de las antiguas mezquitas tulumíes— es lo único que queda de todo lo que Al-Nasir dejó levantado por la ciudadela, ya que Muhammad Ali destruyó el resto para levantar sus obras, tal como —por otra parte— Al-Nasir Muhammad había hecho con las construcciones ayyubíes cuatro siglos antes.

A una esquina de esta mezquita, y cerca de la puerta principal de la ciudadela —en donde está el de los tíquets— se abre el Pozo de Yusuf (de José),

mandado construir por Saladino a fin de abastecer a la fortaleza de agua en caso de sitio. Fue horadado por prisioneros cruzados. Los árabes conocen este pozo también por el nombre de Pozo del Caracol, *Bir al-Halazun*, por la forma espiral de la escalera que lleva hasta el agua, 88 metros más abajo. Unos dicen que el bueno de José —el de la Biblia— tiene algo que ver con su nombre. Otros, que Yusuf (en árabe José, también profeta del Islam) era uno de los nombres de Saladino. Como dicen los árabes, Allah es más sabio, *vulgo* Avergüelo Vargas.

La mezquita de Muhammad Ali tardó más de veinticuatro años en aupar sus minaretes hasta el cielo de El Cairo. En 1824, Muhammad Ali, un albanés que se había hecho nombrar virrey por los *ulemas* de El Cairo, tras hacerse con el poder —en la manera citada— e independizarse de Estambul en 1811, encomendó a un arquitecto griego, Yusuf Bushnaq, el proyecto de una gran mezquita, cuya fuente más directa de inspiración fuese la Mezquita Azul de Estambul. El arquitecto siguió tan al pie de la letra la orden que la mezquita de Muhammad Ali es casi una copia de la mezquita citada. Solamente la decoración interior y la estructura de la planta —con ese patio que no acaba de casar muy bien con el conjunto— la alejan del doblete.

La denominación que recibe hoy en día este monumento, el de mezquita de alabastro, se debe a que sus muros están totalmente recubiertos por un alabastro procedente de Beni-Suef. Al entrar en el amplio patio, sorprende agradablemente la fuente de abluciones, de estilo turco, muy barroca, aunque dotada de una gracia aceptable, gracia de la que el resto de la obra no anda sobrada. Enfrente de este *sabil*, a lo alto, incrustado en el muro, reposa un reloj de pared de formas y pinturas empalagosas. Es el regalo que mandó Luis Felipe de Francia en 1846 a cambio del obelisco que reposa hoy en medio de la plaza de la Concordia, en París: ¡Menudo trueque! La excelente guía *Islamic Monuments in Cairo* de Parker, Sabin & Williams, refiriéndose a este reloj y a las características de esta mezquita, define el ingenio de la siguiente manera: *The clock does not seem out of place, even though by all rights it should*².

La mezquita, alumbrada en su interior por lámparas que trazan dos círculos luminosos sobre las cabezas del visitante, tiene el diseño inconfundible de una construcción religiosa turca. La gran cúpula central, que cuatro cúpulas semicirculares ayudan a sostener (a su vez éstas aupadas por otras tantas semicúpulas), amasa los volúmenes del interior del recinto de una manera admirable, causando una sensación de amplitud y de cierto descanso en el alma. Hacia lo más alto, en las pechinas de la cúpula central, cuatro medallones en oro dejan leer los nombres de los Califas *Rashidin*, los bien encaminados, los cuatro primeros sucesores de Mahoma: Abu Bakr, Umar, Uzman y Ali. Más

² El reloj no parece fuera de lugar, si bien, por derecho propio, debería.

abajo, en la oscuridad matizada de verdes y rojos por las cristalerías de vidrios policromos —como si de una iglesia bizantina se tratara—, en las bases de las semicúpulas, otros medallones proclaman la profesión de fe del Islam: “No hay más dios que Allah.” Y todavía más abajo, las ventanas cuadradas, como de ministerio, filtran una luz amarillenta y ambarina que da al ambiente vacío y enorme —formado por el aire que reposa en suspensión por encima de las lámparas— un matiz ligeramente cristiano, de catedral vacía, de recámara para una música de órgano que no aparece por ninguna parte, de tinieblas que se funden con las cúpulas y las partes más altas de la construcción.

La mezquita de alabastro no fue terminada de decorar hasta 1857 y lo enrevesado y filigranesco de sus motivos no acaba de casar muy bien con la simplicidad de las líneas maestras de la arquitectura que los alberga. Las alfombras, en cambio, son las más mullidas de todo El Cairo.

A la derecha de la entrada se encuentra el mausoleo de Muhammad Ali, quien murió en 1848. En el interior de esa fantasía marmórea —coronada por un fez pétreo y cabezón— ha ido a dar con sus huesos el hombre.

La mezquita no ha demostrado tener una estructura muy sólida. Las primeras resquebrajaduras datan de fines del siglo pasado. En 1930 las grietas en las cúpulas eran tan largas y amenazaban tan seriamente la seguridad de los visitantes y fieles, que se demolieron y se volvieron a levantar de nuevo, empleándose nueve años y 100.000 libras de las de entonces en la tarea.

A un lado de la mezquita se abre un mirador —resto de otro más amplio que la construcción ha cegado— que es la mejor y más profunda delicia de esta ciudadela. Desde allí, el panorama es indescriptible, sobre todo al atardecer, cuando el fuego de los rayos de sol baña —algo templado ya por la agonía del día— las casas destaraladas y de tejados mordidos, la silueta vaga —y de formas desdibujadas por la calima— de la mezquita de Ibn Tulun, la masa parda, a lo lejos, de las pirámides. Desde allí se ve la extraordinaria mezcla del urbanismo cairota. Los hoteles que se alzan como titanes, bordeando la línea —desde allí invisible— del Nilo; las casas compactas que no parecen haber respetado ni una sola calle; los minaretes delgados y frágiles escapando de la polvareda; las ropas tendidas y los encofrados descascarillados de los bloques de apartamentos; los puentes elevados, envueltos en una nube de azufre y humareda y, a lo lejos, allá, tras las moles aserradas de las pirámides, el desierto cortado a tiras anaranjadas y amarillentas, casi como un cuadro de Vaquero.

Al salir de la mezquita de alabastro y sacarme de los pies las bolsas de loneta que los guardianes te ponen a fin de que no se te ensucien los pinreles, el caballero que me deshace los lazos me da un toque y me solicita una propinilla. Le tengo que soltar un cuarto de libra para que no se enfade.

La propina, el *baqshish*, es una institución nacional en Egipto, como la *mamma* en Italia, o el gazpacho en Andalucía. Cualquier servicio, franquicia, favor, recado, gestión, soplado, limpiaboteo, cafelito, carrera o lo que sea, es merecedor de una propinilla, de un tanto por ciento sobre el precio fijo, de

unas monedas o unos billetes deslizados sobre una palma sudorosa o un bolsillo remendado. El *baqshish* es el milenar lubricante —en una tierra en la que el polvo y la sequedad oxidan hasta los engranajes mejor engrasados— que permite el lento rodar de la historia egipcia. Es el acicate de los mal empleados, la esperanza de los peor pagados y el triste consuelo, en fin, de los que no tienen donde caerse muertos.

Un espectáculo inolvidable lo constituye el de un camarero de un café —sobre todo si se trata de un local frecuentado por extranjeros— devolviendo un cambio de veinte libras. Como el mismo gobierno sabe de la necesidad de la propina, los ministerios correspondientes se encargan de que todos los precios acaben en cantidades inverosímiles. Por ejemplo, 2,38; 6,74; 5,31, etc. Son precios —a causa del 12% de servicio o el 5 de tasas— puntiagudos, a fin de que el camarero en cuestión, y los acólitos innumerables de los que han menester los *garçons* egipcios, tengan la oportunidad de repartirse los piquillos que el cliente, por conmiseración, falta de carácter o, más a menudo, impaciencia, acostumbra a dejar con desdén. Si esto no sucede así, si el cliente es un poco zamorano, el camarero saca entonces las primeras libras con parsimonia, te las alarga como si fueran ejemplares únicos de la numismática mundial, dobla el fajo de nuevo, lo mete en un bolsillo, rebusca los billetes de fracción, parece que los encuentra, no estos no son, los mete otra vez en las profundidades de uno cualquiera de sus doce bolsillos, mira en el pantalón, en el bolsillo derecho, en el izquierdo, saca un burruño que parece un billete de 25, lo tiende, lo coges, mira ahora en el bolsillo de la chaquetilla blanca, parece que tintinean algunas monedas, no, son las llaves ... joder, hay que ser de hierro colado para resistir hasta la última piastra.

Los muertos, en El Cairo, guardan los flancos de la ciudad, mantenidos a raya por el tráfico de los coches en la avenida Salah Salem, tras los arrabales de Sayyida Zeinab, la ciudadela y el Jan el-Jalili. Por allí, cubriendo varias hectáreas de extensión, se amontonan las tumbas, los mausoleos, las casetas grisáceas, las ruinas, las tapias, los monumentos, el polvo, los niños, los coches quemados y convertidos en chatarras polvorientas, los jóvenes en *galabiyya* merodeando amenazadores, los cafetines. Y, naturalmente, los muertos.

Es regla universal que los muertos se dejen lo suficientemente lejos como para que no molesten y lo suficientemente cerca como para no tener que molestarse mucho en ir a verlos una vez al año. En esto, El Cairo no es excepción en absoluto. Cuando los primeros sultanes empezaron —hacia el siglo XIII— a construir sus tumbas en los cementerios del sur, por detrás de Assayida, nunca imaginaron que sus últimas moradas acabarían convertidas en una urbanización cochambrosa para los desheredados, no sólo de El Cairo, sino también de los habitantes de las zonas del canal devastadas por las guerras del 67 y 73, quienes, llegados a la capital huyendo de los judíos y las bombas, no encontraron otro sitio en donde meterse que en este barrio, el auténtico Otro Barrio, donde se asienta la necrópolis de El Cairo. El núcleo de este

cementerio lo constituyen las tumbas de los sultanes y los príncipes mamelucos circasianos. Alrededor de ellas se agolpan los complejos funerarios de las familias más pudientes de la época, tumbas en torno a las cuales, como en los más remotos tiempos faraónicos, se han levantado casas —con sus ventanas y todo—se han cerrado patios, desbrozado jardines, excavado pozos. Las casas que encierran las tumbas están, de la misma manera, distribuidas en calles perfectamente tiradas a cordel. Era un sitio idóneo, en seguida se ve, para que los hombres llegaran, empujaran un poco a los muertos, ataran las cuerdas para tender la ropa, regaran los patios y se quedaran a vivir allí. Así nació, en las dos décadas pasadas, la Ciudad de los Muertos, en la que parece que viven algunos cientos de miles de personas.

Egipto, en lo tocante al tema espinoso de la muerte se debate, creo yo, entre dos fuerzas que tiran de él con parecida intensidad y potencia. Por un lado, la necrofilia de los tiempos antiguos; por otro, la necrofobia de los modernos. El egipcio antiguo, como es universalmente conocido, era un hombre que vivía para el más allá, un individuo fascinado por la muerte y la putrefacción, horrorizado por la nada, esperanzado por la posibilidad de unos betunes, de unas vendas, de un cofre y unas salmodias que, alejándole de la desintegración física, le permitieran remar toda la muerte en la barca de Amón-Ra en dirección al Amenti, que es como se llamaba el paraíso por entonces. Que pensarán así era lógico. Eran hombres que vivían en una franja de terreno muy estrecha y tan fértil que, si se alejaban un par de pasos del Nilo y se asomaban al desierto, a la nada, a las dunas de arenas y las muelas secas y pedregosas y sin una mala hierba, pobladas de carcasas putrefactas y polvorientas de animales, se quedaban angustiados y se volvían para el Nilo diciéndose un par de cosas. La primera, que eran la gente más afortunada del mundo. Esta apreciación es parte importante del carácter egipcio. La segunda, que había que conservar lo que se pudiera y, sobre todo, conservarse a uno mismo después de la muerte. Así empezó el egipcio a creer que la carne resucitaría si se la conservaba en las especias adecuadas, en la correspondiente salmuera sacerdotal. Debía, por ello, trabajar en vida a fin de reunir la suma necesaria para conseguir esa salazón que le permitiera levantarse de entre los muertos. La muerte era, pues, una obsesión. La arquitectura, un arte funerario. La pintura, un arte litúrgico. Así, el egipcio faraónico es un hombre que, aun teniendo barruntos de que el desierto no lo es todo, de que más allá de los cerros renegridos por el sol, de los carnuzos recomidos por los buitres, de las arenas límpidas por las que ruedan las trinitarias existen otros países y otros mundos en los que la vida es algo real, no acaba de confiar demasiado en la vida terrena, en el *carpe diem*, en el placer de vivir. La sociedad egipcia incitaba al trabajo —dentro del orden implacable de las edades del río— a fin de hacerse con la mortalidad, de la misma manera que la sociedad de consumo lo hace espoleando a la compra de electrodomésticos o coches. En el Egipto antiguo, la eternidad era el valor de cambio.

El islam vino a dar la vuelta a esta situación por completo. Los árabes —

que luego serían musulmanes— no querían conservar nada ni seguir viviendo después de muertos. Querían empezar a vivir de una vez. En el sitio en donde se fraguó el islam, un crisol de arena a sesenta grados de temperatura, los hombres se veían obligados a adorar piedras a falta de algo mejor. ¿Cómo iban a ser conservadores? Se hicieron un paraíso —al que llamaron *jardín*— que, las cosas como son, es bastante más marchoso que el cristiano. Un paraíso de mozas recias, de plantíos, de música. Un paraíso —como todos— a base de lo que más falta por allí abajo. Por eso, para un buen musulmán, eso de diñarla siempre ha sido un quítame allá esas pajas, y lo del entierro un a otra cosa mariposa. Y así, después de que el general Amr ibn Al-Ass tomase Egipto para Mahoma, los hombres del valle del Nilo pasaron, de una religión que los mandaba al otro barrio envueltos en siete cofres policromados, a otra que los dejaba en la Madre Tierra, como quien dice, en pelota picada. Porque así es como los musulmanes han ido siempre en busca de su creador, el Señor de los Mundos.

En los cementerios egipcios se suele encontrar, como en todos los sitios de fusión, eclécticos, una mezcla de todas esas creencias y usos. Las tumbas musulmanas son modestas, un túmulo apenas perceptible bajo el que descansa el fiel, pero la tradición, en muchas ocasiones, las ha rodeado de una casita — con sus ventanas, su puerta y su cancela— que recuerda al visitante que, como hace cinco mil años, los muertos, si quieren seguir viviendo después de muertos, necesitan de un buen techo bajo el que cobijarse de las inclemencias del tiempo y las dentelladas de las hienas, muy amigas de carcajearse por los cementerios. Y no sólo las tumbas musulmanas son así. A los coptos, los cristianos de Egipto, les vino a pasar poco más o menos lo mismo.

Los cementerios de El Cairo nacieron de esta combinación de factores. Aquí, los muertos mueren y los vivos viven, sin molestarse unos a otros ni poco ni mucho. Las casuchas de los muertos de medio pelo se adocenán, como peces pilotos, alrededor de los tiburones de los sultanes y los pachás. No es raro que las familias hagan todavía visitas a los muertos y, extendiendo sobre la tumba los perolos y los manteles, disfruten de un día de campo en toda regla, si a los que viven en la tumba no les molesta, naturalmente. Si en nuestros cementerios cristianos ponemos flores, queriendo indicar que la semilla de su recuerdo no muere en nosotros, los musulmanes se arriman a la vera del difunto y se hacen una comidita de habas, *taamiyya* y panecillos con pepinillos a su salud. Son las costumbres que perviven a través de los siglos. Antes, en la época de los antiguos egipcios, los hombres dejaban —según se lee en las estelas de las tumbas faraónicas— miles de terneros, miles de panes, miles de cervezas al alcance de las manos rígidas de los muertos. Ahora, que no están los tiempos para tirar la comida, se los comen sin más zarandajas, eso sí, con la precaución de hacerlo delante de ellos, por si acaso el muerto se incorpora y hay que simular amablemente: ¿Usted gusta? No vaya a ser que el *Día de la Religión* se le echen en cara a uno.

En general, los muertos no son cosa que dé muchos quebraderos a la

sociedad islámica. No obstante, en El Cairo son frecuentes los funerales por las calles, sobre todo cuando el difunto es un personajillo de importancia. Se celebran en unas tiendas cúbicas montadas a base de alfombras de colores rojizos, en cuyo interior se alinean las sillas y un recitador de Corán salmodia alguna azora especialmente indicada al caso. Los familiares, a la puerta del tenderete, reciben los pésames de los amigos y empleados mientras tanto.

Algunas escuelas de interpretación coránica sostienen que todo buen entierro debe de hacerse a paso de marcha. Se deja al muerto en sus parihuelas, envuelto en su túnica, (hoy en los sarcófagos), se recita la primera azora del Corán, que para eso es la más corta, y arreando, que es gerundio. Después, a los cementerios no se va muy a menudo. Los cementerios, en el islam, son sitios a los que sólo va la gente que gusta de andarse a vueltas con los muertos. Fundamentalistas y poetas, vaya.

Es esta la razón de que en la Ciudad de los Muertos no se eche a los vivos de allí, ni la policía vaya a desalojarlos a porrazos, como, obviamente, se haría en cualquier país civilizado. Los cairotas piensan que bastante cruz tiene que sobrellevar ya los pobres como para echarlos a la calle y dejarlos al raso. También pensarán, digo yo, que a ver quién es el valiente que ejecuta una orden de desahucio sobre seiscientos mil *ocupas* a la vez. Además, El Cairo cuenta de esta manera con un suburbio en el que, en los malos momentos, puede mirarse y encontrar cierto consuelo.

Dicen por El Cairo que puede ser peligroso entrar en los cementerios sin la debida compañía de un guía, especialmente en el cementerio sur. Yo no acabo de creérmelo. Más bien pienso que algunos turistas, animosos de ver miserias y escabrosidades, se han metido a veces por donde no debían y han recibido algún cantazo por morbosos y metomentodos. Los que habitan los cementerios se huelen por qué viene tanta gente por allí. Que sólo tengan dónde caerse muertos no quiere decir que sean idiotas o carezcan de orgullo.

Hay dos grandes cementerios, como ya se dijo. El del norte, en donde vale la pena visitar el *jandaq* de Farag ibn Barquq, magnífica y de estructura geminada, el de Barsbai, coqueta y algo magrebina, y el de Qaitbai, uno de los monumentos mejor y más ricamente decorados de todo El Cairo; y el del sur, que se extiende por detrás de la mezquita de Ibn Tulun. En este último se encuentran las tumbas de los Califas abasíes, el mausoleo del imam Shafíí, la tumba de Shagaret ed-Dorr, cuya historia bien a gusto contaría si no fuese por limitaciones de espacio, el *jandaq* del emir Qawsun, y un sinfín de monumentos, a cual más espléndido y digno de atención.

El baño siempre ha sido uno de los placeres más refinados que los árabes han practicado de siempre. En Egipto, al contrario que en otros países musulmanes, Marruecos o Turquía, el baño ya no es costumbre tan frecuente como antaño. Los baños más famosos de El Cairo estaban en Helwan —hoy un barrio lejano— una almunia, una urbanización de recreo en tiempos de los jedives, a 25 kilómetros al sur del centro de la ciudad. A principios de siglo se

construyó, bajo el reinado del jedive Tawfiq, la villa termal, coqueta y decadente, hoy ennegrecida por los humos de las fábricas. En una ciudad de nombre casi idéntico, Hulwan, en donde el pícaro Abu-l-Fath el Alejandrino, el genial metomentodo urdido por Al-Hamadani en sus *maqamat*, sufrió un baño algo accidentado, la versión del cual no puedo resistirme a incluir, en parte por su infinita gracia, en parte por describir con bastante fidelidad lo que era una casa de baños de la época. Esta es la traducción que de esta anécdota da María Jesús Rubiera en su estupendo libro *La arquitectura en la literatura árabe*:

“(…) Nos encaminamos hacia el baño y a él llegamos, aunque por poco no lo vemos de pequeño que era. Entré y tras de mí un hombre tomó un puñado de lodo y me lo restregó en la frente, dejándolo sobre mi cabeza. Luego salió y entró otro que se puso a frotarme, a fatigar mis huesos, a palpar mis músculos, mientras silbaba llenándose de escupitajos. Luego agarró mi cabeza para lavarla con grandes cantidades de agua. Entonces volvió a aparecer el primer hombre y cuando vio al que agarraba mi cabeza, le dio un cachete en la nuca que le hizo rechinar sus dientes y dijo: “¿Qué haces, desgraciado? Esta cabeza es mía.” El segundo le dio un puñetazo que le dejó sin aliento y le dijo: “Ni hablar, esta cabeza es mía y es de mi propiedad, pues está en mis manos.” Siguió su discusión hasta que se fatigaron y buscaron un juez para sus querellas; fueron a buscar al dueño del baño y el primero le dijo: “Yo soy el dueño de esta cabeza porque la he restregado con lodo”; dijo el segundo: “No, por cierto. Yo soy su dueño porque he frotado al que la porta y he amasado sus articulaciones.” Y el dueño del baño les dijo: “Traedme al sujeto que lleva esa cabeza para que yo le pregunte a quien pertenece.” Fueron a por él y me dijeron: “Necesitamos tu testimonio. ¡Habla!” Me levanté y fui, aunque de mala gana, y el dueño del baño me preguntó: “¡Oh, hombre! ¡No hables sino con sinceridad, ni testimonies sino con la verdad! Dime, esta cabeza ¿a cuál de los dos pertenece?” Yo le contesté: “¡Qué Allah me perdone! Es mi cabeza, que me ha acompañado todo el camino y ha dado vueltas a la Kaaba conmigo. Y no dudo de que es mía”. “Cállate, ¡impertinente!” me dijo el dueño del baño y, dirigiéndose a uno de los dos litigantes, le dijo: “¿Hasta cuándo va a durar esta discusión entre hombres sobre esa cabeza? Consuélate de algo de tan poca importancia, al precio de la maldición de Allah y del fuego del infierno. Supón que esa cabeza nunca existió y que nunca hemos visto a este estúpido.

Al oír esto, me levanté de aquel lugar avergonzado, cogí mis vestidos y me marché del baño.”

Flaubert sabía de la existencia de los baños y de las cosas que en ellos sucedían. En una de sus cartas a su amigo Bouilhet le narraba uno de sus intentos —fallido, al parecer— de investigar empíricamente este asunto:

“A propósito de los chaperos, esto es lo que sé de ellos. Aquí están absolutamente admitidos. Uno confiesa su propia sodomía, y se habla de ello a la mesa, en el hotel. A veces, te haces un poco el estrecho y lo niegas y entonces todo el mundo te tira de la lengua y acabas por confesar. Viajando como lo hacemos con fines educativos, y habiéndonos sido confiada una

misión por el Gobierno, hemos considerado nuestro deber permitirnos este tipo de eyaculación. Hasta ahora la ocasión no se ha presentado. La continuamos buscando, sin embargo. Estas cosas tienen lugar en los baños. Reservas el baño para ti mismo (cinco francos, incluidos los masajistas, la pipa, el café la sábana y la toalla) y te cepillas a tu muchacho en una de las habitaciones. Queda informado, además, de que todos los chicos del baño son chaperos. Los masajistas finales, los que vienen a frotarte cuando todo lo demás está hecho, son por lo general chicos jóvenes, muy guapos. Le habíamos echado el ojo a uno que trabaja en un baño que está muy cerca del hotel. Reservé el baño exclusivamente para mí. Fui, ¡y el bandido tenía el día libre!”

Después de comido y una vez que he descansado un poco, me acerco al metro hasta el Barrio Copto. Para ello, me subo en la parada de Anwar el-Sadat y descendo en la Mari Girgis. El metro es cosa muy reciente. Los ingenieros franceses fueron los encargados de horadarlo y la tarea no fue en absoluto sencilla. El suelo egipcio está plagado de tuberías, cajas de teléfonos, antigüedades, momias, casas derrumbadas sobre las que descansan otras casas más modernas, madrigueras de toda clase de bichos, y todo lo que uno pudiera imaginar y alguna que otra cosa más. Pero los franceses, bien pertrechados de paciencia, han logrado atravesarlo —en 1986— con esta primera línea, enorme, que me lleva hasta el Barrio Copto. La verdad es que la impresión que causa el metro es muy agradable. Muy amplio, limpio, bien iluminado, rápido, y protegido por policías con perros, un detalle este último sorprendente, si se tiene en cuenta la poca gracia que les hacen a los egipcios estos animales. Por eso, los guardias los llevan con el bozal puesto, no se sabe muy bien si en defensa propia o para evitar percances con terceros. El metro es en parte subterráneo, en parte al aire libre. Esto se debe a que anteriormente, desde la estación de Bab el-Luq hasta el Barrio Copto, y luego Helwan, había una línea de tranvía a la que los cairotas llamaban tanto el *turmay* como el metro. Esta línea ha sido reconectada al metro moderno y, por ello, al hacer este recorrido, en un cierto momento, se sale a la superficie. Lo mismo sucede con el ramal norte, que va hasta Abbasiyya: también se ha aprovechado una línea de tranvía ya existente.

Gran parte de la gente que visita Egipto ignora que este país es una de las cunas del cristianismo primitivo y, por supuesto, del misticismo eremita y contemplativo. Quizás esa tendencia a la contemplación y al eremitismo del cristianismo egipcio es el que le ha mantenido alejado del conocimiento popular y, desde luego, enfrentado a Constantinopla y, no digamos, a Roma. La tradición dice que fue San Marcos el Evangelista quien predicó en Egipto tras la dispersión de los apóstoles y su llegada a las costas de Alejandría en el año 40 d. JC. Todavía hay discusiones acerca del paradero de las reliquias del Santo, y no poca gente cree que el Santo fue quien fundó la Sede de Alejandría y recibió martirio en la ciudad de *El de los Dos Cuernos*. De hecho, el calendario copto —un gracioso calendario en el que los meses recuerdan vivamente los

nombres de los dioses egipcios— no comienza en el año del Nacimiento, sino el día de los mártires, el 21 de agosto de 284, fecha en la que Diocleciano se hizo cargo del cetro del Imperio Romano. Las persecuciones de Diocleciano, entre los años 303-311, no harían sino fortificar el cristianismo egipcio que, a partir del decreto del 313 —permitiendo la libertad religiosa en el Imperio— sería una de las iglesias preponderantes en el ámbito cristiano. En Alejandría se fundaría la Didascalia, una escuela catequética de gran influencia durante los siglos III y IV. La preponderancia en el Mediterráneo de la iglesia egipcia será paulatinamente menor a partir del siglo V, ya que el monasticismo hizo que la iglesia se encerrase en sí misma y, a partir de ahí, el cisma no tardó en llegar. A fines del siglo V, después de varios Concilios Ecuménicos más bien borrascosos, sobre todo el de Calcedonia, en 451, la iglesia egipcia, por razones en gran parte de reafirmación nacionalista, salió dividida en diofisitas, monofisitas, nestorianos y arrianos. Los coptos serían los primeros monofisitas —herejes que negaban la naturaleza humana de Jesucristo— hasta que la iglesia siria tomara el relevo de esta corriente herética, a partir del siglo siguiente.

Cuando los árabes invadieron Egipto, dieron a la población autóctona el nombre de *coptos*, una forma arabizada a partir de la palabra *Aegyptos*, a su vez un vocablo, según se vio, procedente de una forma egipcia jeroglífica que designaba un palacio de Memphis (*Hwt-ka-Ptah*). Con el tiempo, esta palabra pasaría a señalar a los egipcios que siguieron siendo cristianos —cismáticos— aun después de la invasión musulmana. Estos cristianos continuaron hablando, por lo menos hasta el siglo XV, un idioma hoy desaparecido, el copto, una degeneración del demótico (a su vez resto del jeroglífico), el idioma empleado en época Ptolomea y grecorromana. El copto es una lengua que cuenta con siete letras griegas en su grafía, así como con numerosos préstamos de esta lengua clásica. Los sacerdotes coptos salmodian en este idioma, pero son muy pocos los que entienden lo que están diciendo, hasta el punto de que las escrituras se leen luego en árabe, que es la lengua de comunicación de esta población religiosa. Se calcula que existen en Egipto alrededor de siete millones de coptos, la mayor parte en Luxor y Assiut, ciudades de casi mayoría cristiana. En El Cairo tienen su centro religioso en el Barrio Copto, en donde se encuentran sus iglesias más antiguas y veneradas.

El Barrio Copto recibe también la denominación de Viejo Cairo, en inglés *Old Cairo*, en árabe *Masr al-Atiqa* o *al-Qadima*. Es pues el núcleo urbano más antiguo de la ciudad, formado por la primitiva fortaleza de Babilon —cuyo nombre debe de relacionarse con ese primitivo *On* jeroglífico— media docena larga de iglesias de liturgia copta y ortodoxa griega, y una minúscula sinagoga, famosa para los hebraístas y escrituristas. Diodoro Sículo sostiene, en lo tocante al asunto del nombre de Babilon, que fueron los prisioneros de guerra mesopotámicos que trabajaban en esta ciudad en tiempos de uno de los Sesostris de la XII Dinastía, los que pusieron ese nombre a la pequeña urbe en memoria de la Gran Babilonia. La vieja ciudad sería luego ocupada por los romanos, quienes levantarían sus murallas —de las que quedan restos de un par

de torres a la entrada del Museo Copto— y dejarían tres guarniciones custodiando la ciudad. Durante el gobierno de Arcadio, uno de los más tolerantes emperadores romanos, se levantaron tantas iglesias, dice la tradición, que algunas llegaban hasta los jardines de Ezbekiyya. Hoy en día, en las enmarañadas callejuelas del Barrio Copto tan sólo resisten seis de ellas, derribadas y restauradas y vueltas a derribar y a restaurar una y otra vez, siempre al albur de los caprichos y las conveniencias de los gobernantes musulmanes. Mientras que algunas veces favorecieron a los cristianos y fueron tolerantes con su culto, otras, los coptos fueron objeto de feroces persecuciones, como, por ejemplo, durante la época de las Cruzadas, sobre todo la quinta y la séptima. No es de extrañar. Los cruzados no pensaron nunca en los pobretes de los cristianos que vivían en Oriente Medio y en el peligro de represalias que se cernía sobre ellos a causa de sus expediciones militares. El califa Al-Hakim fue también, como ya se vio, otro de los enemigos del cristianismo egipcio, y más particularmente, cairota. Y, como colofón, baste recordar que el Papa de los coptos, Shenuda III, llegado a la Silla en 1971, pasó varios años sin poder salir de su residencia en Wadi Natrun por orden de Sadat, que veía con inquietud el creciente protagonismo del Papa —un hombre de una personalidad más que notable— en la vida nacional. Tan sólo la llegada de Mubarak al poder vino a sacarlo de su cautiverio domiciliario.

Pero todo esto son excepciones a la regla, y la regla, en este caso, es la tolerancia religiosa. En Egipto conviven actualmente siete confesiones cristianas diferentes, a saber: católica, griega ortodoxa, copta, anglicana, armenia ortodoxa, siria ortodoxa y protestantes diversas. Además, los ritos en que se celebra la liturgia católica son nada menos que seis: rito armenio, copto, griego, latino, maronita y sirio. Egipto, por ser un país próximo al nacimiento del cristianismo, presenta por lo tanto todas las variedades posibles que los seguidores de Cristo han discurrido para ser fieles a su mandato, a excepción, claro está, del Palmar de Troya.

El Museo Copto fue fundado en 1910 por un copto hacendado, Morkos Simaica, sobre terrenos cedidos por la iglesia copta. Se abrió una suscripción pública para que los cairotas de esta religión colaborasen con la tarea y se fueron comprando objetos y piezas procedentes de casas particulares y colecciones privadas. En 1931, el Gobierno Egipcio lo hizo oficial, beneficiándolo con una aportación estatal para su manutención. En 1947 se edificó una nueva ala en el antiguo edificio y en 1949 las piezas coptas del Museo Egipcio y el Museo Islámico fueron transferidas a esta sección. Bajo el ambicioso programa de restauración promovido por el entonces Director General de Antigüedades, el amable y sensato doctor Ahmad Qadri, fue sometido a una restauración que lo ha dejado como nuevo.

Al adentrarse por las callejuelas del Barrio Copto, uno tiene la sensación de estar retrocediendo varios cientos de años en la historia de El

Cairo. Todo resulta extraño, como una película de tiempos medievales bien ambientada: las cruces horadadas en las maderas, colgando de los portales, los edificios de ladrillos de adobe, a ambos lados de las callejas ensombrecidas por los arcos y las bóvedas, las entradas a las oscuras iglesias, los cementerios llenos de cruces y las estampas de santos de los que uno no ha escuchado hablar en la vida: San Pacomio, San Menas, Abu Serga, San Ciro, Mari Girgis. El viajero, sorprendido en un principio, va tomando luego conciencia de dónde está, va identificando los santos, mal que bien, va haciéndose con la disposición de las iglesias, con las extrañas grafías de los iconos, con los rostros torturados de los cristos y las *madonnas* a las que los artesanos, por su impericia quizás, han imprimido una tosquedad en las facciones y un sufrimiento en la expresión que jamás había visto antes.

Me he adentrado por la iglesia de San Sergio, quizás la más auténtica de todas estas iglesias que encierra el Barrio Copto. Hay un funeral y mi primer impulso es retroceder y no inmismirme en un acto religioso en el cual no tengo vela, nunca mejor dicho. Sin embargo, lo pienso mejor y avanzo hacia la parte más sombría del nártex y me quedo ahí, apoyado en una columna, cerca del cerero, que se encarga de cobrar las piastras por las velas que arden delante de los iconos. Todo resulta bastante extraño. En primer lugar, porque las iglesias difieren en su estructura de un templo católico o protestante. La iglesia tiene tres naves, pero la parte de los bancos en la que están los fieles está separada del altar por una pantalla de madera, dotada de una puerta por la que entra y sale el cura a medida que la ceremonia avanza, el iconostasio. Más allá de la pantalla, la verdad es que no se ve bien lo que hay, aunque parece que la iglesia termina en tres ábsides, de los que el del centro guarda el altar. Los curas llevan todos barbas y cadenas al cuello de las que cuelgan cruces grandes. Cantan una melodía muy rara y harto triste, en un idioma del cual sólo entiendo una palabra: *neter*. La dicen constantemente. Lógico si se tiene en cuenta que significa Dios. Es una palabra que no ha cambiado mucho desde los tiempos de Keops, por no decir nada. La salmodia que sale de las gargantas de los diáconos que acompañan a los popes es, válgame la expresión y sin el menor ánimo de ofender, como un *Parce Domine* gregoriano cantado por borrachos. Pero no tiene nada de alegre. Es un canto monódico, una murga dotada de una tristeza y un desconsuelo que, combinada con la visión del ataúd que reposa sobre catafalco, hacen que sienta una cierta congoja de ánimo. Las mujeres y los hombres se balancean de pie a pie mientras contestan a las frases rituales de la liturgia. Así permanezco más de media hora, escuchando embelesado los cantos y observando los iconos y las figuras medio rascadas de las columnas: la Última Cena, en una disposición que recuerda vagamente a la de una mesa de ofrendas faraónica, el nacimiento de Cristo, la Huida de Egipto.

Esta pequeña iglesia parece ser la más antigua del Barrio Copto, ya que las partes más viejas que se conservan datan del siglo V d. JC. El templo está dedicado a San Sergio y San Baco, dos oficiales romanos martirizados en Siria

durante el reinado de Maximiano, y fue construido, de acuerdo con la tradición, sobre una cueva, en la que se refugiaron San José y la Virgen María en su huida de Egipto. Las partes de esa época ardieron y hubieron de ser restauradas en el siglo VIII. Entre los siglos X y XI tuvo que ser reconstruida de nuevo. De esa fecha data la mayor parte de la obra visible hoy en día.

La sinagoga de Ben Ezra, al otro lado del paseo que la separa de la iglesia de San Sergio, es muy pequeña, pero su importancia histórica es enorme. Aquí, en unas obras de excavación efectuadas a finales del siglo pasado, fue encontrada una cámara llena de documentos hebreos, de máximo interés para los especialistas en Escriturística, la Genizah. Entre estos legajos había una versión completa del Eclesiastés, así como abundantes manuscritos con textos literarios y religiosos. Gran parte de las *moaxajas* hebreas que se conocen fueron encontradas aquí. El descubrimiento de la *genizah* de El Cairo, (*genizah* significa en árabe trastero) ha pasado a la historia como uno de los hallazgos documentales más importantes de todos los tiempos.

La palabra *moallaqa* quiere decir en árabe “colgada”, así que la iglesia Moallaqa es la Iglesia Colgada. Sin embargo, me parece más propio denominarla “colgante”. Suspendida resulta peor todavía que colgada. La razón de que se denomine así estriba en que toda ella descansa sobre dos baluartes de la fortaleza romana de Babilon, por lo que da la impresión de colgar del muro del fondo, sobre el que se apoya. De hecho, por debajo de la nave central circula un pasadizo que lleva al interior de la fortaleza. La iglesia, dedicada a la Virgen María, fue edificada durante el patriarcado de Isaa (684-687 AD), aunque su existencia no está probada documentalmente hasta mediados del siglo IX. A mediados del siglo X fue reconstruida y en el siglo siguiente pasó a ser la sede del Patriarca de Alejandría. Los papas Cirilo II (1078-1092) y Miguel IV (1092-1102) fueron consagrados en ella.

Según me explica un hombre que se quiere ganar una propinilla, la pila enorme que está excavada en el suelo se usaba en la ceremonia de lavado de pies, en Jueves Santo. El púlpito es del siglo XI, y la pantalla central, de ébano con incrustaciones en marfil, es del XII o el XIII. El altar está consagrado a la Virgen María, mientras que el ábside norte lo está a San Jorge y el sur a San Juan Bautista. Los iconos, dice el hombre, son del siglo XVIII, obra de un tallista armenio.

El buen hombre me lleva a un rincón en donde hay una pintura mural bastante estropeada, que representa los veinticuatro Ancianos del Apocalipsis, simbolizando a los doce apóstoles del Nuevo Testamento y las doce tribus del Antiguo. Visten túnicas blancas sacerdotales y lucen unos halos que les rodean las cabezas. Sobre las cabezas de los siete centrales, los Siete Espíritus de Dios, ondea una inscripción en copto desvaído que mi guía me pasa al árabe y que en castellano quiere decir: “Me alegré con los que dijeron: Iremos a la Casa de Nuestro Señor. Nuestros pies han hollado los umbrales de Jerusalén.”

La iglesia de Santa Bárbara, que antes estaba dedicada a San Ciro y San Juan, fue erigida, según la tradición, por un escriba rico a finales del siglo VII. Cuando las reliquias de Santa Bárbara fueron llevadas a esta iglesia, se construyó un nuevo santuario para custodiarlas. Así pues, el edificio actual consta de dos iglesias en realidad, una dedicada a Santa Bárbara y otra a San Ciro y San Juan, ésta última una mera capilla anexa a la parte izquierda del ábside central. La pantalla de la nave central es del siglo XIII y, a lo largo de su altura, hay varios iconos que representan, en el centro a Jesucristo y, a su derecha, a la Virgen María, San Marcos, San Miguel y San Mateo. A la izquierda aparecen San Gabriel, San Juan Evangelista, San Juan Bautista y San Lucas. Son obra todos ellos del siglo XVIII.

Al-Maqrizi menciona ya en el siglo XV el convento de San Jorge, en el que ahora hay alrededor de 25 monjas. El convento data de principios del siglo X. En este convento custodian la cadena de San Jorge, un pesado grillete que las monjas pasan por el cuello —aunque no sé para qué ni por qué— de todo aquel que se preste. Me pongo a la cola. El grillete está fresquito y suave de tantos cuellos que ha aherrojado.

En el taxi de vuelta, paso por enfrente de la mezquita de Amr y caigo en la cuenta de que no hemos entrado en ella. Es igual, poco es lo que queda del edificio original. Aun así, tengo que apartar la vista de sus altos muros con un ligero sentimiento de culpa.

—¿No se encuentra a gusto aquí? ¡Pero si sólo lleva unos días! ¿Tanto viaje para esto? —el recepcionista de la tarde se sorprende de que le pida la cuenta y le diga que me marchó mañana. Sospecha, en su fuero interno, que me mudo a otro hotel —¿No se encuentra a gusto? —repite.

Deniego fervientemente.

—He de volver a España —levanto la palma en el mostrador como imitando el vuelo de un avión.

Gira la mano y me hace la señal de no entender.

—¿Por qué?

—Los editores, ya se sabe, más de doscientas páginas y se echan las manos a la cabeza. —Me alzo de hombros —¿Qué le vamos a hacer!

El tío cada vez entiende menos.

—¿Los editores?

Afirmo y le miro sonriendo hasta que, dejándolo por imposible, mete mano al libraco en el que guarda las facturas —con las esquinas dobladas para aclararse— y saca un papel en el que hay escrito algo que recuerda vagamente mi nombre, con letras mayúsculas y minúsculas combinadas de mala manera. Pago y le tiendo la mano, en previsión de que no esté a mi vuelta de la cena.

—Buen viaje —me desea.

Se lo agradezco y me despido también.

Después de la succulenta cena en el Estoril —un restaurante italiano situado en el pasaje que une Qasr el-Nil con la calle Talaat Harb que, si bien ha conocido tiempos mejores, sigue manteniendo una calidad aceptable— me voy paseando hasta el río y me siento en un banco por detrás del Hilton. El agua fluye lentamente y se arremolina alrededor de los reflejos de las farolas, en los que las manchas de petróleo que escupen las motoras deshacen la ilusión de un agua cristalina, que este río —al que los egipcios siempre han llamado mar— bien se merecería. Hay luces de colores que, desde lejos, excitan la imaginación y hacen sospechar jaranas que luego resultan inexistentes. En los edificios altísimos de los hoteles guiñan los pilotos de posición, en previsión de los choques con los aviones que siempre están surcando el cielo de El Cairo. El calor ha aflojado un poco, los coches que pasan por la Corniche ya no hacen tanto ruido como hace un par de horas. Allí, sentado delante del río, rodeado por millones de personas amontonadas en docenas de barrios, anonadado por la contemplación de los puentes exhaustos y las riberas atiborradas de vehículos que vienen y van como cada día, siento que este pequeño viaje ha sido muy corto, demasiado escueto. Pero es un buen consuelo el pensar que, si nuestra vida en la inmensidad del universo es un mero chascar de dedos, este paso mío por la exageración ciudadana de El Cairo ha sido algo también efímero, como la existencia de una de esas moscas raras —de las que se dice que viven un par de horas— que se hubiera colado en mi casa camuflada en la cesta de la compra y pretendiese, con esa ingenuidad digna de la mejor lástima que gastan los compendiosos, hacer una buena biografía mía o una historia detallada de la finca. Aquí, en el ombligo del mundo, hay mucho de lo que hablar todavía. Yo, bien a gusto seguiría largando sobre las más variadas cosas. Les contaría la historia de la fabulosa biblioteca que Al-Maqrizi asegura haber conocido en persona, en la que el sultán pedía una edición del *Kitab al-Ayn* de Al-Jalil, por poner un ejemplo, y se le sacaban treinta; les hablaría de Shagaret el-Dorr, una concubina armenia cuyo nombre quería decir “árbol de perlas”, que dejó matar a su marido e hijo a fin de proclamarse reina; nos detendríamos en el Museo Islámico, en el que se guardan las piezas más hermosas de la artesanía —eso que luego llaman arte— musulmana; les haría sonreír con la historia del Teatro de la Opera, en el que Verdi estrenó su *Aida* y Alfredo Kraus debutó internacionalmente, y que ardió totalmente delante del cuartel de bomberos; andaríamos un poco por Mohandisin, por Zamalek o por Gizah, de tiendas; incluso echaríamos una partida de *taula* en Rod el-Farag en compañía de mi amigo Galal; iríamos a buscar —desgraciadamente ya sólo en la memoria— a los librereros de la muralla de la Ezbekiyya, en donde todavía quedaban ediciones de las *Luzumiyyat* de Al-Maarri o del *Collar de la Paloma*, de Ibn Hazam; cogeríamos un tren en la estación de Ramsés, para que vieran lo que es bueno; echaríamos un buen té en el hotel Continental, en donde murió Lord Carnarvon o nos adentraríamos, de la mano de algún funcionario bonachón, en los sótanos del Museo Egipcio, en donde se saca brillo a las

momias y a los sarcófagos; iríamos a la discoteca del Atlas Zamalek, a echar un bailongo y a vaciar unas copas, bajaríamos a Roda a ver el zoológico o descenderíamos al Nilómetro, desde donde antaño se podía ver —por el simple nivel del agua— el precio de la cosecha del año siguiente; nos haríamos un buen corte de pelo y una de paños calientes y luego iríamos a comer un pollo asado —entre veinte gatos— al Andrea, en la carretera de Kerdasa, o a Kerdasa mismo, a comprar unas *galabiyyas* y un sinfín de cosas más.

También, cómo no, podríamos hacer una sesuda disertación acerca de la penosa situación económica de la ciudad, demostrando cómo la entrada del consumismo y la reavivación del extremismo religioso —que no es otro que el ya de sobras conocido extremismo de los pobres, que tienen la maldita manía de comer todos los días— son factores que no pueden convivir en paz por mucho tiempo más, o pasaríamos revista a algunas de las injusticias que se palpan día a día en las calles, o incluso examinaríamos el déficit comercial y sopesaríamos la balanza de pagos. Pero, todo ello, ¿para qué? Eso son circunstancias adversas, de las que El Cairo ha sorteado de muchos tipos y colores; números que, haciendo *tabula rasa* de las miserias, nos ahorran la visión de la penosa e imperiosa realidad de los individuos, de las personas con nombre y filiación que, día a día, impiden que una urbe como ésta se hunda una noche para no volver a despertar al día siguiente; por el contrario, hacen que cada amanecer desempolva sus arterias de arcilla y se resista, mal que bien y desde hace milenios, al tibio embate de las olas de arena.

APENDICE 1
Glosario de voces árabes

Adhan: llamada a la oración.

Allahu akbar: Dios es Grande. Primera y última frase de la llamada a la oración.

Ashura: día festivo en el islam, el décimo día del mes de Muharram.

Bab: puerta.

Baqshish: propina.

Bey: tratamiento honorífico turco empleado hoy en El Cairo.

Caravanserai: edificio de estructura rectangular utilizado para alojar a los comerciantes y facilitar sus transacciones.

Cúfico: variante caligráfica árabe, caracterizada por las formas rectilíneas y cuadradas.

Darb: calleja, pasaje.

Dikka: plataforma elevada dentro de una mezquita en la que se sitúa el *mubalig* o predicador.

Farrash: criado, doméstico.

Galabiyya: túnica sin mangas, de color liso o listada. Es el traje nacional egipcio por antonomasia.

Genizah: trastero.

‘Iqal: cordón que ciñe la *kufiyya*, usado antiguamente para trabar las patas de los camellos.

Jamsín: viento del desierto que trae las tormentas de arena. La palabra *jamsín* quiere decir “cincuenta”, ya que hay cincuenta días en los que puede soplar este viento.

Jan: sitio en el que se manufacturaban, vendían o almacenaban artículos. También solía proporcionar alojamiento a los mercaderes, de la misma manera que los *caravanserai*.

Jandaq: institución especialmente destinada a los sufíes o místicos, en la que estos y sus discípulos llevaban una vida comunitaria.

Jawaga: extranjero. Término algo despectivo.

Karkadé: infusión que se suele tomar fría.

Kohol: alcofol, alcohol, polvo de antimonio usado como colirio.

Kofta: plato de carne.

Kufiyya: cofia o pañuelo de cuadros rojos y negros (o blancos y negros) con la que los árabes se tocan la cabeza.

Kúshari: arroz con lentejas.

Kuttab: escuela coránica.

Limuneh: zumo de limón con demasiado azúcar.

Liwan (o *iwan*): cada una de las salas que rodean el patio de una mezquita.

Madrasa: escuela, escuela coránica.

Maqama: género literario árabe.

Maristán: hospital.

Mashrabiyya: las pantallas de madera ataraceada que recubren los miradores y

separan las partes de una mezquita.

Miqati: astrónomo encargado de determinar las horas del día en que debe de llamarse a la oración.

Mastaba: banco o poyo de obra adosado a un muro.

Maydan: plaza.

Measal: tabaco mezclado con miel que se fuma en la *shisha* o el narguilé.

Mihrab: nicho en la mezquita que indica la dirección de La Meca.

Mimbar: púlpito desde el que se lanza la *jutba* o sermón del viernes en la mezquita.

Mohtaseb: almotacén, inspector de la moralidad pública y de las medidas en los zocos.

Muecín: encargado de llamar a la oración. También llamado en castellano almuédano.

Muled: nacimiento, fecha en que se conmemora un nacimiento. Los más festejados en El Cairo son el Profeta Muhammad y el de Husein.

Narguilé: pipa de agua en la que se fuma el *measal*.

Nasji: estilo caligráfico árabe caracterizado por las formas estilizadas y curvas.

Neter: palabra copta y jeroglífica que designa a Dios.

'*Omra*: la peregrinación que no se efectúa en el mes preceptivo de Du-l-Hijja, asignado para tal. Vale menos puntos.

Piastra: una centésima de fracción de libra, la moneda nacional.

Pound, poun, paun, bound: libra, la moneda nacional egipcia (alrededor de 55 pesetas)

Qasr: castillo o palacio. A veces fortaleza.

Qibla: el arco en el que está el *mihrab*.

Riwaq: nave, generalmente dotada de arcadas.

Sabil: fuente pública.

Sahn: patio central de una mezquita.

Satdis: egipcios procedentes del Alto Egipto.

Sebha: rosario de 33 cuentas usado por los musulmanes para rezar y tener la mano entretenida. Es el *komboloi* de los griegos.

Stella: marca de la mejor y única cerveza de Egipto.

Taamiya: croquetas de habas trituras.

Takiya (o *tekka*): palabra otomana que designa la *jandaq*.

Taula: es el juego de las Tablas alfonsino, hoy llamado también *backgammon*.

Turmay: arabización de la palabra inglesa *tramway*, tranvía.

Turshi: pepinillos y toda clase de encurtidos, sabrosísimos.

Wikala: edificio para el almacenaje de bienes y artículos, con habitaciones superiores en alquiler.

Zabiba: uva pasa, usada para designar a la marca que algunos musulmanes exhiben en la frente.

Ziyada: patio añadido, o antepatio, que aparece en algunas mezquitas

tempranas, como la de Ibn Tulun.

Ziyada: se aplica al café turco cuando tiene mucho azúcar. El que lleva poco se llama *sada* y el que está medianamente azucarado *masbut*.

Zawiya: residencia para sufíes, gobernada generalmente por un sufí.

Zuluz: estilo caligráfico árabe en el que la medida de proporción es el tercio.

APÉNDICE 2

EL CAIRO A VISTA DE PÁJARO VIEJO

Las premoniciones de la ciudad

Cada ciudad tiene sus amagos y, a veces, estos amagos no llegan nunca a gestar una auténtica urde, quedándose en dardos desviados que holgazanean lejos de la diana. El Cairo, por supuesto, también tiene sus amagos, y casi todos son certeros. El visitante que tenga la oportunidad de ver la ciudad desde lo alto (en los cómodos y caros viajes en helicóptero que se organizan desde un hotel de lujo de las Pirámides, por ejemplo) se pregunta cómo una capital semejante puede estar en tal sitio, y a la vez se sorprende de la extraordinaria mezcla de civilizaciones y arquitecturas que desde ese punto son apreciables nítidamente. Luego, cuando examina los datos históricos y los condicionamientos geográficos, llega a la conclusión de que la ciudad no podía estar en otro sitio y admite, además, que la mezcla es una consecuencia necesaria e inevitable de los amagos.

Cuando los amagos de una ciudad han sido arrojados con buena puntería, entonces se puede ver algo parecido a El Cairo, una ciudad en la que la mezcla es la primera argamasa que une ladrillo con ladrillo y, a la vez, la artesa milagrosa que ha amasado la convivencia de gentes que en cualquier otra parte del mundo acaban a bofetadas.

Examinemos el terreno. Supongamos que estamos en el año 4000 antes de Jesucristo. Si nos subimos al monte más alto de los alrededores de El Cairo, el que ahora se llama Muqattam, y nos instalamos allí cómodamente, podremos ver una gran llanura, atravesada por un río desproporcionado para la sequía del terreno. Sobre esta llanura hay una zona verde inmensa, que parece estrangulada por la sequía polvorienta. Palmeras, algunas plantas salvajes y árboles subsaharianos, entre ellos un sicomoro. El río, algo más lejos de donde la vista se pierde, se divide en varios ramales o afluentes que se pierden de la mirada, fundiéndose del horizonte tembloroso. Todavía sólo una isla —que luego se llamará Gezirah, y más adelante Roda— hacen dividirse en dos brazos al Nilo a su paso por esta llanura. Todo lo que se ve es como un estrecho pasaje, en donde el agua de las capas freáticas del Nilo y la que se desborda de la inundación permiten la vida animal y vegetal en tan sólo una franja de diez o quince kilómetros a cada lado del río. Egipto, que como ya dijo Herodoto, se lo debe todo al Nilo, es, por hacer una comparación más barroca, como un inmenso palacio en que sólo los pasillos y corredores tienen calefacción. Todo lo demás es inhabitable. En este estrecho pasillo que viene de la frontera con el actual Sudán no hay nadie salvo gentes que, cada cinco o diez años, vemos pasar en busca de un sitio en que establecerse. Ni siquiera el Nilo puede desviarse de su férreo trazado, salvo al llegar a esta llanura que estamos contemplando. Aquí, sus aguas se dispersan, licenciadas por la garganta que las ha traído desde tan lejos, y serpentean hasta el mar. Los hombres que bajan de las zonas altas del Nilo, arrullados por sus aguas, se detienen bajo nuestro ojos, perplejos ante el gran río que se divide, y deciden

seguir cualquiera de sus ramales hasta ese mar desconocido para ellos. Así, nuestro aburrimiento va en aumento, pues la gran llanura que se extiende ante nosotros sigue tan vacía como antes. Pero mil años después, cuando ya empieza a hastiarnos el mismo espectáculo de idas y venidas en direcciones inversas, unos cuantos de esos hombres, alertados por la genética y la tradición oral, deciden quedarse delante de nosotros y empiezan a edificar algunas cabañas y un templo. Son egipcios que todavía no saben que son egipcios. Mucho antes que ellos, otros hombres se han perdido en su bajada al Nilo, desviándose hacia un lugar en el que se asentaron, al remanso de unas aguas que el Nilo deja estancarse allí en un ligero extravío: el Fayum. Pero estos otros que vemos ahora se quedan bajo nuestras mismas narices y poco a poco vemos crecer su asentamiento. Nos enteramos de que han llamado a ese sitio Yunu, nombre éste que los griegos, rebaustistas de medio mundo, se encargaron de dejar en On. En realidad, el nombre era más complicado que eso, pues se llamaba *Per-Hapi-n-On*, lo que en su lengua jeroglífica quería decir algo así como la Ciudad del Nilo de On. Todo ese nombre quedaría en Babilon, que por supuesto nada tiene que ver con el Babilon de Mesopotamia. No era sino el nombre que los egipcios dieron a la isla de Roda. Hoy en día, cinco mil años después, todavía se denomina a esta parte de la ciudad *Qasr al-Shamaa*, es decir, Castillo de Shamaa, vocablo este último que no parece sino la degeneración del nombre de Egipto en faraónico: Khemi y que, además, guarda un estrecho parecido con la palabra árabe para fuego, candela, ya que parece que en lo alto de este castillo había una farola que indicaba la posición a las embarcaciones que navegaban por el Nilo. Allí, frente al cabo sur de la isla de Roda, y con las aguas lamiendo los muros de esta fortaleza, cuenta la tradición que hubo un templo destinado a vigilar la salida y puesta del sol día a día, por unos hombres acalorados que, contra todo pronóstico, estaban fascinados por el astro rey. No en vano a esta ciudad se la conoció como Heliópolis y la rebautizaron los árabes como Ayn Shams, el Ojo/Fuente del Sol, fundando en 1950 una universidad a la que darán ese nombre, en honor de este pequeño bastión faraónico.

Siendo este un lugar sagrado, los cristianos vendrían luego a establecerse en él, atraídos por el imán de la tradición. Al fin y al cabo, los sitios sagrados lo serán siempre, aunque los dioses que allí se adoran sean apeados de sus altares por lo siglos, el polvo, el olvido o incluso por otros dioses más convenientes.

Menfis, la de las blancas murallas.

Durante dos dinastías, los reyes escogieron una ciudad lejana como capital, Thinis, de localización todavía imprecisa, pero seguramente cercana a Abidos. Sin embargo, Zoser, faraón que abre la III Dinastía, decide instalarse en un punto cercano a nosotros, aunque algo alejado de nuestra vista y del río.

Allí se levanta una pequeña aldea fundada por Menes, el faraón semifantasma que, a decir de los egiptólogos, abre la historia unificada de Egipto. Se llamará a esta ciudad Memphis, simplificación griega del nombre que estos hombres que casi no alcanzamos a ver desde nuestro observatorio han dado a las cuatro casas que por el momento allí se alzan: Mennefer, nombre que viene a querer decir en jeroglífico que su faraón es hombre “asentado y bello”. Hoy sólo queda a sus orillas un villorrio polvoriento que los árabes conocen como Mit-Rahineh. Es un asentamiento inteligentemente situado. Está a 14 millas de El Cairo —todavía ahora inexistente— y a 25 millas del sur del nacimiento del Delta, por lo que controla las comunicaciones entre los dos Egiptos, el Alto y el Bajo. Originalmente, parece haber contado solamente con una fortaleza, la Fortaleza Blanca, y un palacio administrativo. Levantada bajo la advocación del dios Ptah —el dios que abre las bocas de los muertos para que su alma pueda salir al exterior, por ello de la raíz semítica *pth*— desde nuestra colina podemos apreciar los blancos muros del Castillo del Doble de Ptah, relucientes bajo la calima y la distancia. Tan importante debió de ser este palacio que su nombre antiguo, *Hwt-ka-Ptah* degeneraría en el Egipto con el que hoy los occidentales conocemos a todo el país. Bajo la advocación de un dios de segunda fila, Soker, los egipcios que allí habitan han levantado un cementerio que va creciendo de año en año. El nombre de este dios ha pervivido hasta nuestros días escondido parcialmente en el nombre de esta necrópolis que hoy en día los turistas recorren bajo un sol de justicia: Saqqarah. Allí, los faraones y sus chupacálamos trataron de escamotear sus cuerpos a la corrupción bajo inmensas moles de piedras. Una de esas moles, la pirámide de Pepi I, es la que acabará por dar nombre a toda la ciudad.

Pero volvamos a nuestro observatorio, el Moqattam. Ahora se empieza a observar más movimiento que hace algunos cientos de años. Estamos en época romana y la ciudad va creciendo paulatinamente. Cristianos y coptos van llegando y se establecen en ella, amparándose de las persecuciones y de la decadencia cultural de Egipto, invadido y convertido ya tan sólo en granero de Roma. A partir del edicto de Milán, en 313, se empiezan a erigir iglesias, una de ellas en recuerdo de la llegada de la Sagrada Familia en su huida de Egipto, la de San Sergio, y otras, la de Santa Bárbara, la Moallaqa, la de San Jorge, en los dos siglos siguientes, el VII y el VIII, al tiempo que un muro bordea el espacio habitado. Tendremos que aguardar seis siglos para que nuestra monótona contemplación de las idas y venidas de los huraños habitantes de esta pequeña villa se vea interrumpida por alguna novedad.

Fustat: El Cairo omeya y abasí.

Año 639. Una espesa tropa de árabes al mando de un general avanza desde el Sinaí. El que los manda es ‘Amr Ibn al-As, general que habrá de conquistar Egipto para el imperio musulmán. Ha tomado ya Pelusio y Memphis,

la de las blancas murallas, y se dirige a Alejandría. Más tarde, la leyenda se encargará de contar que unas palomas anidaron sobre el techo de la tienda del general, levantada a pocos centenares de metros de la antigua Babilon, por lo que éste ordenó que se dejase la tienda plantada hasta su vuelta. Tras subyugar Alejandría, esa tienda se convirtió en el centro de un campamento militar al que se dio el nombre de Fustat, vocablo éste emparentado con el griego *fossaton* y el latín *fossatum*, que los latinos aplicaban a cualquier tipo de acuartelamiento protegido por vallas y fosas. Poco después, por su importancia estratégica y su crecimiento desmesurado a consecuencia del fluir de tropas por todo el norte de África durante la expansión musulmana de los siglos VII y VIII, este Fustat recibiría el nombre de Misr, palabra ya en desuso que en árabe primitivo significó urbe o gran ciudad. A fines del siglo séptimo se levantaron grandes graneros, así como un palacio para el gobernador. Poco más tarde, se erigió el *Bait al-Mal*, el palacio del tesoro. La ciudad, sin embargo, no abarcaba más que un gran campamento militar anexo a Babilon y la antigua urbe grecorromana. A la caída de los Omeyyas, en el 750, los abasíes entraron en Egipto persiguiendo a Marwan y éste se vio obligado a quemar la ciudad, a excepción de la gran mezquita. Los gobernadores de Egipto abandonaron el Fustat y edificaron una nueva residencia más al norte. Alrededor de esta residencia se levantó otro campamento, que se denominaría Al-Askar, así como una mezquita que llevaría el mismo nombre. Este Al-Askar sería el centro administrativo de la ciudad hasta la llegada al poder de Ahmad ibn Tulun, en 868.

El nombre antiguo del país, *Kemit*, que en jeroglífico significa tierra negra o fértil, fue olvidado para siempre y el nuevo nombre de este campamento militar serviría para denominar a todo el país en lo sucesivo: Misr. Allí pues permaneció durante más de dos siglos este Fustat, del que hoy en día no quedan sino ruinas y restos de una muralla.

El Cairo tuluní: *Al-Qataiyyeh*

En el año 870, el gobernador de estas tierras ante el califa de Damasco, Ahmed Ibn Tulun, hijo de uno de los esclavos turcos de Al-Mamun, se traslada hasta la cima de un montículo próximo a las ciudades de Fustat y Babilon. Este monte, hoy borrado por la urbanización, se llamaba Yashkur, y puede situarse al sureste de la mezquita que hoy lleva su nombre, la mezquita de Al-Mamun. Sobre él y sus laderas vemos ahora —desde nuestro observatorio— extenderse una nueva ciudad, habitada por feudatarios del gobernador y del Califa. Este nuevo amago de El Cairo recibió el nombre de Al-Qataiyyeh, los “feudos” y fue el corazón de la ciudad islámica actual. Tenía, a decir de las crónicas, mil pasos de largo y otros mil de ancho y contaba con una gran almazara para la práctica del polo, así como con un palacio residencial. El primer hospital de Egipto (o *maristan*), construido cerca de la mezquita

congregacional. Tras el derrocamiento de la dinastía tuluní, toda la ciudad sería arrasada a excepción de esta mezquita, que acaba de celebrar su 1100 cumpleaños.

Los tuluníes supusieron para El Cairo, sin la menor duda, una de las épocas más brillantes de la ciudad. Ahmad ibn Tulun, que era natural de la ciudad de Samarra, en Mesopotamia, imprimió un estilo característico —todavía apreciable en su mezquita— a las muchas construcciones que debieron de poblar este Al-Qataiyeh. Cuando el general abasí Muhammad ibn Suleiman entró en la ciudad, demolió el palacio y arrasó la mayoría de los monumentos civiles, respetando, como es lógico, la mezquita. Se sabe, sin embargo, que los feudos continuaron siendo habitados por algunos años más, si bien parece cierto que ya no fueron considerados un barrio de Fustat sino —lo mismo que al-Askar— un grupo de edificios ajeno a la ciudad.

Tras la recuperación de la ciudad por parte de los abasíes, un turco, Muhammad ibn Turch, se hizo con el poder durante algo más de treinta años, fundando una pequeña dinastía, los *ijshidíes*. Las huellas de su paso por la ciudad, al contrario de lo que sucede con los tuluníes, serían más bien efímeras, cuando no perjudiciales.

Los fatimíes.

Con la llegada de los fatimíes, el nuevo gobernador, Jawhar, decide levantar una nueva capital para hacer verdear de envidia a sus enemigos de muerte, los abasíes, que habían convertido un villorrio mesopotámico en una ciudad de leyenda: Bagdad. Es el año 969 y la ciudad vuelve a trasladar su corazón un poco más al norte, en donde en 973 comenzará la construcción de una mezquita que años más tarde se convertirá en la primera universidad del mundo. La mezquita de Al-Azhar, centro de esta nueva villa, constituye el núcleo de esta ciudad que poco a poco va imponiéndose como centro cultural de todo el mundo árabe. Un nuevo nombre fue dado entonces a la ciudad, y sería ya el último: Al-Qahira, la Victoriosa, ya que, a decir de las crónicas árabes, fue levantada bajo los auspicios del planeta Marte (en árabe, *Al-Qaher*). A este respecto se cuenta una graciosa anécdota. Se afirma que los astrólogos encargados de determinar el punto exacto en que debía de iniciarse la delimitación del área urbana, debido a que la superficie preparada era muy grande, habían dispuesto un sistema de alarma dotado de una campana que se haría sonar cuando el momento idóneo, en el que la conjunción de los astros fuese la deseada, llegase, de tal manera que todos ellos pudiesen ponerse manos a la obra en el mismo exacto momento. Pero héteme aquí que un cuervo —un animal de muy mal augurio en la tradición islámica— vino a posarse sobre la cuerda de la campana, haciéndola sonar y provocando la puesta en marcha de los agrimensores antes del momento oportuno, ya que en ese momento era el planeta Marte el que surcaba el cielo, un planeta —entre

los árabes— casi de peor agüero que el cuervo. El nombre que gasta esta planeta en árabe es el de *Al-Qahir al-Falak* y, aunque los astrólogos trataron de arreglar el desaguisado llamando a la nueva ciudad Al- Mansuriyya (La Vencida, para contrarrestar el efecto de al- Qaher, el Victorioso), cuando el califa Mu'izz llegó a Egipto, hizo su propia tabla astrológica y determinó que el augurio de Marte no era tan malo, por lo que la ciudad pasó a llamarse, primero Al-Qahira al-Mu'izziyya, con ese epíteto en honor al monarca, y luego simplemente Al-Qahira, nombre que quedaría en El Cairo que hoy manejamos.

Desde nuestra colina del Muqattam ya apreciamos claramente diferenciados dos núcleos importantes: a la izquierda, Fustat y Babilon, esta última población eminentemente cristiana. A la derecha, Misr al-Qahira, que se extiende por delante de nosotros desde la mezquita de Ibn Tulun hasta la de Al-Azhar. Algunas casas no tan compactas como ahora y un palacio, residencia de los gobernadores fatimíes.

Sin embargo, la prosperidad de Fustat —a pesar de su incendio, de la casi destrucción de Al-Qataiyeh y la fundación del nuevo Misr— fue en aumento. En 827 se levantó la mezquita de 'Amr, que lleva ese nombre en honor al general que conquistó Egipto para el islam, y alrededor de ella se estableció, en cuestión de un siglo, un centro de actividad económica de la mayor importancia, el Zuqaq al- Qanadil, el callejón de los candiles. Al-Muqaddasi, en el año 985, describía Al-Fustat como un lugar muy próspero, asegurando haber quedado impresionado por lo numeroso de su población, ya que afirmaba haber visto, en la oración del viernes, a más de 10.000 fieles tan sólo dentro del recinto de la mezquita. Decía que las casas tenían, en algunas zonas, cuatro y cinco pisos de altura, y sólo en una de ellas habitaban más de doscientas personas. Sesenta años más tarde, en 1046, el viajero persa Nasir-i-Jusraw daba una visión bastante similar de la ciudad, la de una villa rica y de aceptable nivel de vida. El Mercado de los Candiles se había transformado, según él, en el mejor zoco del mundo, y en algunos tejados de las casas, de hasta siete pisos de altura, se habían plantado jardines artificiales. Menciona este viajero que algunas calles eran tan estrechas y los edificios que las ceñían tan altos que era necesario iluminarlas artificialmente durante el día entero. Nasir-i-Jusraw concluía diciendo que la ciudad de Fustat parecía una gran montaña en la que la cima estaba ocupada por la mezquita de Ibn Tulun.

Entre los grandes constructores de El Cairo se encuentran no pocos califas fatimíes. Jawhar, como ya vimos, levantó la mezquita de Al-Azhar; su nieto Al-Hakim, la mezquita que ha llevado su nombre hasta hace bien poco. Junto con las de Al-Aqmar y As-Salih, son todas ellas obras cumbre en la arquitectura islámica.

Hacia finales del siglo XII, las hambrunas y las revueltas entre la tropa acaban con la prosperidad comercial de Al-Fustat, especialmente con la zona norteña de la ciudad, al-Askar y las urbanizaciones de Yashkur, el antiguo Cairo tuluní. La muerte del último califa fatimí, Shawar, da la oportunidad a

Saladino de hacerse con Egipto y reintegrarlo al califato abasí, del que había permanecido escindido por más de un cuarto de milenio. Poco después se hará con el control de Egipto y establecerá allí una dinastía —la ayyubí— que gobernará el país —y buena parte de Siria y Tierra Santa— hasta mediados del siglo XIII.

El Cairo de los ayyubíes.

Salah ad-Din, el Saladino de las Cruzadas, se preocupará del problema defensivo de la ciudad. No en vano volvía de Tierra Santa, en donde había mantenido luchas y sitios que le hicieron ver la necesidad de amurallar y fortificar una ciudad que crecía anárquicamente y que no podría resistirse a un ataque de caballeros cruzados cristianos. A su retorno de Siria, Saladino dio comienzo a este ambicioso plan urbanístico y defensivo que incluía la edificación de amplias murallas que rodeasen todo el recinto construido hasta la fecha, Fustat y el Masr al-Qahira. Toda esta ciudad así amurallada sería dominada desde una fortaleza, Al-Qalaa, edificada según los patrones arquitectónicos utilizados por los cruzados en Siria. La Ciudadela, de la que tan sólo la parte norte corresponde a esta época, protegería a la ciudad por el noroeste. Las murallas de Fustat, por el sudoeste. La muralla Este se haría avanzar más al Este, hacia el Moqattam, para clausurar definitivamente las entradas desde Siria. El punto más sureño de todo el sistema defensivo quedó constituido por el Qasr al-Shamaa, el Viejo Cairo. Luego, se levantaría una muralla desde el Fustat hasta la Ciudadela, en donde se fijaría la residencia del soberano. El eunuco de Saladino, Qaraqush, fue el encargado de llevar a cabo todas estas obras, que no pudieron ser finalizadas en su totalidad. La muralla que debía de unir la parte este de la ciudad fatimí con la Ciudadela nunca sería terminada, y el propio Saladino tampoco pudo residir en su fortaleza, debiendo hacerlo en el palacio del Visir, en la ciudad vieja. Sería su nieto, Al-Malik al-Kamil, el primero en edificar un palacio residencial allí, en 1207.

Sea como fuere, ya desde nuestro observatorio del Muqattam vemos que, lo que era en tiempos una llanura desértica, se ha convertido en una amplia ciudad medieval en la que hay tres núcleos diferenciados: el Viejo Cairo, o Qasr ash-Shamaa, a nuestra izquierda, cerca del río; el Fustat, delante de nosotros, en el centro y el Cairo fatimí, más al norte, alrededor de la mezquita de Al-Azhar, todo ello rodeado de murallas, que pueden atravesarse por varias puertas, y coronado por una ciudadela.

Saladino se preocupó también de la reinstauración de la Sunna, para lo cual creó una nueva institución, la *madrassa*, una escuela religiosa en la que se enseñaban las ciencias de la teología y el Corán. Por el número de ellas, las *madrassas* pasarán pronto a formar parte del paisaje urbano de la ciudad. El Cairo es casi exclusivamente sunní desde entonces.

Los mamelucos: bahríes y circasianos.

Después de que San Luis fuera hecho prisionero en Mansurah y su ejército cruzado desbaratado, las tropas mamelucas se instalaron en Egipto, tras deshacerse del último de los ayyubíes, Al-Salih Ayyub. Durante casi tres siglos (desde 1251 hasta 1517) los mamelucos —así llamados por ser esclavos, hombres con dueño— gobernarán Egipto, primero los del río, llamados en árabe Bahríes, por tener su residencia en la isla de Roda, a la vera del Nilo; más tarde, los circasianos. En 267 años de gobierno, hubo en Egipto 47 sultanes, de los cuales más de las tres cuartas partes fueron asesinados. El primero de ellos, Aibeg, lo sería a manos de su mujer; el segundo, Qutuz, sería muerto por su lugarteniente, Baibars; Al-Ashraf Jalil, por dos de sus príncipes, y así sucesivamente.

Sin embargo, la época mameluca es de gran esplendor cultural y artístico y, más concretamente, arquitectónico. Los grandes constructores de esta época serán Baibars, Qalaun, Barquq, Qaitbai, Kansu el-Guri y Tumanbay. Toda la zona comprendida entre la mezquita de Al-Azhar hasta la Puerta de Futuh (*Bab al-Futuh*) se llenaría de madrasas, mausoleos, mezquitas, *janqahs*, al tiempo que en las extensiones vacías por detrás de la Ciudadela y de la mezquita de Ibn Tulun se empiezan a levantar las tumbas y los edificios funerarios. Asimismo, el Jan el-Jalili empieza a sustituir al antiguo zoco de la mezquita de Amr, aquel *Suq al-Qanadil* que va cayendo en desuso.

El Cairo otomano.

El último de los sultanes mamelucos, Tumanbay, intentó defender Egipto de los ataques del naciente imperio turco, pero Selim lo derrotó e hizo prisionero en 1517. Egipto pasa a ser desde entonces una provincia del Imperio Otomano administrada por un pachá —siempre un turco, un extranjero— nombrado por Constantinopla. Con el paso del tiempo, esta sumisión al Imperio Turco se verá minada por las intrigas de los mamelucos, quienes acabarán, en el siglo XVIII, por dominar el país en la práctica. Pero sólo será hasta su derrota definitiva a manos de Napoleón, en la batalla de las Pirámides, el 21 de julio de 1798.

Desde el punto de vista urbanístico, El Cairo, desde 1517 hasta 1798, permanecerá prácticamente inactivo, limitándose a crecer anárquicamente. Los edificios públicos y religiosos datables de este período tan amplio son —paradójicamente— más bien escasos: algunas *konak* para los pachás, así como un par de mezquitas de pequeño tamaño y alguna *taqiyya*.

La invasión napoleónica.

A la cabeza de casi 40.000 hombres, Napoleón desembarca en Alejandría el 12 de julio de 1798 con una idea fija: la de convertir esta

provincia del desgastado Imperio Turco en un estado moderno y europeizado. Para ello cuenta, entre los miembros de su expedición militar, con un grupo de sabios y científicos que intentarán hacer un estudio compendioso de la historia y la civilización egipcias a través de los siglos. El resultado de este trabajo de erudición inmenso será la célebre *Description de l'Egypte*, una enciclopedia en la que se estudiaba la botánica, la geografía y la historia política y cultural del país. Poco después fundarán el *Institut d'Egypte* —el 23 de agosto de ese mismo año— una institución que presidirá la vida cultural y científica del Egipto Moderno durante más de un siglo. Baste decir que entre los expedicionarios que acompañaban a Napoleón en esta expedición se encontraba Jean François Champollion, quien descifraría la escritura jeroglífica gracias a las observaciones realizadas y los materiales recogidos en este viaje.

Entre los científicos y profesores que formaban la expedición había, como no, cartógrafos, quienes fueron encargados de levantar un plano de El Cairo tal y como era entonces. En ese plano de finales del siglo XVIII, llama la atención el gran número de estanques que entonces salpicaban el casco urbano. Al norte, el más conocido era el Estanque de la Ezbekiyya y al sur el Birkat al-Fil, el del Elefante. Cuando llegaba la época de la inundación del Nilo, sus aguas llegaban hasta estos estanques, anegándolos. Entonces se fletaban barcas y se iluminaban, utilizándose para viajes de placer. Al retirarse el agua después de la crecida, el fondo de los estanques quedaba cubierto de vegetación hasta el verano. No pocas veces estos estanques darían origen a las pocas zonas verdes con las que El Cairo cuenta.

La ciudad estaba dividida entonces en 35 barrios, que tomaban sus nombres de la etnia de los habitantes que los poblaban, de las diferentes profesiones que ejercían sus vecinos o de los monumentos que presidían el barrio. Se sabe que la ciudad de El Cairo tenía en esa época 71 puertas y la población estaba calculada en 250.000 habitantes. Todavía existía una considerable distancia entre los muros de la ciudad y el Nilo, ocupada por jardines, aproximadamente a lo largo del barrio residencial que hoy ha pasado a llamarse Garden City. La zona de El Ezbekiyya —durante mucho tiempo el centro de la ciudad— fue unida por los ingenieros franceses con el Cairo fatimí por medio de una gran avenida. Así nacería la calle del Muski. Otra gran arteria —hoy llamada del 26 de julio— unió posteriormente este barrio con el suburbio y puerto de la ciudad sobre el Nilo: Bulak, un barrio hoy anodino, pero antaño —en una época en que la ciudad se mantenía algo alejada del Nilo— de gran vida comercial. Muchos edificios son convertidos en fuertes —la Mezquita de al-Hakim y la de Zahir— e incluso en el corazón del Cairo tuluní se levantó uno, el llamado Fort Muireur.

Tras el asesinato de Kléber —el general que dejara Napoleón al mando del país después de su desengaño egipcio— y la capitulación firmada por el sucesor de aquel, el general Menou, El Cairo, como todo Egipto, cae en una anarquía política y administrativa de la que no saldrá sino de la mano de un

militar albanés: Muhammad Ali, quien, después de echar a los ingleses en 1807, acaba con el poder mamelucó en la Ciudadela de El Cairo masacrando a los 500 jefes mamelucos y haciéndose a su vez con un poder casi absoluto en calidad de virrey. Es el suyo un gobierno que se prolongará por más de cuarenta años y que traerá al país la modernización en todos sus aspectos. Se creará la administración pública, se establecerá la canalización del Nilo para el regadío, se uniformizará la educación y el sistema escolar, etc. En El Cairo, la mezquita que lleva su nombre se levantará sobre el cielo de la Ciudadela, en la que además fijará su residencia el propio Muhammad Ali, en un palacio que habría de ser pasto de las llamas hace más de un siglo después de su construcción, el Palacio de la Joya.

A su muerte, en 1849, Abbas I deshace gran parte de la faena emprendida por su abuelo y predecesor, pero será asesinado en 1854 y Muhammad Said, tío suyo, volverá otra vez a la política de Muhammad Ali. Es la época de la excavación del Canal de Suez y la inauguración de la vía férrea que une la capital con Alejandría. En 1857 el egiptólogo Mariette funda el Museo Egipcio, que se instalará en primer lugar en Bulaq, luego pasará a Gizah y, más tarde, a la plaza Tahrir. La inauguración del Canal, en 1869, ya en el reinado del jedive Ismail, permitirá la entrada de la influencia europea y occidental en la gran ciudad. Se construye el Gran Teatro de la Ópera y los jardines de la Ezbekiyya, a la vez que se comienzan los trazados de las largas avenidas, que deshacen los entresijos de la villa medieval, y se trata de dotar a la metrópolis de una estructura que permita la acomodación de los miles de habitantes que invaden la capital a consecuencia del renacimiento económico y la difusión de la cultura faraónica e islámica en Europa. El turismo —a raíz de los grandes descubrimientos egiptológicos de finales del siglo XIX— empezará a exigir la modernización de las infraestructuras de El Cairo y la creación de plazas hoteleras en abundancia. También, como consecuencia del crecimiento demográfico pasmoso, empiezan a nacer barrios nuevos, la mayoría de ellos portando el nombre de los *jedives* que los crean (Tawfiqiyya, Abbasiyya, Ismailiyya, etc). Todo esto es, mal que les pese a los egipcios nacionalistas, la marejada de la invasión francesa de principios de siglo, que tan beneficiosa iba a resultar para la cultura egipcia e islámica en general. Empieza así a nacer El Cairo moderno.

El núcleo de la ciudad se va acercando poco a poco al Nilo y se desplaza luego hacia el Oeste, invadiendo las islas de Roda y Zamalek, en donde más tarde los colonizadores se aislarán de la población sometida, al resguardo de ella por un foso de agua que los aísla. Se construyen nuevos y grandes hoteles que se concentran alrededor de los jardines de la Ezbekiyya y se vadea el Nilo con varios puentes, uno de ellos uniendo la isla de Gezirah con el barrio de Bulaq, muy cerca del llamado Qasr el-Ayni, de cuyo recuerdo hoy sólo queda una calle que lleva desde la Plaza Tahrir hasta el puente del mismo nombre.

A principios de este siglo, la población se ve obligada a invadir la otra

orilla del Nilo, en donde hasta ahora sólo se alzaban mudas las pirámides, y así nacen los barrios de Gizah, Aguzah y Dokki, y, algo más tarde, Mohandisin. De aquellos 600.000 habitantes de principios de siglo, la población se dobla una y otra vez hasta alcanzar los 14 millones que parece que la habitan hoy en día. Toda esta llanura que contemplábamos aburridos hace 5000 años se ha llenado por completo de gente y casas, y ahora asemeja un hormiguero humano de indescriptibles dimensiones. Hasta nuestro mismo observatorio del Muqattam llegan hombres y máquinas enormes a fin de levantar un hotel. Debemos abandonarlo por lo tanto y sumergirnos en el hormiguero por completo.



Esta primera edición de *Dos viajes a El Cairo*, de Jaime Sánchez Ratia, se terminó de componer el día 10 de junio de 1997, festividad de San Máximo, en los ordenadores de la editorial La Mota Negra.

Laus Deo